



Seix Barral

David Park

Camino a una
tierra extraña





Seix Barral Biblioteca Formentor

David Park

Camino a una tierra extraña

Contenido

Camino a una tierra extraña

Nota del autor

Acerca del autor

Créditos

Para James y Sophie, con amor, de su padre

El fotógrafo debe poseer y conservar algo de la receptividad del niño que mira el mundo por primera vez o del viajero que entra a un país extraño.

BILL BRANDT

Estoy llegando al territorio congelado, aunque no puedo decir a qué país pertenece. Algunas veces lo veo como desde un dron: abajo descifro un terreno de montañas, barrancos y lagos forrados de nieve, bosques que de pronto se estiran y sacuden sus blancas ramas frente a mis ojos. Otras veces estoy hundido hasta las rodillas en sus profundidades, sin un horizonte visible, luchando por continuar un viaje cuyo propósito es confuso y sin saber de dónde vengo o adónde voy. El mundo está cubierto, la vida en él se sofoca lentamente, como un borrego atrapado en un ventisquero profundo, entre antiguos muros de piedra, y al que no puedo rescatar. Todo está oculto, hasta los secretos que abrazo con fuerza para evitar que encuentren la luz; el mundo se extiende tan ilimitado que no puedo reducirlo a un solo cuadro, y cuando entrecierro los ojos es sólo para protegerlos de la nieve que lleva el viento. Todas las cosas deben tener un propósito, y debo encontrar el mío o ceder a los ruegos de esta tierra helada para rendirme a la fatiga y descansar mi cabeza sobre la suave almohada de la nieve. Los cazadores de Bruegel que regresan de su ardua marcha en busca de comida en las tierras salvajes más allá de la aldea también están agotados; sin embargo, la gente que se divierte sobre el lago congelado no corre a recibirlos ni entiende nada de lo que han padecido. La Aparición regresa para vengarse del hombre que asesinó a su hijo.

Todo debe tener un propósito. Entonces, ¿qué me trae a este viaje?

Me tropiezo cegado por la nieve, temeroso de caer en cualquier momento en una enorme grieta o dar un paso en falso y desplomarme del acantilado a una súbita conmoción del espacio, manos que se sacuden intentando aferrarse a algo de lo que sostenerse. Algo para detener la caída interminable. Entonces llego a la orilla del lago y mis ojos ven con claridad otra vez, así que

miro los restos del hielo temblando bajo el brillo de la luna, con sus cristales congelados y desperdigados que reflejan las estrellas. Estrellas cuya frialdad parece quemar perforaciones en la oscuridad abovedada.

Ahí, en la orilla lejana, se erige una casa. Una casa con una luz encendida. En la casa hay unas escaleras que sé que deberé subir. Pero ¿cómo llegar a ella si no es a través de este lago congelado? ¿Y quién tomará mi mano? ¿Quién me guiará ahora? Miro tras de mí, pero lo único que escucho es el viento que se arremolina entre los árboles, humeando finísimas partículas de nieve y poniendo a temblar al mundo entero.

Juntos retiramos la gruesa capa de hielo del parabrisas del carro. En la superficie aún es suave, lo que indica que ha caído más nieve durante las primeras horas de la mañana, pero cuando nuestras manos enguantadas finalmente alcanzan el vidrio, encuentran una mancha helada que rocío con descongelante. Antes de abrir la puerta para encender el motor y con él el aire caliente para el parabrisas, raspo toda la nieve que puedo de las ventanas laterales y traseras; entretanto Lorna usa el cepillo largo para limpiar el cofre y el techo, hasta que el metal gris comienza poco a poco a aparecer. Nuestro aliento forma burbujas opacas de diálogo en nuestros labios, aunque no pasa palabra alguna entre nosotros, mientras la luz de las primeras horas de la mañana empieza a abrirse paso en la superficie de la nieve, de manera que esta parece palpitar. Sin embargo, ningún rastro de forma de vida comienza a existir gracias al calor, y el campo silencioso que rodea la casa sólo aparece marcado por las huellas nocturnas y huidizas de alguna criatura en confusa búsqueda de comida.

Cuando abro la puerta, el seguro rechina con un quejido congelado a medias y una pizca de nieve cae rociada en el asiento del conductor; trato de quitarla con la mano, pero sólo logro transformarla en oscuras manchas de agua. Lorna se sube al asiento del copiloto y nos sentamos en el carro helado como si fuera un iglú, ciegos ante el mundo, y por sólo un segundo se siente seguro, como si estuviéramos protegidos de todo lo que hay afuera.

—Esto es una locura, Tom —casi grita con más fuerza que el estruendo del calentador.

—¿Qué otra opción tenemos?

—Tal vez los aviones empiecen a volar pronto otra vez. Creo que esto es muy peligroso —dice ella mientras mueve el ventilador hacia su ventana.

—No podemos dejarlo ahí. Debemos traerlo a casa.

Nos sentamos y miramos el parabrisas. Una franja cada vez más ancha se abre cerca de los ventiladores. El sonido del aparato ruge en mis oídos.

—¿Ya activaste el GPS?

—Sí.

—¿Y ya tienes todo listo? —pregunta ella, mirando preocupada hacia el asiento de atrás—. Voy a traer los termos y la comida en un minuto.

—Creo que sí —y mentalmente enumero las cosas del kit de supervivencia que armamos la noche anterior: la pala, el *sleeping bag*, la ropa para el frío, la linterna, una torre de varios CD y mi cámara, que por supuesto está ahí, como siempre. En la cajuela, un bote de plástico con gasolina y, por alguna extraña razón que no puedo comprender, el tipi de lona café, con todo y sus dibujos de caballos, la luna y las estrellas de nuestra hija Lilly de diez años. Ella había insistido incluso cuando le dije que no me servía para nada, y no tuve más energía para discutir. Su muñeco de nieve aún se erige, centinela, en el jardín de enfrente, como un vigilante nocturno.

—Te mantendrás en contacto —dice Lorna creo que por cuarta vez—. ¿Traes el cargador del teléfono?

Y asiento mientras otra parte del parabrisas se limpia.

—Tetera vigilada nunca hierve —digo moviendo mi cabeza hacia el vidrio, como si mi aliento pudiera acelerar el proceso.

—¿A qué hora se va el bote?

—A las siete y media. Debería tener tiempo suficiente —y luego agrego—: si todo sale bien.

Porque con las nevadas sin precedentes y el país entero congelado hasta la inmovilidad, ya nada parece tan seguro; y no sólo la relación entre distancia y tiempo, sino que todo lo que constituye al mundo como alguna vez lo pensamos parece haber sido dislocado de golpe.

Un pequeño hueco aparece en el vidrio; si estuviera solo pondría mi ojo en él, vería en la luz lechosa a través de este pequeño lente. Así es como paso mis días, la manera en que miro el mundo. A su alrededor, la nieve se está ablandando y empieza a derretirse. La luz se filtra. Ha habido días, recientemente, en que pienso que no soy mucho más que un agujerito que espera que la imagen del mundo por fin tome una forma permanente, en vez de este flujo vacilante e impredecible que siento dentro. Impacientándome,

enciendo los limpiaparabrisas pero al principio nada sucede, antes de que a regañadientes tiemblen y se muevan con rapidez en el cristal.

—Ten cuidado. Maneja con calma —me dice ella, girando su cara hacia mí.

Sus mejillas tienen un color rojo brillante después de haberse esforzado por caminar en la nieve, y un mechón de cabello se asoma bajo su gorro de lana.

—Tendré mucho cuidado. Llegaré sin problemas, sin importar cuánto tiempo me tome, y lo traeré a casa.

—No podemos arriesgarnos a dejarlo ahí solo en Navidad, en especial en esta —me dice ella, aunque sé que está hablando tanto consigo misma como conmigo—. Ni siquiera cuando hay un mejor tiempo, porque si él no está bien... tenemos que traerlo a casa.

—Tenemos que traerlo a casa —hago eco y en el auto gélido las palabras no tienen adónde ir y se quedan suspendidas hasta que se congelan en el silencio.

Nuestro hijo Luke está varado en Sunderland, faltan tres días para Navidad y el aeropuerto de Newcastle está cerrado. Se encuentra en la universidad y vive en una decrepita casona eduardiana con otros cinco estudiantes que salieron huyendo por las vacaciones. Así que está solo y no se siente bien. Aquello que lo aflige no ha quedado por completo claro en sus llamadas telefónicas, pero tiene fiebre y síntomas que parecen de gripe. Dos veces se arrastró de la cama para ir al aeropuerto, sólo para enterarse de que su vuelo ha sido cancelado. No hay boletos para vuelos posteriores, y su madre se atormenta traduciendo las vagas descripciones de sus síntomas en cosas más graves que una gripe. Así que tal vez tenga neumonía o, en el peor de los casos, meningitis. Aunque se conecta a internet y pone los síntomas de Luke como si se tratara de un catecismo, casi nada la tranquiliza. Quizás es comprensible, pues ella tiene un entendimiento personal de la falibilidad de la carne con el que lidiar, y esa es otra razón para traerlo a casa, porque tiene que estar con nosotros en estos momentos, y no en un lejano mundo de extraños.

El parabrisas casi está limpio. Instintivamente quiero echar un chorro de agua sobre los fragmentos de hielo que quedan, pero sé que el agua se congelaría de nuevo. Nos miramos, ella pone su mano en mi brazo y me dice

que soy un buen padre. No es una afirmación que alguna vez haya hecho sobre mí mismo, pero creo que si traigo a nuestro hijo a casa, en mi propia mente eso podría ayudar a inclinar la balanza a mi favor, aunque sea de forma temporal.

—Debería irme.

—Iré por la comida y los termos —dice ella y cuando abre la puerta una pequeña veta de nieve cae dentro del auto.

La miro ir lentamente hacia la puerta de la cocina y de pronto se ve frágil dentro de mi chamarra de senderismo, que es varias tallas demasiado grande para ella. La está usando sobre su pijama y los pantalones rosas sobresalen de sus botas. Después de que me vaya, ella regresará a la cama, en la que espero haberle dejado un poco de calor. Reviso la torre de CD, pero no puedo decidir con cuál empezar el viaje.

Cuando Lorna regresa, casi sonrío al ver que puso todo en la hielera que por lo común reservamos para los días de campo en el verano. La pone en el asiento del pasajero, la sujeta con el cinturón de seguridad y luego retira la tapa para revelar provisiones suficientes para contrarrestar toda emergencia.

—Puse el termo con café hasta arriba, junto a los sándwiches, y aquí están los antigripales y las aspirinas —dice ella, pasándome una bolsa de plástico que reconozco; es del aeropuerto y ahora está llena de todos los medicamentos que había en la casa.

—Mantén estos separados y, cuando lo veas, asegúrate de que se tome los líquidos. Es necesario bajar su temperatura.

Entonces estira su mano a lo largo del asiento y la estrecho con suavidad antes de que ella cierre la puerta del auto y yo encienda el motor.

Es un Toyota RAV4 y nunca nos ha fallado, ni una vez en los casi ciento treinta mil kilómetros del marcador de kilometraje, pero lo escucho con atención, en el caso de que esta sea la primera vez. No se ha movido en tres días, pero cada mañana enciendo el motor y cuando reacciona, le doy una palmadita al volante en señal de agradecimiento. El día anterior limpiamos la entrada en curva hasta la reja y parece un camino en zigzag bordeado con bancos de nieve. Puedo sentir cómo mi espalda tritura sus propios engranes cuando giro el volante y comprendo por qué quitar la nieve es el precursor común de un infarto. La reciente caída de nieve ha sido más ligera que las anteriores, así que no representa un problema; sin embargo, lo tomo con

calma, manteniendo la segunda velocidad y sintiendo el terreno. En el camino me detengo, tanto para ver si alguien viene como para hacer un inventario final de todo lo que necesito; doy una palmadita al bolsillo interior de mi chamarra, donde está el boleto para el barco, y pongo mi teléfono en el portavasos al lado del freno de mano. Por la nieve prístina sé que mi carro será el primero en llegar a la lateral, donde los arbustos puntiagudos parecen suaves por un momento y florecen en la luz naciente poco a poco con lentejuelas de escarcha.

Doy vuelta a la izquierda y empiezo a subir la pendiente; no se trata de un desnivel especialmente inclinado, pero tan sólo a la mitad del camino las llantas empiezan a derrapar y el carro comienza a resbalarse. Pongo el freno de mano pero sé que no lograré llegar arriba, y con cuidado dejo que el carro ruede marcha atrás hacia nuestra reja. Me alegra que Lorna se haya metido y no pueda ver lo que sucedió. Invariablemente, hay un pequeño riachuelo que bordea el campo tras la casa, y en la parte baja de la pendiente se convierte en un tramo estrecho que algunas mañanas de invierno se revela como hielo negro. Si quiero conseguir tracción será necesario quedarme en medio del camino. Por una vez deseo que algún vehículo enorme de alguna de las granjas cercanas haya pasado a toda velocidad y abierto surcos, pero sólo la nieve atestigua mi primer intento fallido. Trato otra vez y casi alcanzo la cima, pero cuando por instinto piso el acelerador para asegurarme de recorrer los últimos metros, el carro de pronto se desliza hacia un lado, y a pesar de todo lo que hago se resbala lentamente hacia abajo, en un ángulo demasiado raro para el mundo. Todo está mal, nada está en su lugar y me siento incapaz de alterar su trayectoria. Aunque, frenético, giro el volante y piso los frenos, eso sólo parece acelerar lo que está pasando; después llega un curioso momento de calma que dura una fracción de segundo, de un reconocimiento casi bienvenido de que, como siempre lo sospechaste, esta es la manera en que el mundo es en realidad, y no hay nada que puedas hacer más que esperar y ver qué pasa.

El carro termina ladeado abajo de la pendiente, de frente a la reja de la que acaba de salir, como si aceptara su fracaso y buscara regresar a su lugar de estacionamiento, en casa. No es un buen augurio para el viaje y considero abandonarlo antes de haberlo empezado en realidad, pero pienso en nuestro hijo y sé que no puedo decepcionarlo, no puedo regresar a la casa cinco

minutos después de haber partido como si me diera por vencido sin intentarlo de verdad. Me encorvo frente al volante y comprendo que no puedo subir la pendiente sin el impulso de la velocidad. Voltear el auto no es sencillo porque casi no tengo espacio; al ir de reversa choco con el arbusto y en el espejo veo que una ráfaga de nieve cae en cascada sobre el vidrio trasero. Al final, lo logro y me dirijo al tramo plano del camino que me lleva en la dirección opuesta a la que quiero ir, hasta que llego a la entrada de una casa vecina y puedo darme la vuelta otra vez. Al mantener el carro en segunda velocidad, alcanzo más rapidez de la que había logrado antes; subiendo la pendiente a un ritmo constante, procuro no tocar los frenos. Lo logro y el resto del camino que me sacará a la vía principal se puede transitar con cuidado. Hay más muñecos de nieve en los jardines frontales, y en mi euforia por superar este primer obstáculo siento por un segundo como si formaran una guardia de honor, con sus ojos de carbón negro fijos en mí, deseándome buena suerte. Enciendo el radio y sintonizo el pronóstico del tiempo. La voz dice que hay más probabilidad de nieve, pero esta vez le toca al sur de Inglaterra, y termina advirtiéndome que no se debe viajar a menos que sea estrictamente necesario.

No hay un viaje más estrictamente necesario, le informo a la voz, que traer a nuestro hijo a casa, traer a nuestro hijo enfermo a casa para Navidad. Luego, cuando alcanzo la calle principal y la encuentro despejada y con grava, le doy otro golpecito al volante y pongo el primer CD. Después me digo que los fantasmas no dejan huellas en la nieve.

La música es importante en nuestra casa y su ausencia en los meses pasados ha sido una señal sombría, como todo lo demás. Así que estoy contento de que en la privacidad del auto puedo poner música sin sentirme insensible. A Lorna le encanta el Motown y cantantes como Dusty Springfield y Adele. La música ha sido uno de los espacios en los que Luke y yo hemos podido encontrarnos. Incluso hemos ido a un par de conciertos: Neil Young en Dublín y The Gaslight Anthem en el Limelight. Me sentí un poco viejo en el Limelight, pero la música era buena, a nadie parecía importarle mi presencia y tampoco me hacían sentir el veterano más viejo del lugar. En el carro tengo música que escogí para las largas horas que me quedan por delante: Robert

Wyatt, Van Morrison, REM, John Martyn, Nick Cave. También tengo de los Great Lake Swimmers que Luke me regaló en mi cumpleaños. Quise traer música que sé que le gusta también a Luke para que podamos escucharla de regreso a casa: Ash, The Smiths, The National, *On the Beach* de Neil Young. Luke siempre tocó la guitarra y en la escuela tenía una banda que duró hasta que todos tomaron caminos diferentes en la universidad.

Como es temprano y las escuelas están de vacaciones, las calles se hallan casi vacías y no me tardo mucho. Al entrar a la ciudad se siente como si esta aún estuviera hibernando, incapaz de enfrentar el día y de sacudirse la capa helada que se instaló durante la noche. Las decoraciones navideñas aún no están encendidas, y lo único que colorea a la nieve son los pocos autos que me encuentro y los vestíbulos iluminados de aquellos edificios donde los trabajadores que madrugan ya han comenzado su día. La ciudad se ve como uno de sus vagabundos mientras duerme, acurrucada en el frío bajo capas de ropa prestada.

En el muelle parece imposible que el barco pueda cargar el número de camiones que están abordando. Uno tras otro, desaparecen en las entrañas de la plataforma de carga, el aire está extenuado y momentáneamente acosado por sus escapes. Un chofer demorado llega deprisa a su taxi con un papel bajo su brazo y un té o café para llevar en el otro, se mete a empellones y con un crujido devuelve al motor su vida estruendosa, después de arrojar el papel hacia el parabrisas. Me doy cuenta de que esta travesía es parte de un ritual cotidiano de comerciantes del que no sé nada, y casi me siento un intruso mientras espero en la fila.

Así como hay una línea de carros y camiones, también hay una fila de pasajeros que van a pie. Supongo que regresan a sus casas en barco y tren, ahora que los aeropuertos los han defraudado. Van a casa con sus familias. Me pregunto cómo es que todos van a subir, si mi boleto me garantiza un lugar o si sucederá como en las aerolíneas que por lo común sobrevenden los vuelos con la convicción de que cierto número de pasajeros no se presentará. Pero en poco tiempo ya estoy subiendo la rampa, me indican dónde estacionarme y cuando me bajo hay un olor que puedo reconocer al instante: una mezcla de diésel, metal bañado en agua salada y algún otro ingrediente que no puedo identificar. Muchos de los autos entre los que camino aún tienen nieve y en algunos asientos traseros hay bolsas con regalos envueltos

en papel navideño. Siguiendo a otros conductores, subo las escaleras y me dirijo hacia la sala de pasajeros.

Recuerdo haberla cruzado de niño, cuando sentía que estaba en algo parecido a un barco de ganado. Ahora tiene un toque de lujo y comodidad con sus tiendas y restaurantes, asientos suaves en lugar de plástico rasgado y bancas duras. Hay hasta un árbol de Navidad y villancicos que interpreta una gaita. El personal me da la bienvenida como si hubiera llegado a un hotel, los olores de la comida y el café sustituyen a los anteriores. Sin embargo, la sala ya se está llenando de gente que usa sus bolsas para marcar el territorio, trae bebidas calientes en una mano, teléfonos en la otra e informa a quienes escuchan al otro lado de la línea que ya está en el barco, que va camino a casa. Le mando un mensaje a Lorna para hacerle saber que lo logré y que las carreteras no estaban tan mal.

La joven sentada al lado mío me pide cuidar su bolsa mientras va por algo de comer. Cuando regresa con un sándwich y un café le digo que voy a Sunderland por mi hijo. También se lo dije a la mujer de la taquilla del estacionamiento que revisó mi boleto. Quizá me hace sentir bien el hecho de que estoy haciendo algo un poco heroico, y como una persona que dedica su vida a tomar fotografías de cosas que no le interesan en especial, no hay muchas oportunidades de sentirse un héroe. Porque lo que hago casi siempre son bodas —tomo fotos pero nunca video, sin importar lo que paguen—, retratos familiares, de cumpleaños especiales, eventos escolares formales, algunas veces un poco de trabajo corporativo si tengo suerte y cualquier otra cosa que se cruce en mi camino.

—Está en la Universidad de Sunderland y no se encuentra bien. El aeropuerto está cerrado y su madre me mandó a traerlo a casa.

—¿Qué hace en la uni? —pregunta ella con acento escocés.

—Video y producción de cine.

—Yo hice algo parecido.

—¿En Sunderland?

—No, en Glasgow. Para allá voy, a casa, con suerte el tren sigue funcionando.

—Te daría un aventón si fuera en esa dirección, pero voy a Sunderland.

—Y entonces siento que me pasé, que podría pensar mal de mí. Ella contesta un mensaje de texto y yo finjo ver mi teléfono.

—¿Qué tiene tu hijo?

—No sabemos en realidad, pero parece ser algún tipo de gripe. ¿Estabas de visita en Irlanda del Norte?

—Trabajo en *Juego de Tronos*.

—Eso suena emocionante. Nunca la he visto, pero, como todos los demás, sé lo popular que es, aunque en algún lugar de mi memoria está grabada la descripción que alguien me dio de ella: «tetas y dragones».

—Tiene sus momentos.

—Mi hijo la ve, aunque supongo que de manera ilegal. Todo lo baja de internet.

—¿Y quién no?

—Me reí cuando supe que las autoridades habían pintado líneas blancas en la carretera de Dark Hedges.

—Tuvieron que quemar la pintura para quitarla, pero todavía se pueden ver las marcas.

—¿Y cómo son los actores?

—La mayoría son muy buena onda, aunque algunos pueden ser un dolor de cabeza. Necesitan esto, necesitan lo otro... Nunca están contentos.

—¿Y tú qué haces?

—Soy asistente de producción —dice y luego mira su teléfono otra vez y me doy cuenta de que la conversación se terminó y ya no le pregunto qué implica su trabajo. Sin embargo, conocerla me da algo que contarle a Luke de camino a casa; sería bueno que yo pudiera hacerle algunas preguntas sobre cómo empezó.

El barco zarpa y empiezo a ver por la ventana cómo avanzamos. El mar está tranquilo, en apariencia indiferente al dramatismo del clima, pero la costa cubierta de nieve, que se estira como dos brazos largos que nos encauzan al mar abierto, ofrece una perspectiva que no había visto nunca antes y me arrepiento de haber dejado la cámara en el auto. Se escuchan algunos anuncios de seguridad y después más música navideña con gaitas. Pienso en Lorna tratando de volver a encontrar el calor en nuestra cama, en Lilly dormida bajo su póster de la película *El buen amigo gigante* y en Luke, lejos y solo en una casa vacía. De pronto, siento que todo es profundamente extraño; el presente se cuele en un espacio silencioso donde la memoria y la conciencia son mutuamente permeables y se mezclan para crear algo nuevo.

Por sólo unos segundos soy consciente de todas las demás personas que han hecho este mismo viaje, y los pasajeros a mi alrededor se ven reemplazados por un silencioso *collage* de los rostros borrosos de quienes han ido antes, muchos en busca de una nueva vida en ciudades que esperaban les ofrecieran un mejor futuro. De todas las mujeres que cargan tristeza en sus vientres y se ven obligadas a pedir ayuda lejos de su familia y hogar. Trato de ahuyentarlos con un cerrar de ojos, pero en cuanto lo hago entreveo a un joven al otro lado de la sala, antes de que desaparezca, y creo que es Daniel.

No me sorprende que esté en el barco porque lo he visto en muchos otros lados, siempre fugazmente y sin el tiempo suficiente para levantar la mano y llamarlo.

Algunas veces está al final de la fila de los padrinos de boda, ataviados con sus trajes rentados y viéndose como si hubieran salido de *Perros de reserva*. Otras veces lo veo con el rabillo del ojo mientras manejo y algunas otras justo antes de dormir, pero siempre a la distancia, y me pregunto si debería levantarme a revisar que la puerta esté abierta, para que pueda entrar a casa si quiere. Creo que quizá lo veo en la fila de los padrinos de boda porque cuando estaba en la escuela e iban a tomar una fotografía panorámica, él y su amigo Robbie se salieron de sus lugares en las gradas, corrieron al otro extremo y aparecieron dos veces. Al director no le pareció divertido y esa fue la primera de sus suspensiones. Suspendido por bromista. Quizá fue su mejor castigo y el menos merecido. Se escucha el tintineo chirriante de la máquina tragamonedas. Lentamente nos dirigimos al mar abierto.

Dormito un poco; empecé temprano y quité mucha nieve. Cuando despierto, la joven se ha ido y espero en verdad no haber roncando en su oído ni que haya pensado que estaba tratando de ligármela. Cruzar sólo tomará un par de horas, pero ya me siento aturdido y sé que necesito claridad mental si voy a manejar, así que salgo y subo a la cubierta para dejar que el aire de la mañana me haga reaccionar. Un grupo de fumadores, algunos cubiertos con las capuchas de sus chamarras, se encorvan sobre el barandal en el área para fumar. Veo a la chica que estaba sentada a mi lado. El viento revuelve su cabello y tiene que quitárselo de la cara. La estela que deja el barco se arremolina y saca espuma en forma de V, casi como si estuviéramos batiendo la nieve, pero al extenderse a la distancia, el mar

parece casi inerte en un letargo gris. No existe una función en la cámara para sacar una fotografía así, incluso si tuviera mi cámara conmigo; sin embargo, hay muchas personas tomándose *selfies*, solas o en pareja. La cámara del teléfono, el progreso incesante de la tecnología y todo lo que viene con él es lo que acabará con los empleos de la gente como yo. Pronto toda la fotografía social se realizará de esta manera. Algunas veces me hace sentir como el último ejemplar de una especie en peligro de extinción. El último de los mohicanos que toma fotos con una cámara real. Lo peor es saber que sin importar lo buenas que sean estas *selfies* para mí no valen casi nada, están desprovistas de lo que hace que una fotografía sea una fotografía, algo que emerge de decisiones razonadas y creativas y de una manera particular de mirar. Así que a mis ojos no son más que expresiones de indulgencia y vanidad humana, sin la dignidad que una verdadera fotografía puede otorgar. Sin embargo, si Lilly está en lo cierto, quizá soy «la esponja que absorbe la diversión», como ella me ha llamado, y estoy despotricando contra algo que sólo es un poco de diversión inofensiva.

Estamos dando una vuelta por el camino del acantilado en Portstewart. Queríamos cansar a los niños aunque también hacía frío en aquel entonces, casi tanto frío como ahora. Luke estaba en su etapa de preguntar todo el tiempo:

—¿Por qué la llaman la costa?

—Porque estamos al lado del mar: al costado.

—Pero ¿por qué llamarla costa?

—¿A qué te refieres, Luke?

—¿Por qué la llaman el lado del mar?

—¿Cómo la llamarías tú?

—La llaman la costa, pero ¿cómo sabes que es el lado del mar y no el frente o la parte de atrás?

Me mira y en las comisuras de sus labios hay pequeñas manchas color café, señal de que comió helado de chocolate en Morelli's. Ya no sé la respuesta a la mayoría de sus preguntas, así que simplemente digo «No sé» o «Porque así es». Los padres deberían saber las respuestas de las preguntas que hacen sus hijos pequeños, pero las preguntas de Luke vienen de un

planeta tan lejano en el espacio que no es parte del sistema solar. Así que para distraerlo le digo:

—Mira, allá hay un hombre que está pescando. —Pero la información no tiene para él ningún sentido de revelación ni de iluminación, y entonces la ignora y mejor se concentra en patear una roca hacia las piedras de abajo.

—Vas a maltratar tus zapatos —le digo, lo que nos permite sentirnos como padre e hijo otra vez.

Pienso en Luke en esa casa extraña, esa casa con habitaciones vacías, y lo terrible que debe ser para él. Todos se fueron, todos los ruidos cotidianos de la vida estudiantil se desmoronaron en el silencio, como si la nieve los hubiera sofocado y en su lugar sólo quedara la casa dueña de sí misma, con sus inexplicables pasillos y la presión de la nieve en el techo. Presión como el peso muerto de la soledad.

Voces que transitan por la calle. Las llamadas telefónicas de su madre. Verificar constantemente en línea para saber si ya hay vuelos. Su mochila al pie de la cama. Todo en su vida está impedido: su vuelo a casa, su salud, lo que sea que quiere para él mismo. ¿Qué quiere para él? Hacer cine suena como un discurso profesional de *La Isla de la fantasía*, pero si tiene suerte quizá pueda encontrar un puesto en alguna organización que le ofrezca algo más que contratos temporales y tareas insignificantes. Estábamos tan contentos de que quisiera ir a la universidad que no quisimos interferir con su elección de carrera y tratamos de justificarnos diciéndonos que era importante que él estudiara algo que le interesara.

Las gaviotas merodean alrededor del barco, flotando ligeras sobre las corrientes de aire. Luke nunca parecía permitir que alguna situación lo limitara, era relajado en su manera de aproximarse a todo, curiosamente indiferente ante cualquier forma de presión que la escuela o nosotros tratáramos de imponer. Tal vez eso es algo bueno. No ser intenso, no obstinarse en perseguir nada, en especial si aquello parece estar permanentemente fuera del alcance. No tener un hueco adentro, una suerte de vacío que es necesario llenar. Saludable y feliz, eso es todo lo que importa, eso nos dijimos y todavía creo que es lo correcto. Miro a las gaviotas otra vez. Le compramos un dron para Navidad, no uno de los que son carísimos, sino

uno que en realidad no es mucho más que un juguete. Aun así, tiene una cámara integrada para que pueda filmar cosas y hasta le compramos baterías adicionales.

No me doy cuenta cuando ella se acerca. Su cabello está enredado por el viento. Puedo oler el humo de su cigarro.

—Se sentía un poco sofocante allá adentro —me dice ella y por primera vez me percató de que sus ojos son del color verde grisáceo del mar.

—Aquí hace frío.

—Cuando fumas te acostumbras. Somos los nuevos marginados, los exiliados. Si tienes suerte, algunas veces ponen un calentador en el patio.

—Aquí no es el caso.

—¿Cómo es Sunderland?

—¿Quieres escuchar la verdad?

Ella asiente y mueve ligeramente sus pies porque por un momento el barco parece tambalearse un poco sin razón aparente.

—Algunas partes están bien y otras se parecen a Belfast en un mal día de un mal año.

—Me gusta Belfast, casi todo.

—A mí me gusta ahora también, pero el Belfast que te gusta no es el mismo que conocí cuando crecí, lo cual es bueno. Uno de los ejecutivos de *Juego de tronos* la criticó, ¿no?

—Creo que dijo que no era la ciudad más cosmopolita en la que hubiera pasado medio año —se ríe y agrega—: Tuvo que disculparse con la cola entre las patas.

—Nunca hay que disculparse por decir la verdad —le digo antes de darme cuenta de lo que dije y de que me siento como su padre. Hay una pausa en la que ambos miramos al mar y luego digo—: Quería preguntarte cómo empezaste en el medio, para aconsejar a mi hijo.

—Honestamente le sugeriría que se dedicara a otra cosa. Algo que le dé un buen salario y le ofrezca posibilidades decentes.

—Pero a ti te ha ido bien, ¿no?

—En *Juego de tronos* soy sólo corredora.

—¿Y qué hace una corredora?

—Corro por aquí y por allá. —Esa parece ser la explicación más convencional—. Hago lo que me encargan, todo lo que nadie más hace. Hago

mucho té y llevo muchas cosas de A a B.

—Pero es un comienzo. Quizá tendrás más oportunidades. También debe ser emocionante ver a los actores y la... —Me esfuerzo por buscar la palabra y digo—: acción.

—Algunas veces sí, pero no somos parte de ese círculo y hay muchas reglas y cosas que debes firmar, y si rompes alguna de ellas te cae el mundo encima.

—O te conviertes en comida de dragón.

—Eso es todo —dice y después me desea suerte para llevar a mi hijo a casa. No digo más que gracias cuando ella se voltea y se marcha. Nunca volveré a verla. Después pienso que de saber su nombre podría buscarla en los créditos en la pantalla.

Sus regalos están en la sala, nunca confiamos en la idea de ponerlos en sus recámaras ni en que duerman de corrido hasta la mañana, porque empezarían a abrir los regalos sin nosotros, con lo que nos quitarían el gusto de ver la emoción en sus caras y porque Lorna espera que les tome fotos en cuanto empieza el desorden de rasgar y los gritos. Claro que ellos se despiertan temprano y empiezan a preguntar a gritos desde sus cuartos si ya es hora. Nosotros les decimos que no, que se vuelvan a dormir, pero siempre es inútil y antes del primer rayo de luz renunciamos a nuestra idea de dormir y los llamamos. Trepan a la cama, brincan y a regañadientes se acurrucan, resintiendo los abrazos de sus padres como camisas de fuerza. Después jugamos lo tradicional, cantar a dos voces.

—Bueno, mamá, ¿crees que Santa Claus vino?

—¿Alguien escuchó algo en la noche?

—Creo que escuché un ruido en el techo —dice Luke.

—Tal vez sea la paloma que tiene su nido cerca de aquí y vuelve loca a tu mamá cada madrugada con su gorjeo.

—Si tuviera una pistola le dispararía —dice Lorna.

—Eso sería cruel.

—No tan cruel como despertar a tu mamá y a tu papá al amanecer.

—¿Ya podemos ir a ver? Por favor, por favor, por favor.

—Ya casi, muy pronto —digo mientras pongo mi mano suavemente sobre

sus ojos—. ¿Por qué no se toman una siesta para que aguanten hasta la noche?

—No, no —gruñen y se retuercen tanto que el edredón se resbala de la cama.

—Okey, okey, cálmense. Primero que nada, una pregunta importante: ¿se portaron bien?

Contestan que sí sin la menor duda, miro a Lorna y le pregunto qué opina. Ella piensa un momento, con un dedo sobre sus labios en una pose exagerada de reflexión profunda, y los deja esperando.

—Diría que en general... ¡en general diría que sí! Ahora váyanse a sus cuartos, pónganse sus pijamas y pantuflas, luego regresen aquí y esperen hasta que su papá prenda algunas luces y la calefacción.

Me pongo mi bata y mis pantuflas, tomo la cámara cuya batería cargué durante la noche y me dirijo a la cocina, donde permanece el olor de los preparativos para la comida que vamos a compartir. La calefacción cobra vida sin entusiasmo alguno y después me voy a la sala, enciendo el árbol de Navidad y la iluminación de la cámara para que la luz sea suave. Bajo el árbol hay bolsas navideñas que contienen botitas con dulces, aviones de madera, juegos de cartas, calcetas de futbol, espinilleras, monedas de chocolate, minilinternas. Sus regalos principales están en el lado opuesto del sofá. Lorna es buena para envolver los montones de regalos, que se ven como pirámides, donde el regalo más grande está en la base.

—¿Ya podemos entrar? ¿Ya pasamos?

—Dennos un segundo más y los llamamos. —Y cada año tomo la fotografía de este momento perfecto antes de que se haga polvo.

Se siente como el inicio de una carrera. Todos nos apresuramos y estamos listos para irnos. No hay muchos carros abordo, comparado con el número de camiones. Son poco más de ciento sesenta kilómetros a Carlisle, así que en condiciones normales esta parte del viaje debería tomarme unas dos horas. Lo he hecho tres veces. La primera con Lorna, cuando llevamos a Luke a la universidad, con el auto abarrotado de todas las cosas que mi hijo podría necesitar para sobrevivir en la residencia estudiantil; la segunda vez, cuando me traje todas sus cosas a la casa porque después del primer año Luke tuvo

que mudarse de dormitorio, y después, al inicio del segundo año, lo llevamos a él y todas sus cosas de regreso. Así que el camino es bastante conocido para mí; sin embargo, cuando dejo el puerto, la nieve ha renovado todo el paisaje y los lugares que quedaban en mi memoria se borran de un plumazo.

«Da vuelta a la derecha en la avenida Londres. Permanece en la A75.» La carretera que sale de Stranraer está mejor ahora que como solía estar hace décadas. Sin embargo, ahora está más estrecha por los burdos montones de la nieve que retiraron y pusieron en cada lado. Aunque la superficie parece casi despejada, la carretera aún se ve brillante y peligrosa, así que manejo a baja velocidad, encorvado tras el volante, tratando de ignorar todo menos la música y de sentir la familiaridad reconfortante de lo mecánico, de lo que responde cuando quiero que responda.

Es una mujer la que da las indicaciones. Estoy acostumbrado a las voces femeninas. Algunas veces les gusta platicar. Quizás hay cosas que necesitan decir antes de caminar hacia el altar.

—No sé si estoy haciendo lo correcto —dice ella mientras estira sus manos para que se seque su barniz de uñas y me mira como si yo supiera la respuesta.

—Sólo tú lo sabes —le digo porque ya he pasado por esto y parece que eso es lo mejor que se puede decir.

La maquillista se fue y nos quedamos solos ella y yo. Cada vez con más frecuencia me encuentro en situaciones como esta, porque la moda cambió y ya nadie quiere una serie de fotografías formales y acartonadas. Ahora quieren tomas extravagantes y artísticas de la pareja feliz y la familia. Ya no quieren fotografías que se tomen en la escalinata de la iglesia ni en los jardines de un hotel. Así que ahora tengo que estar dispuesto a tomar fotos en playas, en las ruinas de un castillo y hasta en un establo, una vez. La última toma que hice fue la de una novia sentada en un caballo y el novio sujetaba la brida, como si guiara al jinete ganador. Donde la feliz pareja quiera, pero ahora no sé si hay una pareja feliz.

—Debes de estar nerviosa —le digo a la novia y tomo una foto de sus zapatos brillantes, que aún no se ha puesto y parecen estar hechos de azúcar glas; pongo su ramillete de rosas en un cojín para otra toma. Está sentada en su tocador mirándose en el espejo. Si me muevo, puedo tomar una fotografía de ella mirando su reflejo. Su madre la llama para que se apresure, pero la

novia se mira en el espejo con las manos estiradas y no sé si se está motivando para lo que viene o si lo está postergando.

—Lo conocí en un sitio web de citas —dice ella y, por un segundo, cuando la miro, sus manos estiradas la hacen ver como una sonámbula. Una sonámbula con los ojos abiertos.

—Ahora mucha gente hace eso —le comento y sé que no suena muy bien, pero pasa por mi mente la idea de que si se retracta ahora las probabilidades de que me paguen son pocas. Las cancelaciones de bodas no dejan nada más que secuelas de caos—. Tan buen lugar como cualquier otro. Además, ya salió el sol —digo y me paro en la ventana de la recámara. Abajo, el carro nupcial está estacionado en la calle y unos aros de luz iluminan su negrura pulida. Su madre la llama otra vez—. Mira, déjame tomarte una última foto sentada ahí. Te ves increíble. Tomaré tu reflejo en el espejo y saldrá muy bien.

Ella mira sus uñas por última vez antes de poner las manos a los lados y posar para la cámara. Sin embargo, lo primero que veo es mi reflejo y, en ese instante, antes de salirme de rango, quiero decirle que no puedo ayudarla, porque no puedo siquiera ayudarme a mí mismo, y que, sin importar lo que decida, siempre será una promesa sin ningún tipo de certeza duradera. Una de las pocas cosas que sé de cierto es que nada está garantizado. Pero lo único que digo es:

—Listo.

Se mira por última vez en el espejo y la escucho decir con cadencia:

—Vamos, adelante. —Y no sé si la música que oigo en su voz es feliz o triste, pero yo también digo:

—Vamos, adelante. —Y trato de hacer que mi voz haga eco de sus palabras.

«En la glorieta, toma la segunda salida y permanece en la A75. Sigue derecho.» Le digo que eso es exactamente lo que quiero hacer. Entonces sí, adelante, los kilómetros de carretera veteada de nieve que se extienden hacia aquella casa vacía en Sunderland. A mi izquierda, las colinas y los bosques se ven misteriosos e inmóviles. Gran parte de las carreteras secundarias por las que paso sigue obstruida.

Algunas tienen un angosto carril que atraviesa la nieve, como si alguien hubiera rebanado a lo largo un pastel de boda. Mantengo mi velocidad a sesenta kilómetros por hora o menos, lo que va a alargar el viaje pero con suerte disminuirá las probabilidades de un desastre. Cada cierta distancia, a lo largo de la carretera hay vehículos orillados que parecen abandonados y que sus dueños todavía no los han recuperado. Me pregunto dónde encontraron refugio cuando la nieve cayó con mayor intensidad. Necesito detenerme para llamar a Luke y decirle que voy en camino y para orinar, lo que debí haber hecho en el barco, pero no hay ningún lugar fácil de identificar porque los paraderos de descanso están bloqueados con varios metros de nieve, así que tengo que seguir. Después de unos veinte minutos, veo un paradero milagrosa y parcialmente accesible y en él hay una camioneta que vende comida caliente y un par de camiones estacionados. Cuando me orillo, la voz me dice que está recalculando la ruta y la pantalla empieza a reiniciarse. Le digo que se relaje, pero no me escucha, se pone muy nerviosa hasta que la silencio. La camioneta tiene el nombre «El fraile feliz» y el dueño viste un delantal blanco, un gorro de lana y una bufanda tan larga que debe de representar un riesgo sanitario y a la seguridad cada vez que se acerca a la freidora. Trae mitones en las manos. Muchas lucecitas decoran el mostrador y un cartel de plástico que dice «Feliz Navidad», que parece haber estado en servicio muchos años, está pegado abajo. Un par de choferes de camión están parados a cada lado comiendo unas hamburguesas tan grandes que necesitan sostenerlas con ambas manos, sus cabezas se mueven hacia delante y parecen palomas cada vez que dan una mordida. El olor de las cebollas guisadas corta el aire, yo no tengo estómago para esas cosas a esta hora de la mañana y pido un café, pensando en que es mejor preservar el contenido de los termos para más tarde o en caso de emergencia. A pesar del nombre que trae la camioneta, el tipo que sirve es muy hosco y me arrepiento de decirle que voy por mi hijo, porque no obtengo más respuesta que un asentimiento imperceptible; además, mira las monedas que le doy como si sospechara que son falsas.

Tal vez el negocio no va bien, sepultado por montones de nieve. Quizá esperaba juntar mucho dinero antes de los gastos de Navidad. Lo intento por última vez.

—Hiciste bien en salir a vender hoy.

—No espero vender mucho, pero lo que sea ayuda a alejar al lobo de la puerta —lo dice mientras pasa un trapo sobre el mostrador sin mirarme—. Ni siquiera era mi turno, pero mi hijo se largó a Aviemore.

—¿A esquiar?

—Sí, a esquiar y embriagarse.

—Mala combinación: esquiar y tomar.

—Se va temprano a la pista sin importar lo que haya hecho la noche anterior. Dice que el frío le despeja la cabeza. La comida frita tiene el mismo efecto en mí, no necesito lanzarme de ninguna montaña.

Le deseo buena suerte y quiero que él haga lo mismo por mí, pero sólo asiente. Bajo detrás de unos árboles, cerca de un par de mesas para día de campo, y miro la abundante arboleda que se extiende hacia arriba en la distancia ensombrecida. Todo está en silencio e inmóvil y mientras más lejos deambulan mis ojos, más profundos son el silencio y la inmovilidad. Ni siquiera un pajarito sacudiéndose el fino rocío de la nieve al caer rompe el hechizo. Si tuviera mi cámara tomaría una fotografía, pero me pregunto si podría acercarme a capturar lo que está oculto en el instante. Escucho una voz, mi GPS interno, que me dice que a pesar de todas las esperanzas que albergó y siempre he albergado en cuanto a lo que podría hacer y ser con la cámara, no tengo el nivel. Y su voz se convierte en mi voz y dice una y otra vez: «Mira para acá. Todos están sonriendo». Todo el mundo siempre finge sonreír. De pronto, siento escalofríos.

Algo mueve una rama más arriba en la ladera y la nieve cae casi en cámara lenta. Sé que es Daniel aunque no puedo verlo. Parado perfectamente inmóvil miro y miro, tratando de verlo, pero no hay huellas en la nieve, sólo las cortezas blancas de los abedules, que se pasan el frío entre sí.

—Hola, Luke, ¿cómo estás? Ya voy en camino.

—Qué bueno. ¿Cómo están las carreteras?

—No tan mal por el momento, manejables, y además voy con cuidado.
¿Cómo te sientes?

—Un poco mejor, pero todavía muy achacoso.

—¿Estás tomando suficientes líquidos?

—Sí, papá. —Su voz es la de un adolescente exasperado. Se queda callado

y luego me dice—: Es la primera vez que me animas a beber.

—Qué gracioso —digo contento de que se sienta lo suficientemente bien como para hacer una broma—. Necesito que tengas todo empacado para que podamos irnos rápido, regresar aquí y zarpar a casa.

—Ya hice mi maleta y estoy listo para irme.

—Bueno, ya te dejo, te llamo cuando esté por llegar.

—Papá, ¿le puedes pedir a mi mamá que deje de llamarme cada cinco minutos? Es un dolor de cabeza y me llama cuando intento dormir.

—Está preocupada por ti, Luke, pero le voy a decir. Llámanos si sucede cualquier cosa, ¿sí?

—Sí —me dice y cuelga.

Llamo a Lorna y trato de decírselo con todo el cuidado posible, pero se enoja porque es natural que esté preocupada, que quiera saber cómo está o si necesita llamar a un doctor. Se queda callada, que siempre es peor, hasta que la escucho decir que no lo llamará antes de la comida. Luego me pregunta si ya comí algo. Le digo que sí y colgamos. Me quedo pensando en que debe haber una buena manera de querer a un hijo, que lo ayude en lo necesario sin molestarlo. No sé cómo encontrar ese camino. Familias felices. Todos sonrientes. Reuniones pequeñas y perfectas; algunas veces en sus casas, otras en el estudio, los niños radiantes, con una salud estupenda. Algunas veces creen que en blanco y negro le dará más clase, un aire de seriedad e incluso de permanencia. ¿Quién se queda con la foto en caso de divorcio? Y cuando los niños la vean en retrospectiva, ¿qué verán y cuánto coincidirá con sus recuerdos? Tengo dos fotos que me traen recuerdos. Ambas están en blanco y negro; son fotos simples. En ambas, con mi madre. Una, en la casa de Santa de una tienda en el centro de Belfast, y la otra en una primera bicicleta. De mi padre no hay rastro.

A Luke nunca le ha gustado mucho la bebida. Se embriagó la noche en que terminó sus exámenes para obtener el certificado de secundaria. Eso fue casi el resultado total de sus excesos de adolescente, al menos hasta donde sabemos. Uno de sus amigos me llamó con el celular de Luke y fui a recogerlo en el enrejado ya cerrado de un parque local. Lo sostenía su amigo, que al menos tuvo la delicadeza de llamarme y no darse a la fuga, un montón de botellas de vodka vacías alrededor de sus pies y en algún lugar lejano del parque, gritos y ruidos de parranda. Sacarlo del enrejado ha sido una de las

cosas más demandantes físicamente que he tenido que hacer con Luke. Hacer que pasara por encima de una reja de metal, alta y cerrada. «Pon tu pie ahí, Luke.» Empujando, tirando; nunca había tocado a mi hijo tanto desde que era niño y recordé lo raro que se sentía. «Ahora pasa tu pierna izquierda del otro lado.» Procuré evitar que se rompiera la cabeza; Luke perdió un tenis en el proceso. Lo guie a casa a pie.

Le dije: «No te vas a subir al auto si vas a vomitar». Y vomitó como por encargo. Al terminar, volvió a vomitar hasta que ya no quedó nada. Caminé con él un poco más, tratando de adecentarlo para que su madre no lo viera en ese estado.

Nos fue bien con Luke, ahora lo sé. Quizá como una especie de disculpa por su noche de juerga, el día que le dieron los resultados fue al estudio con su lista de éxitos. No lo abracé porque en realidad nosotros no hacemos eso, y quizá no lo he tocado desde la noche del enrejado, pero hice algo que, más que cualquier otra cosa, sentí más íntimo: le tomé una foto. Sentado en un banco, con el papel en su mano, tomé el retrato de mi hijo. Mientras lo miraba a través de la lente, recuerdo que no quería que el momento terminara, no quería presionar el botón. Sólo quería conservar el momento, él viéndose feliz y yo sintiéndome orgulloso. Quería decir algo sin saber exactamente qué ni cómo hacerlo, así que mejor salimos y le invité un sándwich de Subway.

Los nombres de las señalizaciones son extraños: Wigtown, Gatehouse of Fleet, Kirkcudbright.¹ «Permanece en la A75. Toma la segunda salida en la siguiente glorieta.» La foto con mi madre en la casa de Santa. Fue en Robinson & Cleaver o en Anderson & McAuley's, una de esas tiendas familiares anticuadas de estilo eduardiano que las transnacionales y la modernidad hicieron desaparecer. No recuerdo cuál era de las dos. Quizá fue la última vez que disfruté la Navidad. Ahora, la expresión «casa de Santa» es como decir un barrio marginal, y casi siempre tengo esa sensación de estar encerrado con expectativas altas y predeterminadas que nunca se cumplen. Te vuelves tan loco que al final escapabas sólo para terminar caminando entre las rebajas, aunque ya te hartaste de las compras, y el lapso entre la Navidad y las tiendas que te exigen más dinero dura cinco minutos —cada año es

menor—. Incluso nuestro mercado local estaba abierto la mañana de Navidad. Este año, el trabajo de Lorna como asistente de la escuela primaria terminó apenas ayer y tuve que correr, conseguirlo todo, buscar todo lo de la lista y recibir nuevas listas. Lorna necesita descansar, recuperar sus fuerzas, y si puedo traer a Luke a casa, sano y salvo, será una preocupación menos para ella. Esta será la primera Navidad así; no siempre será fácil, pero ya hablamos de ello y tenemos que salir adelante por Lilly, que aún es lo suficientemente pequeña para emocionarse y tiene el derecho de ver cumplidas sus expectativas de la mejor manera en que podamos.

Extrañamente, el GPS se calla, pero justo cuando me pregunto si se fue a tomar un descanso, me dice una vez más: «Permanece en la A75. Maneja diez kilómetros». Paso por casas alejadas de la carretera que se han transformado temporalmente en cabañas suizas; sólo la presencia de ladrillo en vez de madera confunde mi impresión. Algunos jardines tienen muñecos de nieve; muñecos que intentan escapar por los aires cuando todo el mundo duerme. Luke siempre ha dormido toda la noche, incluso desde poco tiempo después de nacer. Al principio, casi siempre fue un niño dulce, después intensamente curioso del mundo, y cuando había agotado sus preguntas, al menos en apariencia, parecía dispuesto a aceptar que las cosas eran como eran, que no siempre había respuestas para sus preguntas. Sin embargo, hay una pregunta que me gustaría hacerle y es qué pasa dentro de su cabeza, porque nunca lo he entendido en realidad, y él casi nunca dice ni hace algo que me dé una pista. Después de lo que ha pasado, eso es algo más que me preocupa. Uno pensaría que cuando eres el padre de un niño, un niño que has criado —bueno, en el sentido de que estuviste ahí cuando creció, porque he llegado a creer que la vida los cría—, eso te capacitaría para comprenderlo, que habría una conexión instintiva entre ambos. «En la siguiente glorieta toma la segunda salida.» ¿Cuántas infelices glorietas hay? Pero no funciona así. Pienso en mi padre, como lo he venido haciendo en estos días, y quizá vuelvo al pasado tratando de encontrar cualquier conexión que pudiera haber existido antes de desvanecerse.

Mis manos extendidas sobre el volante son copia de las suyas: largas, de dedos gruesos. Pero las suyas eran útiles para el trabajo que hacía, como

albañil insignificante que iba de un trabajo a otro para vivir; siempre que hablaba de tener mucho dinero lo asociaba con algún pago lejano en el futuro. Un dinero que nunca llegó antes de que el Parkinson lo liquidara; esas manos fuertes y callosas temblaban como las últimas hojas que el viento de invierno se llevó hasta la indefensión final. Las mías son obstáculos, no están hechas para presionar botones pequeños ni cualquier otro objeto que necesite un toque delicado. Una ráfaga de viento se levanta, exhala una fina escarcha de la superficie de las paredes y los techos de los carros. Las ramas de una hilera de abedules se han convertido en una celosía enmarcada de blanco. Era invierno cuando lo ayudé a trabajar en la casa del viejo Dobson, fuera de la península, donde el viento que venía del lago rugía y serruchaba nuestros huesos. Yo tenía dieciséis años, estaba confinado en las vacaciones, y algunas veces pensaba que saldría volando de los andamios mientras trabajaba en uno de los techos. Dobson saliendo cada tarde a bordo de su Mercedes azul y humillando a mi padre por alguna u otra falla, cuando el trabajo estaba listo, evadiendo el último pago y queriendo un descuento por un supuesto descuido. Mi padre diciéndome mientras íbamos a casa en el auto que, con suerte, en una noche de tormenta, cuando el viento llegara rugiendo del mar, se llevaría todo el maldito techo de la casa de Dobson y lo dejaría temblando bajo las estrellas. Quería borrar el dolor de la humillación que yo había presenciado y, aunque no dije gran cosa, quería hacerle saber que estaba de su lado, así que le dije que todo el mundo sabía que Dobson era un imbécil. Nunca me sentí más cerca de él. En los años siguientes, nunca volvió a haber un momento en que me compartiera algo personal o yo a él. Cuando un camión que va pasando arroja un poco de aguanieve sobre el parabrisas, escucho una voz que dice: «Quizás sólo en el mundo moderno creemos que las palabras son importantes». Sin embargo, en los años siguientes sentí que el espacio entre nosotros se agrandó lentamente; después no hay marcha atrás y todo eso es muy triste, es demasiado tarde. Así que de pronto entiendo que la biología y los genes en realidad no confieren una conexión, que al final sólo existe lo que hice con estas mismas manos que sujetan el volante y no sólo por un nombre en un acta de nacimiento. Quiero llamar a Luke y decirle que lo quiero, pero no puedo porque pensará que el que está enfermo y ardiendo en fiebre soy yo.

—¿Y alguna vez me dijiste que me querías? —pregunta Daniel.

Llega silenciosamente, de manera que nunca identifico el momento ni el lugar, pero en este viaje lo he estado esperando; no puedo estar solo en el carro todas estas horas sin que él venga, a pesar de la protección que esperaba de la música, a pesar de la voz del GPS. A menudo llega cuando estoy pensando en Luke. Viste su sudadera negra con la capucha en la cabeza, pero no logra evitar que registre la palidez de su piel, las ojeras bajo sus ojos. Son sus ojos lo que casi siempre miro porque su sola mirada puede revelar la verdad.

—Si no te lo dije te lo demostré todos los días, y tu madre debió decírtelo tan a menudo que ya no la escuchaste.

—Pero eso no fue verdad. Nunca fue verdad, ¿o sí?

—Estás lleno de mierda, Daniel.

—Sabes que es la verdad —insiste, se voltea, mira a través de la ventana y la luz de la nieve fluye a través de él. Sus manos están hechas puños que se aferran a sus pantalones. Su mano derecha tiene una costra. En su manga, hay un agujero que se ve como quemadura de cigarro.

—Te gustaría que fuera verdad porque así tendrías a quien culpar, alguien que no seas tú.

No puedo aceptar sus acusaciones, ya no puedo más con esto, porque si lo hago me hundiré tanto que nunca podré recuperarme. Pero tengo que intentar hablar con él. Tratar de explicarle.

Eso es lo único que me queda ahora.

—¿Cómo te sientes? —pregunto arrancando deliberadamente todo el enojo de mi voz.

—Estoy bien, me va bien —dice él, pero las mentiras se asoman en sus ojos—. Me iría mejor si me pudieras prestar algo de dinero. Con poco es suficiente.

—Sabes que no tengo dinero para ti, ni mucho ni poco.

—Algo de cariño.

Le digo que si no lo quisiera le daría el dinero, le daría todo lo que pidiera, pero ya se ha ido, y todo lo que puedo hacer es sujetar el volante con un poco más de fuerza y subir el volumen de la música un poco más.

—Estás lleno de mierda —le digo aunque ya no está ahí y sin darme

cuenta de que estoy gritando—. Lleno de mierda. —Golpeo el volante con las palmas de mis manos y salto cuando le pego al claxon por accidente. Unos segundos después suena mi teléfono. Es Lilly y aunque no debo contestar lo hago, porque una llamada puede significar cualquier cosa. Trato de calmarme.

—Hola, papá, ¿ya casi llegas?

—Aún estoy en Escocia, pero me estoy acercando. ¿Mamá está bien?

—Sí, está encendiendo la chimenea de la sala. Vamos a asar malvaviscos.

—Sabe que no deberíamos hacerlo porque vivimos en una zona de aire limpio.

—Pero es Navidad.

—No importa.

—Toc, toc.

—¿Quién es?

—La nieve.

—¿Qué nieve?

—La nieve que patina porque el hielo es muy delgado.

—Muy bien. Cuida a tu mamá. No dejes que haga demasiadas cosas. Tengo que colgar. Nos vemos pronto.

—Adiós, papá.

Una hija inesperada. Así, de la nada. Un motivo de alegría ahora, pero no quiero pensar en el futuro. Trato de no pensar en eso cuando debo tomarles fotos a algunas embarazadas que quieren un registro de su embarazo más allá del ultrasonido; gracias a Demi Moore, piensan que eso es lo que se debe hacer. Algunas de ellas traen una fotocopia de la revista en la que Demi está de pie, con una mano sujeta su vientre pleno y con la otra se cubre los pechos. Siempre insisto en que lleven a su pareja o a un amigo porque no quiero arriesgarme a que haya un malentendido. Esas fotos las tomo con todo el buen gusto posible y tan rápido como puedo porque cualquier tipo de espera me hace sentir incómodo, un *voyeur* en vez de un fotógrafo. Algunas veces su mano no es lo suficientemente grande para cubrir lo que se tiene que cubrir y tengo que sugerirles que usen algún tipo de manta; además, siempre tengo que usar Photoshop porque ninguno de nosotros se ve como

Demi Moore cuando está desnudo. Otras veces es un poco difícil tener que preguntarles: «¿Quieres que tu tatuaje salga en la toma?». Casi siempre me decepcionan cuando dicen que sí; me siento obligado a mentir y decirles que su mariposa, rosa o delfín se ven formales, más que como un dibujo de Lilly hecho con crayón cuando tenía cuatro años.

Pero qué significa llevar a un niño dentro de ti por nueve meses, y cómo eso afecta la manera en que piensas de él por el resto de tu vida, es algo que nunca podré saber porque soy hombre. En el momento del deseo, sólo contribuí arrojando un millón de espermatozoides; todo lo que hice fue comprar un boleto en la lotería de la procreación y dejé que la naturaleza eligiera el número ganador. Algunas mujeres embarazadas se sienten apenadas cuando llega el momento, mientras que otras son coquetas, y cuando se quitan la bata que les pido traer para tenerla puesta mientras solucionamos el tema de las poses y preparamos las luces, lo hacen con un ademán ostentoso, como si estuvieran en escena. Siempre me siento obligado a decir algo para ocultar el hecho de que soy yo el que constantemente se siente avergonzado. Por lo general digo «Ahí está bien. Quédate así», porque eso da a entender que estoy hablando de la composición de la fotografía, dejando abierta la posibilidad de estar incluyéndolas también.

Llego a una parte de la carretera en la que por alguna razón no han retirado tanta nieve, así que el tránsito reduce la velocidad a vuelta de rueda por más de tres kilómetros. El auto me sofoca, abro la ventana y siento una bocanada de aire frío en la cara. Treinta segundos después vuelvo a cerrarla y me como uno de los sándwiches que hizo Lorna. Entonces, el tránsito empieza a recuperar velocidad y poco después me encuentro con un camión enfrente y otro detrás, demasiado cerca, y siento que está impaciente, pues me presiona para ir más rápido de lo que considero seguro. Miro con frecuencia mi espejo retrovisor, pero no puedo ver al conductor. De pronto, parece como si estuviera en aquella película de Spielberg, *El diablo sobre ruedas*, sólo que esta vez no estamos en un desierto californiano, sino en un paisaje invernal rubricado con traición, y sospecho que si el camión de enfrente se para en seco no tendré la distancia suficiente para frenar y podría terminar emparedado entre dos vehículos de cuarenta toneladas. Empiezan a llegar a

mi mente imágenes de televisión que de manera inquietante socavan mi creencia en la supuesta fuerza del metal. Busco una salida de la carretera, pero no hay nada que me ofrezca una escapatoria segura, así que por otros tres kilómetros me quedo a regañadientes en la fila, tratando de disminuir la velocidad poco a poco para tener más distancia entre el camión de enfrente y yo. El que está detrás de mí está tan cerca que, si tuviera que detenerme, simplemente pasaría por encima de mí. De pronto ya no estoy manejando en *El diablo sobre ruedas*, sino en *Camioneros del hielo*, con sus conductores fuertes, sanos y amables que exaltan el peligro, animados con su imagen propia de Pony Express, que entregaba el correo en fronteras distantes y peligrosas. Vigilo tarde en la noche, cuando la casa está dormida en silencio y el zumbido intermitente del refrigerador, el repiqueteo de las tuberías de agua caliente agotadas se transforma en el crujido del hielo, mientras imagino fisuras que se extienden como las bifurcaciones de un relámpago. Todo el peso del camión y el cargamento sumergiéndose en las aguas oscuras del lago: he leído suficientes libros para saber que esa es una metáfora de todos los viajes. Antes de irme a dormir, me asomo a ver a Lilly, dejo que su respiración se cuele a través de mí, hasta que me siento limpio y con una nueva serenidad en mis pasos silenciosos. Cuando duermo trato de no tener ese sueño recurrente en el que camino a través de un lago congelado. Más y más lejos.

Esperando la grieta repentina, algunas veces veo una cara que reconozco bajo el hielo.

Cuando la gente maneja detrás, muy cerca de mí, me siento tentado a frenar para darles una lección, pero por supuesto que nunca lo hago porque implica un desastre para todos los involucrados, sin importar quién tenga derecho de hacerlo. «Maneja diez kilómetros.» Me gustaría no pesar nada para recorrer los tramos de hielo que quedan por delante sin tener que escuchar nunca más el sonido de las esquirlas. Cuando éramos niños rompíamos los charcos congelados, quebrábamos el hielo y lo hacíamos crujir, destrozábamos la superficie más gruesa con el tacón de nuestras botas. Era la alternativa para un niño tímido y obediente que no rompía ventanas; quizás es mi imaginación, pero a pesar de la música del carro ya empecé a percibir los

ruidos de la nieve que se derrite por debajo de las llantas, y sé que si la carretera se vuelve a congelar será tan resbalosa como una superficie de cristal. Sigo buscando una salida para escapar de un desastre en potencia, pero las laterales se ven atascadas de nieve y no parecen ofrecer buenas posibilidades de permitirme regresar para tomar la dirección correcta. Entonces, justo cuando pienso en encender mis luces intermitentes como una especie de advertencia para el conductor de atrás, el GPS me dice: «En la siguiente glorieta, toma la segunda salida», y me doy cuenta de que esta es la oportunidad que esperaba. Entro a la glorieta saturada con una mole de nieve amontonada, paso la segunda salida y le doy vuelta a la glorieta para volver a la carretera por la que venía, pero esta vez detrás del segundo camión. Disminuyo la velocidad hasta que me siento más seguro. Más seguro superficialmente, porque el eco de Daniel aún permanece, reacio a desaparecer con la música, aunque sea una de mis canciones favoritas, así que la repito y escucho *Snow in San Anselmo* de Van Morrison, tratando de ubicarme dentro de las diferentes partes de la historia en que la mesera dice que la nieve está cayendo por primera vez en treinta años, una cafetería abierta las veinticuatro horas, un loco en busca de pelea. El coro, su voz, el momento; sólo el momento. Sin embargo, la voz de Daniel es el contrapunto que escucho por encima de todo, y el eco no se disipa, sino que regresa al instante mismo en que surgió.

Un hijo tan lleno de mierda que su piel la supura, manifestándose en manchas hendidas, como si fuera una fruta amoratada. «El fruto de las propias entrañas», así se le llama a un hijo, así que esta debe ser la cosecha de mi vida. Eso fue lo que rindió frutos y como siempre la pregunta una y otra vez es cómo cuidé ese crecimiento, cuán bien lo protegí de la enfermedad. Me digo que el mundo está lleno de esporas infectas que vuelan a su antojo, guiadas por corrientes invisibles a los ojos y por ello imposibles de evitar. Pero nada de esto me convence y me atrapan los grilletes de una culpa sin escapatoria, a pesar de que sé que debo encontrar una manera de vislumbrar el principio de la absolución si he de sobrevivir; no sé cómo podré lograrlo, así que todo lo que puedo hacer es mantener el auto en la carretera, seguir avanzando kilómetro a kilómetro y traer a Luke a casa.

Un letrero de Lockerbie. Un avión en llamas que cae de los cielos. Me dan escalofríos. Supuestamente, el paisaje ya mejoró, hace mucho tiempo retiraron todas las señales de devastación y las reemplazaron con monumentos a las vidas destinadas a no regresar jamás a lo que eran. No podría asegurarlo, pero creo que sucedió un día cercano a la Navidad. Tal vez tan próximo como este mismo día. No recuerdo si cayó en la nieve antes de que chamuscara la tierra. Sin embargo, mientras me esfuerzo por pensar en eso, recuerdo a un padre, cuya hija estaba en el avión, que hizo una campaña para descubrir la verdad sobre lo que pasó, pues llegó a creer que el hombre que terminó en prisión no era el culpable. He empezado a preguntarme si siempre hay una verdad que se nos da para que nunca descubramos otras más incómodas. No soy alguien que crea en cada teoría de conspiración, pero cuando has vivido el conflicto en Irlanda del Norte empiezas a darte cuenta de que ya no creemos en los hechos. Eso se debe en parte a que están en tela de juicio, pero en mayor medida a que se les considera inútiles según un futuro basado en el común acuerdo. Así que ahora sólo existen las llamadas narrativas, y a todos se nos permite tener una diferente, incluso si creemos que la nuestra es la verdadera y las de los demás son fantasías. De todas formas no importa, porque a menos de que alguien te haya volado en pedazos o te corte la garganta por caminar en una calle, sólo es una narrativa, una historia más. Venida a menos frente a nuestra historia, la tuya ni siquiera te pertenece, alguien más puede reclamar su posesión y hacerla parte de su historia.

Paso al lado de un hombre con esquís, ambos bastones funcionan como pistones mientras él camina en la nieve, adonde quiera que vaya. Sé que tengo que retener la historia de Daniel cerca de mí, no permitir que nadie más encuentre una narrativa diferente o imponga una lectura distinta, porque yo soy el que necesita darle sentido. Todavía lo intento todos los días y tal vez con el tiempo, aunque no puedo imaginármelo fácilmente, podrá convertirse en una historia que pueda compartir, porque no necesito que un psicólogo me diga que tener esa historia tan cerca de mí me impide ser todo lo que necesito ser para mis hijos y tendrá un efecto corrosivo. En mi cabeza hay cosas que sé, pero que mi corazón no ha sentido, o mi yo o donde sea necesario experimentarlas.

Estoy viajando en una tierra extraña. El mundo más allá del carro está

aislado por la nieve y es totalmente diferente, a tal grado que todo se ve sepultado en las profundidades. Lo que más me gusta de manejar es que me permite dejarme llevar por el control de velocidad, en el que hasta las acciones mecánicas son instintivas y en gran medida pasan inadvertidas, así que en algunas ocasiones miro hacia fuera y sé por dónde voy, sin tener un recuerdo real de la manera en que llegué ahí. Sin embargo, aunque la nieve parece homogeneizar el mundo a primera vista, soy sensible a cada vibración del auto y registro todo lo que veo como si fueran señales que guían el camino: una pared de piedra reventada por la nieve, un árbol con una forma tal que parece que lleva puesto un vestido de novia que tiembla de frío, señales de tránsito con capas de blanco. Fuera del mundo que es el carro, hay personas perdidas en montañas, pueblos remotos aislados, granjeros que consiguen forraje a cuentagotas para sus animales. Vuelos que no pueden despegar, el país congelado en la inmovilidad. Mi hijo no puede llegar a casa. Hay algo que no nos están diciendo sobre el clima. Estoy convencido del calentamiento global, pero creo que hay otras cosas que nos están ocultando. Lo que no entiendo es por qué, si el mundo se está calentando, el verano pasado hubo una inundación y por qué en este invierno hemos tenido más nieve de la que podemos manejar. Paso por paisajes que parecen rogar que les tome una fotografía, pero sé que el resultado sería una toma de calendario barato para el mes de diciembre. Nieve para diciembre, hojas de otoño para octubre y corderos para la primavera. Una vez hice uno para un banco local y eso era lo que querían. No exactamente fotografías como las de Ansel Adams. Querían algo desprovisto de misterio, nada de nubes de tormenta, el lago Tahoe, Aspen, el norte de Nuevo México, robles o tormentas de nieve; imágenes incrustadas en lo que me queda de memoria creativa. Un paisaje que viva en el ojo, transformándose a sí mismo hasta que sólo se pueda ver mediante algún sueño de la imaginación, de manera que la imagen sea tanto ella misma como algo nuevo que no se puede describir con palabras. Y eso se siente fuera de mi alcance, porque la parte que necesito para estar vivo y hacer que suceda también está congelada en la inmovilidad.

Unos niños se deslizan en trineo por el campo, trazando surcos blancos tras ellos. Luke tiene buen ojo. Me di cuenta de ello pronto y traté de motivarlo

sin hacer mucho alboroto. Hizo un buen trabajo para su portafolio de arte en la preparatoria: fotografías de edificios viejos y abandonados en Belfast. No fue fácil encontrarlos, pero a la vuelta de la calle North una de las antiguas entradas nos ofreció algunas oportunidades. Fui con él, para llevarlo y echarle un ojo. Hice todo lo que pude para no estorbar ni ser la voz que lo aconsejara sobre el hombro, porque una de las paradojas de la paternidad es que, la mayor parte de las veces, las cosas funcionan mejor cuando se da espacio, pues no hay manera más pronta y segura de enviar a tus hijos a una órbita lejana que tratar de mantenerlos a la fuerza dentro de tu campo gravitacional.

Logró formar una colección visualmente interesante, enfocándose en las texturas y en el deterioro, dejando que la cámara encontrara las historias, usando la luz y la sombra para captar los materiales más viejos de la ciudad y, algunas veces, yuxtaponiendo con efectividad lo viejo y lo nuevo que coexisten. Después les hizo algo de Photoshop, que en algunos casos me gustó y en otros no me entusiasmó tanto porque me pareció que lo retratado hablaba por sí mismo de manera tan contundente que no necesitaba ningún arreglo. Pero era su decisión y vi lo suficiente como para saber que tiene talento, así que todo lo que hice fue animarlo y compartir con él todo el conocimiento técnico que pudiera necesitar, aunque dejé que él me preguntara. Lo que me preocupa de Luke es que, más allá de la música, nunca parece involucrarse en una cosa por mucho tiempo. Así que durante su adolescencia ha probado una serie de *hobbies* —judo, ciclismo, montañismo y hasta esgrima—, pero nunca se ha concentrado en nada más allá de seis meses, y su armario y nuestra cochera están cubiertos con los restos sucesivos de los equipos que ha ido desechando. Su madre se ha ofrecido a vender sus cosas a Gumtree, pero él parece reacio a darle luz verde, aunque como todo estudiante bien podría aprovechar el dinero. Tal vez alguna parte de él cree que podría reconsiderar sus decisiones y no está seguro de qué podría necesitar y qué no.

Hay una gasolinera abierta y me detengo para llenar el tanque porque, a pesar de que todavía tengo tres cuartos y traigo un botecito en la cajuela, siento una preocupación paranoica por quedarme sin combustible en medio

de la nada. También quiero llamar a Lorna. Lograron desobstruir la entrada, la salida y los accesos a dos bombas de gasolina. Ya pusieron grava en todos lados y afuera hay trineos en venta. No son mucho más que un plástico rojo y fino con una cuerda atada en el frente, pero funcionan y decido comprarle uno a Lilly. Tendremos que encontrar una pendiente en algún lado. Creo que tal vez podríamos ir a Stormont y usarlo de la manera en que se debe hacer, aunque sea por una vez.

—¿Dónde estás? —pregunta Lorna.

—Camino a Gretna Green.

—¿Ya encontraste a alguien que se fugue contigo?

—No tengo tanta suerte, ¿sabes algo de Luke?

—No le he hablado. En caso de que se te haya olvidado, no tengo permiso de marcarle.

—Claro que puedes, pero tal vez no tan seguido. Si tiene algún problema nos lo hará saber.

Hay un silencio al otro lado de la línea lo suficientemente prolongado como para darme cuenta de que dije una estupidez, así que trato de regresar al buen camino preguntándole cómo está.

—Más o menos. Estoy algo cansada. No sé si del cuerpo o de la cabeza. Siempre hay una cosa más que hacer antes de Navidad, algo que olvidé, sin importar lo organizada que creo ser.

—Necesitas tomarlo con calma y no exagerar con las cosas. Nadie se va a fijar en que todo esté perfecto.

Otro momento de silencio antes de escuchar a su enojo decir:

—Quiero que todo esté perfecto, por Lilly y por Luke. Y si no está perfecto entonces lo mejor que podemos hacerlo, y necesito tu ayuda.

Empiezo a enumerar las maneras en las que ya ayudé: correr de arriba abajo, cumplir con los pedidos de múltiples listas, dos visitas de pesadilla a la juguetería Smyths en Forestside, donde el ambiente entre los padres desesperados por obtener lo de última moda era, en el mejor de los casos, de tensión entre adversarios y, en el peor, de intento de asesinato, pero ella insiste:

—Eso no es a lo que me refiero. Lo que quiero de ti es que estés presente y seas parte de esto, no que te pares en una esquina oculta y nos observes desde ahí hasta que todo quede en el olvido. Este año más que ningún otro.

¿Me entiendes?

Podría decirle que no y defenderme con una confusión fingida, pero la verdad es que comprendo por completo lo que quiere decir, y esta certeza viene acompañada de un dejo de vergüenza de que mis intentos pasados se hayan quedado tan cortos.

—Claro, daré lo mejor de mí y haré todo lo que sea necesario.

—Pero no quiero que lo hagas porque tienes que hacerlo. Quiero que lo hagas por ti mismo, así como por todos nosotros. Lilly quiere hablar contigo.

—Hola, papá, ¿sigues en Escocia?

—Sí, pero no por mucho tiempo más. ¿Vas a monitorear el viaje de Santa Claus en la computadora como el año pasado?

—El año pasado sólo tenía nueve años.

—Así que ya estás muy grande para monitorear a Santa —digo, dándome cuenta de que mientras esté en el umbral de enterarse de la verdad adulta, aún no está tan segura y protege sus certezas.

—¿Por qué Santa baja por la chimenea?

—No sé, Lilly. ¿Por qué baja por la chimenea?

—¡Porque nadie le deja las llaves debajo del tapete! ¿Entiendes?

—Sí, entiendo.

—¿Entonces por qué no te reíste?

—No me reí, pero estoy sonriendo de oreja a oreja. Es un buen chiste.

Le digo que vuelva a pasarme a su madre, hablamos unos pocos minutos más y trato de sonar como si fuera a regresar tanto con nuestro hijo como con un nuevo entusiasmo por lo que está por venir. Le digo que no seré un aguafiestas. Entiendo que ahora vamos a intentarlo y a llenar los huecos que se han abierto en nuestras vidas con un intento colectivo por ser felices, que vamos a estar muy unidos, más que nunca, y reemplazaremos nuestro vacío con una alegría festiva, aunque de pronto me asusta que no podamos lograrlo, que sólo estemos tapizando las grietas. La casa ya está atiborrada de decoraciones, un árbol real y luces exteriores en el cerezo del jardín del frente. Le había preguntado a Lorna si en realidad quería poner esas luces, me miró como si acabara de decir algo ofensivo y nunca contestó una sola palabra, así que puse todas las luces y las prendí cada noche para que brillaran afuera de nuestra casa y nos vincularan con todas las demás casas de nuestra calle, con sus Santa Claus que trepan las chimeneas, renos

iluminados y canaletas adornadas con témpanos que brillan intermitentemente.

En este momento, creo que son esas luces, las nuestras y las de todas las otras casas, lo que más se acerca a albergar cualquier impulso religioso. Si ponemos de lado el aspecto competitivo que motiva a algunos o el deseo de decir «mírenme» de otros, para la mayoría significa una estrella por seguir, junto con la esperanza de que, hasta en el invierno más oscuro, estos pocos días puedan guiarlos a algún lugar dónde reavivar la alegría. Eso es lo que trataremos de hacer, pero no sé cuáles son nuestras posibilidades de éxito. Somos afortunados de tener a Lilly y quiero creer que saldremos adelante si nos concentramos casi por completo en ella.

En la entrada de la gasolinera mis pies crujen en la grava de color del azúcar mascabado. La mujer del mostrador lleva puestos unos cuernos de reno que tintinean. Cuando dice «Qué clima tan horrible», me siento motivado a decirle que voy a Sunderland para recoger a mi hijo de la universidad.

—Ese sí que es un viaje —dice ella.

—Se tiene que hacer.

—Si lo hubieras hecho hace dos días, nunca habrías llegado más allá de Carlisle. Nada pasaba por ahí. Pero desde entonces la mayoría de las carreteras principales ya están funcionando.

Después, cuando me ve mirando el periódico en el mostrador con el titular *WINTER WIPE-OUT*, me dice:

—Son las noticias de ayer, ¿o el ayer de las noticias de hoy? —se ríe y dice —: Da igual, no llegaron a tiempo. Puedes tomar uno si quieres, es gratis.

Tomo uno por cortesía y ella me desea buena suerte en mi viaje. Se siente como una buena acción lo que ella hizo, le agradezco, regreso al carro, lo alejo de la bomba de gasolina, me sirvo café del termo y me como otro sándwich. Tiro el papel en el asiento trasero porque sé que leerlo significaría llenarme la cabeza con cosas que van en contra de lo que estoy tratando de sentir por la Navidad. Así que para tener éxito en los días por venir es necesario cerrarme lo mejor posible, dejar fuera todas las cosas malas que están fermentando al mundo. Todos los terrores y las torturas, todas las detonaciones del odio. El tsunami del sufrimiento. No sé qué vamos a hacer

con Daniel. ¿Es parte de nuestro mundo interno o está excluido de él? Evito preocuparme por ello diciéndome que necesito seguir adelante. Ya voy atrasado aunque todo va bien, si consideramos todo lo que ha pasado. Cuando voy hacia la salida veo a una mujer parada. Aunque trae varias capas de abrigos y un sombrero, es obvio que no es joven. Está sujetando dos bolsas recicladas con comida, una de ellas tiene un eslogan llamativo que promete que la bolsa durará toda la vida. Cuando me voy acercando, ella me saluda y yo le respondo, antes de darme cuenta de que en realidad está tratando de pedir un aventón. No hay ningún otro carro en el estacionamiento y ella sabe que ya la vi, por lo que pasar de largo en el auto no me parecería una buena acción. La mujer se acerca a la ventana y puedo notar que me está estudiando mientras trata de decidir si la asesinaré con un hacha o no; sólo cuando paso la prueba, me dice:

—Sólo unos tres kilómetros arriba, en la carretera.

Levanto la hielera del asiento del copiloto, la meto a la fuerza en el asiento de atrás y ayudo a la mujer con una de sus bolsas mientras ella se sube al auto. El cinturón de seguridad se pierde en los pliegues de su abrigo y tengo que buscarlo para ayudarle a ponérselo.

—Salió de compras —digo—. Ya se surtió.

—Necesitaba conseguir todo para no tener que volver a salir otra vez. Es muy gentil de su parte.

—No hay problema.

—Mi carro no arrancaba, así que era caminar o morir de hambre, pero como las bolsas están bastante pesadas pensé que podía intentar conseguir un aventón de un alma caritativa.

Por un momento, me siento bien de que alguien piense en mí como un alma caritativa. Su abrigo impermeable verde se ve seco, como si hubiera estado colgado en algún armario, y desprende un ligero olor a moho. Bajo mi ventana apenas unos centímetros. Debe rondar los setenta años y cuando se quita los guantes las venas del dorso de sus manos son protuberantes y muy oscuras.

—¿Consiguió todo lo que buscaba?

—Creo que sí. No necesito mucho para ir pasándola. A principios de mes conseguí combustible para el calentador, así que no pasaré frío.

—Entonces ya está lista para Navidad.

—Sólo es un día más para mí —dice ella, sin ningún asomo de autocompasión en su voz.

—¿Vive sola?

—Tengo a la Reina para que me acompañe, claro.

—Entonces usted no vota a favor de la independencia.

—Bueno, sí voté por la independencia, pero la compañía es la compañía.

Frota el dorso de su mano con la palma de la otra y enciendo el calentador, bajo el volumen de la música aunque ya había olvidado que estaba encendida.

—Tengo un hijo. Trabajaba en las plataformas petroleras, pero se fue a Medio Oriente. Algunas veces está en lugares peligrosos, pero dice que le pagan bien por tomar esos riesgos.

—¿Y no vendrá a casa para Navidad?

—No, todavía seguirá allá.

—¿Le habla por Skype?

Pero ella no entiende lo que quiero decir y, cuando le explico, me dice que no tiene computadora. Después saca un celular de su bolsillo y lo mira como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Él me lo dio. No lo uso mucho. En realidad es para emergencias.

—Tal vez la llame en Navidad.

—Tal vez —dice, pero sin mucha convicción en su voz—. ¿Tiene hijos?

Evito las nuevas y desagradables complejidades que conlleva contestar esa simple pregunta diciéndole que tengo un hijo en la Universidad de Sunderland y que voy por él para llevarlo a casa.

—Espero no estar retrasándolo —comenta y luego me dice que su casa está un poco más lejos, sobre la calle principal.

—Está bien —digo.

Pasamos un pequeño caserío y una escuela que ya echó a sus niños y a su personal. Las ventanas son una tormenta de copos de nieve de papel.

—Esta de aquí —me dice señalando un pequeño bungalow enfrente del camino.

La piel de la mano que apunta se tensa y brilla. Me acerco con cuidado a la banqueta, haciendo crujir una franja de nieve más densa, y le pido que se quede donde está hasta que rodeo el carro y le abro la puerta. Extiendo mi mano y ella la toma el tiempo suficiente para darme cuenta de lo pequeña y

fría que es, después levanto una de las bolsas que trae y la ayudo a bajarse. Ella me agradece y, después de buscar en una de las bolsas, me da una barra de chocolate y me dice que se la dé a mi hijo. Trato de rechazar su oferta con cortesía, pero ella insiste, así que le agradezco y la tomo. Después sujeto la reja para que ella entre y la miro caminar con cuidado hacia la puerta delantera, sus pies pisan las mismas huellas que dejó al marcharse. Al voltearse, me pregunta mi nombre. Tal vez lo busque cuando aparezcan los créditos al final de la película... Le digo mi nombre y le pregunto el suyo.

—Agnes.

—Que tenga una feliz Navidad, Agnes.

—Usted también, que tenga un viaje tranquilo.

Asiento, dejo caer el chocolate en mi bolsillo y regreso al carro. Cuando enciendo el motor la veo abrir la puerta antes de desaparecer en medio de las sombras repentinas que inundan el pasillo.

Un kilómetro tras otro. Siento que hacer este viaje es más importante que todo lo que he hecho desde lo que pasó con Daniel, empiezo a creer que podría cambiar las cosas de alguna manera si lo logro, incluso arreglar las cosas otra vez con un equilibrio anterior, antes de que los platos se ladearan y cayeran por todos lados. La nieve irradia un resplandor blanco y busco en el auto mis lentes de sol, que no aparecen. Entrecierro los ojos, quito el parasol y de pronto exhalo pesadamente mientras una parvada de cuervos alza el vuelo, con sus aleteos negros y desiguales, sobre un fondo blanco.

Mi padre compró una vieja choza que pertenecía al portero en una de las entradas a Sexton, cuando estaban lotificando el predio. Es pequeña, pero él dice que es posible tirar una de las paredes interiores y el lugar entero se puede modernizar para venderlo rápido. Nadie ha vivido en ella en diez años, las ventanas están llenas de telarañas y moscas atrapadas. Me manda al ático para que revise el estado del tanque de agua. Casi en el mismo momento en que empujo la puerta del techo para abrirla y me trepo, me encuentro con algo negro que se mueve cerca de mi cabeza, formas titilantes en las tinieblas que vibran a mi alrededor, y no puedo evitar gritar como un niño, así que es un milagro que en mi pánico no atravesase con el pie el yeso del techo, mientras muevo la linterna al asirme de una viga para tratar de

mantener el equilibrio. Aun ahora, después de todos estos años, la idea de los murciélagos me pone la piel de gallina. Mi padre maldice en voz alta cuando le digo, escupe las palabras como martillando clavos y luego me hace jurar que mantendré el secreto. Nadie puede saber que están ahí, ni una sola alma y, como no entiendo, me dice que son especies en peligro de extinción y perturbarlos puede ocasionarnos una multa. Me sorprende el enojo de mi padre y me confunde cómo alguien pueda valorar a esas criaturas. Me dice que necesita remodelar el lugar lo más rápido posible, para recuperar la inversión antes de que los intereses por el préstamo bancario se coman todas las ganancias. Me pregunta si entiendo y digo que sí. Esa noche regresamos y echamos a los murciélagos con humo, después bloqueamos su punto de entrada. Los veo ahora en esos cuervos alzando el vuelo en el campo, huyendo del techo como manchones oscuros de tinta que ensucian el cielo nocturno.

Abro la ventana y trato de escupir mi mal sabor de boca. La herencia de mi padre permanece al menos en algo más y se extiende más allá del ámbito de la memoria. Como él lo hacía, cada noche reviso que los enchufes estén desconectados, doy un paseo por la casa para asegurarme de que estamos protegidos de lo que pueda merodear en la noche. Sin embargo, después de que escucho a mi hija respirar, regreso a la puerta principal y, aunque ya lo hice, reviso que el cerrojo no esté puesto, para que se pueda abrir con la llave. No dejamos a nadie afuera. Nuestra puerta no está prohibida para nuestro hijo ausente. Cada mañana Lorna me pregunta, con el sueño todavía en sus ojos, si hay alguna noticia de Daniel. Le digo que no sin tener que ir a su cuarto porque tengo el sueño ligero, me deslizo de los sueños poco profundos al estado de alerta en un instante y ante el menor ruido. Lo registro todo y trato de organizarlo en un patrón coherente que le dará sentido a todo y me guiará hacia el amanecer. Un avión pasa volando, hay golpecitos de una polilla contra la ventana, un chorrito de agua corre inexplicablemente por una tubería, el rechinado de la cabecera de Lilly y un tintineo en nuestra pared cuando ella cambia de posición; todas estas cosas deben de estar conectadas, ser parte de algo más amplio, y si puedo encontrar la clave que revela su significado quizás entonces pueda dejarme llevar por un sueño

reparador hasta que llegue el primer rayo de sol. «Mantente a la izquierda. Maneja por doce kilómetros.» Algunas noches, Lorna pone una botella de agua caliente en la cama de Daniel para quitarle lo frío, como ella diría. De repente, me doy cuenta de que *Snow in San Anselmo* se ha estado repitiendo por un buen rato. No pude conseguir boletos para el concierto de su septuagésimo cumpleaños en el este de Belfast, pero después vi la grabación.

Cuando terminó lloré sin saber por qué y me alegré de estar viéndolo solo. En momentos como ese, siento el chispazo de la necesidad de hacer algo más allá de lo indispensable para cumplir con requerimientos cotidianos de mi trabajo. Hacer algo que tenga valor. Intentarlo y ser más de lo que soy.

Una vez tuve una exhibición en nuestra librería local, pero no fue un gran éxito si lo considero únicamente en términos comerciales. Casi nada se vendió, o sólo compró la gente que me conocía y quería apoyarme. Tal vez sólo sea mi excusa para el fracaso, pero donde vivo la mayoría de las personas quieren fotografías del Castillo de Dunseverick al atardecer, las cumbres nevadas de las montañas Mourne o, justo ahora, las Dark Hedges, de preferencia también al atardecer, con un arcoíris o algo que dé un efecto más dramático. Entonces, ¿de qué me gustaría tomar fotos? Es difícil ponerlo en palabras, pero supongo que del momento que yace justo debajo de la superficie de las cosas o de un destello de lo familiar visto desde un ángulo diferente.

Quizá ni siquiera lo sé. Sin embargo, al pensar en ello mientras manejo, y al escuchar a REM con la certeza —en cierto modo, tranquilizante— de que nunca he entendido ninguna de sus canciones, trato de hacer que mi ojo registre la foto que me gustaría tomar. No obstante, el paisaje frente a mí está parcialmente bloqueado por una camioneta adornada con el letrero «Llama a DogWash y consiente a tu can». Y esas palabras se mezclan con canciones sobre naranjas exprimidas, empujar elefantes escaleras arriba, perder tu religión, así que hay una discordancia confusa; un lanzar de dados que caen en la intrascendencia y la incertidumbre. Nunca he tenido una religión que perder, pero algunas veces, en momentos de debilidad, envidio a quienes pueden navegar por los grandes momentos de la vida que en su mayoría implican algún tipo de pérdida recurriendo a la comodidad de la fe. Entonces, en esas circunstancias, cualquier cosa que sirva para sostenerse, aunque sea por un rato, no me parece tan mala, pero sé que no es para mí ni

para Lorna, y aunque espero que tampoco lo sea para nuestros hijos, al final es su decisión.

—¿Dónde está el paraíso? —pregunta Luke.

—No lo sé. Tal vez en el cielo —le contesto, reacio a decirle a un niño pequeño que la vida simplemente termina en el olvido.

—¿Todo el mundo va ahí?

—Sólo la gente buena —digo decidiendo que al menos debería aprovechar la ventaja que me da ser padre, dada esta serie de preguntas inesperadas.

—¿Tienes que ser bueno todo el tiempo? ¿Qué tal si fuiste malo sólo una vez o un poquito malo?

—Supongo que tus acciones se promedian.

—¿Entonces Dios lleva un registro? ¿Lo escribe en un libro?

—Tal vez —digo y busco alguna distracción para evitar más preguntas.

Una barredora de nieve pasa al lado mío y, aunque lo espero, me asusta el sonido del chorro de agua disparado al costado del carro. Un padre jala a dos niños que van en un trineo de madera tras él y hace que mi trineo plástico se vea patético. Así que ¿cómo irá mi registro de acciones? Depende de quién lo lleve y si lo han promediado. Hago un recuento de mis carencias, algunas de las cuales pertenecen al dominio público —no en un sentido legal, sino porque las personas cercanas a mí las conocen—, en particular, una gran predisposición a irme por el camino fácil para evitar cualquier acción que pudiera provocar más riesgos de los que puedo manejar. Sin embargo, la que no quiero afrontar la dejo abandonada, sin tener la disposición de voltear esa piedra. No soy bueno bajo presión; tampoco para encarar las cosas. Me gusta que todo esté tranquilo y en orden dentro del marco por el que veo la vida, y cuando las cosas se caen de ahí no siempre lo enfrento de la mejor manera. Nunca quiero pensar en la calificación que me daría Daniel, pero a pesar de mis mejores esfuerzos la idea se me ha metido en la cabeza. Trato de contrarrestarla con lo que se podría considerar mi bondad, pero no hay nada menos convincente que hacer una lista de tus virtudes para ti mismo.

Se fragmentan y desaparecen en la nada, en una sincronía casi perfecta con el chorro de agua en el parabrisas. Cuando su voz interrumpe, me siento casi agradecido; me dice que haga esto y aquello, que siga esa carretera y tome aquella salida. Tomo el camino hacia Luke y no puedo pensar en él sin imaginar la casa en la que me espera.

La primera vez que los vimos, a lo largo de los corredores de la residencia, los cuartos compartían una limpieza espartana que por lo menos tenía una interconexión y cierto sentido de supervisión, de alguien vigilando, aunque fuera para preservar su propiedad. Sin embargo, en mi recuerdo, donde Luke se encuentra ahora sólo hay una sensación aplastante de un vacío cavernoso y descomunal. Un dueño invisible y la vieja casona que alguna vez quizá ostentó cierta grandeza, diseccionada y dividida y después atiborrada con muebles desgastados y equipo básico; su entramado y pátina, manchados y sucios de tantas manos y tanto abandono. Su cuarto se encuentra en el piso más alto, bajo el techo de la casa, cosa que al principio le gustó porque era más amplio que la habitación donde se hospedó durante su primer año y porque su ubicación parecía ofrecerle la ansiada posibilidad de privacidad y un descanso del ruido y el alboroto incesantes de una casa de estudiantes. Quiero llamarlo, pero me preocupa que esté dormido y que no le guste que lo despierte. Por alguna razón hay una fotografía que permanece en mi memoria y se hace más nítida cuando pienso en la casa de Luke. Es una de las imágenes de Denis Thorpe, que tomó fotografías crudas y en blanco y negro del norte de Inglaterra y trabajaba para el periódico *The Guardian*. «El sombrero y el abrigo del señor Lowry», tomada un día después de la muerte del pintor, muestra dos abrigos y sombreros que cuelgan de unos taquetes en un corredor ensombrecido, un tapiz vagamente floral y una moldura. En uno de los abrigos el forro está expuesto y capta algo de luz. La fotografía trata de la ausencia, de un espacio abierto y de la inmovilidad que confluje en él, arremolinándose sobre las reliquias de alguien que fue pero ya no es.

A veces, cuando voy a los cuartos de mis hijos, tengo la fuerte impresión de la manera tan íntima en que nuestras vidas y los lugares que habitamos llevan nuestra huella. Es como si su aliento aún estuviera presente en el cuarto vacío y todos sus recuerdos y sueños de alguna manera estuvieran

fundidos por completo en los pliegues de una tela o en una veta del piso. Sólo la frialdad de la tecnología permanece impasible y sin importar la frecuencia con la que sus dedos rocen el teclado de la computadora o la pantalla de una tableta, no hay una señal de tu hijo ausente. Hay una contraseña, un control de acceso que impide encontrar cualquier pista de la vida del usuario, así que esas cosas quedan separadas del resto del cuarto, que en todos los demás lados está imbuido con la fuerza íntegra del ser que se adjudica ese espacio. Y esa es la razón por la que pienso tanto en la casa de Luke, porque si imprimimos nuestra huella en estos espacios es probable que estos también impongan sus realidades en nosotros, así que ese túnel de conejo con cuartos vacíos, llenos de camas destendidas y los restos desperdigados de partidas apresuradas, los pasillos y rellanos oscuros, todas estas cosas podrían forzar su presencia colectiva en los sentidos de Luke. Y justo ahora que no se siente bien y que la ciudad en donde vive está agobiada por la nieve, podría llevarlo a ver su vida de una manera que no es buena para él. Quiero que esté en casa con su padre y madre, en una casa decorada con adornos navideños, sin importar el grado en que ese espectáculo esté basado en un engaño.

Mientras me dirijo hacia Gretna Green es claro que la nieve es más densa y reciente, hay montones de nieve espesa al lado de la carretera y los rastros de varias llantas marcan la superficie del aguanieve gris. Paso por un comercio que vende carros usados, y todos los vehículos tienen una joroba blanca y son indistinguibles. Por alguna razón las imágenes de nuestras vacaciones fluyen con libertad en la música y en la voz del GPS. Campamento en el bosque Tollymore —la noche en que la casa de campaña casi se vuela—, cabañas rentadas en Cornwall y la etapa de *body-boards* y trajes de buzo, búsqueda de fósiles en la playa Lyme Regis. Donegal bajo la lluvia y una vez, sólo una, en canícula. El insoportable calor de Turquía, tan intenso que quería pasar la mayor parte del día en un cuarto oscuro con una cerveza fría. Ahora, el mundo se ha encogido y restringido por el terror, aunque su aleatoriedad podría encontrarnos incluso donde nos sentimos más seguros. El mundo se ha vuelto todavía más loco desde el día en que los aviones se estrellaron contra las torres o incluso antes, y eso me hace pensar que todo lo que

puedes hacer es ponerte pecho tierra con tu familia, encontrar refugio en la cercanía, estar en lo que llaman estado de alerta permanente y esperar que la tormenta pase de largo. Aun ahora mientras manejo, veo pequeños ramos de flores artificiales atados a los postes de la carretera, y debe de haber más, sepultados en la nieve, esperando el deshielo de alguna primavera para florecer de nuevo con un vistoso color. Pero estas ofrendas individuales a tragedias individuales se desdibujan como los listones abandonados después de las atrocidades, un montón de flores encimadas y candelitas tintineado en el viento.

La gente derrocha desdén por los padres de aquellos adolescentes que huyeron para unirse a Isis, asegurando que eran malos padres o que debieron haber sabido lo que pasaba por la mente de sus hijos. En el mejor de los casos su radar estaba defectuoso y totalmente desprevenido de lo que se abría camino en sus casas para infectar las mentes de sus hijos. Tal vez en una ocasión pude haber sentido lo mismo. Sólo tal vez. Pero eso era antes, ahora no emito juicios ni suposiciones instantáneas. Criar a un niño no es como manejar este auto en el que tengo una voz que me guía y, a pesar de la nieve, veo las huellas de otros carros que puedo seguir, señales que me indican dónde parar y dónde continuar, advertencias de un peligro potencial. En su lugar, lo que tienes es una especie de tormenta de ideas confusas que entran en conflicto, en la que, a pesar de creer que sabes cuál es el mejor camino, pronto es obvio que estás perdido y los puntos de referencia conocidos y que tanto te esforzaste en guardar han desaparecido en una inmensidad blanca ennegecedora. Escucho el sonido de una sirena que por un segundo me hace pensar que me estoy topando con el tipo de peligro en el que mi imaginación se ha estado concentrando y cuando miro en el espejo veo que un ambulancia se acerca con rapidez, con sus luces azules; disminuyo la velocidad con cuidado y me arrimo a un lado de la carretera, las llantas del auto hacen crujir los grumos congelados de nieve gris que ensucian el campo con la basura desperdigada por las barredoras.

Luke se ha hecho más callado, incluso más que antes, y eso me preocupa. Daría lo que sea por que viniera a hacerme una pregunta, aunque fuera una que no pudiera contestar. Sin embargo, también sé que todos nos hemos

vuelto más callados, pues una parte de nosotros necesita encontrar un refugio. Sólo Lorna se niega a seguir ese camino y se ha convertido en la animadora de la familia, la única que insiste en que todo suceda, en mantener las costumbres y rituales que toda familia tiene, con una fortaleza que sale de alguna parte desconocida para mí. Siempre he pensado que ella es la más fuerte y lo ha demostrado una y otra vez, haciéndose cargo de lo más pesado, impulsándonos hacia delante y asegurándose de que el árbol de afuera esté adornado con luces. Esa es una de las muchas razones por las que la amo.

Pero no puedo pensar en ese amor sin asustarme, porque hay cosas que no le he dicho y pienso que no puedo decirle sin arriesgar todo lo que quiero y necesito. A veces escucho la voz de Daniel, siempre es un susurro y sin el tono alegre y juguetón que suele adoptar, y así sé que va en serio y amenaza con decirle. Digo que yo se lo contaré muy pronto —tal vez cuando se acabe la Navidad—, así que Daniel está perdiendo su tiempo, porque, a diferencia de él, yo sé cómo decir la verdad. Sin embargo, ahora él no me cree más allá de lo que me creía cuando trataba de hacerlo entender. Las luces azules desaparecen en la distancia. El dolor de alguien más, la pérdida de alguien más. Lo siento por ellos, a nadie le gusta estar así, pero no puedo compartir su dolor porque ya cargo con el mío y un poco más podría superar mi capacidad para soportarlo.

La voz imperiosa en el teléfono me quería en el hospital y me necesitaba tan pronto como pudiera llegar. Es la sala de maternidad en Dundonald, donde Lorna tuvo a nuestros hijos. Madre y recién nacido, pero él no me dice, hasta que estoy afuera de la habitación de al lado, que se trata de madre y bebé muerto. Esto yo no debería presenciarlo porque es un momento privado, pero él insiste en que eso es lo que ella quiere, y de pronto estoy ahí con la cámara y ella está sentada meciendo con ternura a la pequeña niña, ya es muy tarde para irme, demasiado tarde, así que les pregunto si están seguros, ambos dicen que sí y que una fotografía de celular no sería lo suficientemente buena. Les digo que la bebé es hermosa porque no sé qué otra cosa decir, tomo las fotografías y me preocupa que salgan borrosas porque mis manos tiemblan. Después las imprimo, las enmarco lo mejor que

puedo y no les cobro.

También pienso en otra fotografía oculta que nunca le he enseñado a Lorna y siento náuseas hasta que bajo la ventana y dejo que el aire frío entre en ráfagas a mi alrededor.

Un cernícalo merodea el campo con alas que rasgan el aire. Más lejos hay dos hombres que visten ropa verde estilo militar y llevan rifles; pienso en *Los cazadores en la nieve* de Bruegel. La nieve lo envuelve todo, paso Gretna y sé que debe de ocultar lo poco que queda de la enorme fábrica de municiones que se construyó ahí durante la Segunda Guerra Mundial, y que ahora ha quedado olvidada en nuestros recuerdos de aquellos años. Sin embargo, me acuerdo de unas fotografías que vi en algún lado, de las mujeres que trabajaban en la fábrica. Era un trabajo peligroso, a menudo implicaba combinar sustancias volátiles que llamaban la Avena del Diablo, para hacer propelente para proyectiles. Tenían prohibido usar anillos y aretes porque podían provocar una chispa y causar una explosión. Las nombraron *las Chicas Canario* porque si tenían contacto con el sulfuro, su piel se teñiría de amarillo. Recuerdo una fotografía en especial: es una toma de un grupo de mujeres a la distancia, de manera que sus siluetas negras se ven ligeras y espectrales. Están preparando nitro, que reposa como una montaña blanca de sal. Hay algo fantasmal en ella, como si estuvieran trabajando en el inframundo, y contrasta con otras fotos grupales más comunes, en que las mujeres revolotean juntas en una apretada falange de sonrisas, overoles que les quedan mal y el cabello oculto en turbantes.

Dicen que la gente todavía viene a Gretna a casarse desde todas partes del mundo, supuestamente porque creen que es romántico hacerlo en la casa de un herrero, donde generaciones pasadas de fugitivos se aparecían para declarar sus votos. Quizá una fragua no sea tan mal lugar para prometer pasar el resto de tu vida con alguien. Mientras más lo pienso más creo que si dos personas sobreviven juntas es una cuestión de fuerza de voluntad y carácter, así que aquellos que se dijeron sus votos entre fierros y yunques lo hicieron rodeados de los símbolos más veraces, en comparación con la mayoría de las bodas que he llegado a ver, donde ambos parecen impregnados de un brebaje empalagoso de algodón de azúcar y oropel, y se

ven como si fueran a hacer combustión a la primera chispa de realidad. A lo largo de los años he llegado a creer que la longevidad marital es inversamente proporcional a la suntuosidad de la boda. Entonces, si esa teoría es correcta, al menos la mitad de las bodas que he fotografiado colapsaron cuando el primer viento frío sopló. Y para algunas personas se acaba la dignidad. Incluso dejando a un lado el bronceado color naranja que siempre necesita un ajuste en el tono, quieren copiar las cosas que ven en YouTube, así que bailan camino al altar o el novio y sus padrinos interpretan la secuencia de alguna banda. Las bodas temáticas, los recuerdos, las palomas, las linternas chinas, las esculturas de hielo: tanta basura que cae sobre mi cabeza como confeti, aunque en la mayoría de los lugares ya no pueden echarlo a menos que sea biodegradable. Así que cuando paso por el pueblo siento algo de respeto por él, así como era, aunque tal vez ahora ya lo convirtieron en un parque de diversiones con una tienda para turistas, cincuenta y siete variedades de galletas y faldas escocesas cursis.

Muerdo la mano que me da de comer al pensar así. Ni siquiera tengo que quedarme hasta que todo el mundo está tomado y si va a haber peleas lo mejor es desaparecer. Todas esas tensiones y resentimientos familiares, todas esas desinhibiciones y coqueterías desatadas por el alcohol como linternas chinas. Listas para quemarlo todo.

De alguna manera, Lorna y yo hemos seguido juntos. Estoy agradecido por eso y temeroso de hacer cualquier cosa que nos ponga en peligro, así que tengo que reflexionar las cosas en este viaje, aunque no sé si el mundo monocromático en el que viajo lo está haciendo más fácil o difícil. Las cosas son más complicadas que elegir entre lo que pienso que está bien y lo que no sé si está mal. La nieve lo oculta todo, pero no sé si puedo seguir encubriendo lo que por el momento está escondido. No siempre soy fuerte por dentro, así que tengo miedo de revelarlo en un descongelamiento repentino, cuando ella no lo espere ni sea el momento adecuado para decirlo.

Nunca tuvimos un álbum de boda, más allá de unas pocas fotografías que tomó mi hermana. Si hubiéramos tenido, ¿qué habría mostrado, además de cosas que no queremos recordar? No fue un día de ensueño en el que estuvimos arropados por los buenos deseos de nuestra familia y amigos. Fue cuestión de ir al registro civil y después ofrecer algunos sándwiches y bebidas en el departamento que ya compartíamos. Es difícil hacer un álbum con eso.

Sin embargo, nada de la insignificancia de la ceremonia o lo adverso de los eventos que la rodearon podrían hacerme negar que es lo mejor que he hecho en mi vida y volvería a hacerlo mil veces más.

«Lorna te va a ayudar», me dicen cuando entro a la escuela primaria el primero de los dos días en los que voy a tomar fotografías individuales y grupales. Es mi primer trabajo en una escuela y estoy nervioso. Tramité mi certificado de buena conducta en la policía para demostrar que no soy una amenaza para los niños. Me doy cuenta de que cuando ella sonríe todo lo demás se disipa, se aleja de lo que algunos considerarían modestia y se torna hermosa. Ella sonríe mucho; a los niños, a los maestros y hasta a mí, y no cuando trato de decir algo gracioso, sino cuando hago algo tonto como tropezarme con las luces. Parece conocer a muchos de los niños por su nombre, aunque ella es asistente del profesor y tiene una serie de responsabilidades específicas. Es buena para organizar sus tareas y llevarlas a buen puerto, para convencer a los apáticos y calmar a los hiperactivos. Sé que sin ella el día sería una pesadilla, pero tiene todo bajo control y los niños le responden de una manera que parece relajada mas respetuosa. Con frecuencia, se agacha cuando platica con los más pequeños y algunas veces les toca el cabello o les pone la mano en sus hombros cuando están animados, como si fueran sus hijos. Trato de ser tan bueno como ella con esos niños, pero dudo que pueda hacerlo. Para ser honesto, es un trabajo horrible; los fotógrafos y los actores nunca deberían hacerlo, porque los niños y los animales tienen una relación incómoda con la inmovilidad, así como una tendencia impredecible a tener tics faciales, parpadear, hacer muecas, mirar en la dirección equivocada y en general a hacer caras extrañas en el momento menos oportuno. Con un niño casi puedes lograrlo con trucos o distracciones, pero cuando hay un grupo de niños es un desafío totalmente distinto. Hacer que todos se sienten derechos y miren a la cámara requiere suerte o algún tipo de hechizo que por un momento los congele. Ella podía ver que no me estaba resultando sencillo, así que vino y se paró al lado de mí e hizo que todos se concentraran en ella el tiempo suficiente para que yo apretara el botón.

Siempre ha tenido la capacidad de saber cuando tengo un problema y

siempre se ha quedado a mi lado. Lo sabe sin que yo tenga que decirle nada y ha habido veces en que he tenido muchos problemas. Hubo un año en el que me deprimí; no me encontraba en los abismos oscuros y absolutos en los que algunos se sumergen y quedan incapacitados para ser funcionales, pero sí estuve lo suficientemente mal para vislumbrar la miseria de esa condición. Ni siquiera supe que estaba en el umbral y pronto la manera en la que te sientes es la manera en que te sientes y ya, empiezas a creer que es normal y olvidas que alguna vez fue diferente. Fue ella quien me hizo ir al médico para pedir ayuda. También es ella quien está al pendiente de una recaída momentánea y me ayuda a salir.

Lo que necesitaba ese día era un té y, en el descanso, ella me invitó al salón del personal. No al salón de los maestros, sino una bodega bajo las escaleras donde los asistentes de los profesores, los auxiliares y el personal administrativo pasan el tiempo. Algunas sillas, una mesa y una pequeña área de cocina. Aproximadamente media docena de mujeres tomaban un descanso y compartían carcajadas. La cocinera de la escuela era una mujer grande, vestía de blanco con delantal y tenía la cara tan colorada que parecía que acababa de asomarse al horno. Al escuchar que yo era el fotógrafo, rompió su silencio y dijo:

—Oye, Tom, ¿crees que podríamos hacer una toma tipo *Chicas de calendario*? —Muchas risitas; Lorna, avergonzada.

—Claro, por qué no, pero ¿a qué obra de caridad ayudarían? —pregunté tomando la taza de té de la mano de Lorna, un té muy fuerte que todavía hace—. Y también necesitan un tema.

—¿Caridad? Pensaba más bien en nuestro fondo de retiro. No hay señales de que la lotería del sindicato nos vaya a sacar de aquí.

—Sólo necesitas ganar una vez —afirma una mujer en la esquina, sin alzar la mirada de su celular; por su tono de voz pareciera que da una idea de gran profundidad.

—Bueno, mi sugerencia temática sería la escuela, naturalmente, cosas de nuestros trabajos. Tengo un par de coladores muy grandes en la cafetería que podría usar porque, como puedes ver, Tom, soy una mujer que no desconoce una cena de pescado. —Más risitas de las mujeres que disfrutaban mi incomodidad. Trato de sonreír y finjo analizar mi té.

—¿Sabes qué haría si nuestros números se incrementaran? Mandaría al

área de comidas escolares de Academy Street el menú de algún hotel de moda en el Caribe y les preguntaría qué me sugieren pedir de aperitivo.

Todas se rieron. Alguien llegó del patio de juegos y encendió la tetera para hervir más agua. Lorna se llevó mi taza para lavarla y me enseñó otra vez la sala de juntas. Un día entero de niños: con rodillas raspadas, pendientes y sin algunos dientes de leche, variedad de gemelos, niños de todos los orígenes étnicos, con nombres extravagantes y compuestos y algunos con una necesidad incansable de atormentar a la persona de al lado. Y ella sonríe durante todo eso, a cada crisis y pequeño trauma, a los niños que quieren ir al baño y a otros que no quieren salir en la foto porque ya lo hicieron en alguna. De manera que lo que entendí en esos primeros encuentros fue que ella era una persona con una paciencia infinita, y esa es una virtud que agradezco que tenga, porque me imagino que ha habido veces en que la ha necesitado conmigo y con el resto de nosotros.

Al manejar este auto cada vez más cerca de Luke, he entrado en un mundo que en parte es bello, pero arrolla todo de manera interminable, implacable y fría, y es indiferente a toda vida. Trato de evocar la Navidad para disipar los escalofríos de ese sentimiento, y por un momento me ayuda un hombre que pasa empujando una bicicleta con un árbol navideño extendido desde el asiento hasta el manubrio. La base macheteada del tronco sugiere que lo cortó de algún bosque, en lugar de comprarlo. Se va muy rápido y otra vez me quedo con los campos blancos y esponjosos, pero más adelante la carretera se extiende con la crudeza de un resplandor cada vez más cegador.

Usaba un anillo de compromiso y yo no pensaba en ella más que como una persona que era buena siendo amable, pues la presión de mantener mi negocio abierto y funcionando era más de lo que mi concentración podía abarcar. Había trabajado para una revista por un par de años y ya no me entusiasmaba tomar fotografías de la Asociación de Contadores Certificados, de banquetes de clubes de golf, de la inauguración de alguna nueva *boutique* o de reuniones escolares. Las horas sin socializar no ayudaban y estar mirando siempre a través de la lente a alguien que estaba pasándola bien, o

que al menos fingía hacerlo, me había llevado a un punto que me hacía muy infeliz. Un par de veces no puse atención en los nombres, así que casé a gente que lo estaba con alguien más; hubo algunas quejas indignadas, casi como si se les hubiera señalado públicamente como miembros de algún club de *swingers*.

No había visto a Lorna por tres meses cuando recibí una llamada de la escuela para que fuera a tomar fotos en el día de campo. Todas las cosas tradicionales —carreras de sacos, el juego de la cuchara y el huevo, carreras a tres pies—, con una ideología que desincentiva la competencia al dar premios a todo el mundo; las únicas asperezas surgieron en las carreras de madres, en las cuales se usaron mucho los codos. No llegó el número suficiente de padres para organizar una carrera con ellos. Había algo que parecía diferente en ella, no sólo el nuevo corte de pelo, más corto. Estaba más callada, sonreía menos, se veía más nerviosa de lo que yo recordaba. Después, casi al final de la jornada, abrió los brazos para abrazar a un niño con necesidades especiales y aquella sonrisa ocupó su cara entera; de pronto la consideré hermosa y supe que sentía algo. Esa es la razón por la que, sin que ninguno de los dos se avergonzara, con discreción logré incluirla en la foto. Así que primero me enamoré de su fotografía.

Sin embargo, sabía que eso era algo que yo solía hacer cada cierto tiempo. En algún evento u otro, en mis fotografías siempre había alguna mujer a la que me aferraba, y en secreto le atribuía una vida, una personalidad y a falta de una novia real me imaginaba que la mujer en turno correspondía mi amor. Dicho así suena extraño, pero se trataba de sentimientos insustanciales provocados por mi soledad y mi deseo de compartir la vida con alguien. Supongo que si Facebook hubiera existido, habría dado continuidad a mis sentimientos por Lorna buscándola en línea, averiguando todo lo posible sobre ella, tratando de hacer que su camino se cruzara con el mío, pero todo lo que hice fue manejar por la escuela un par de veces aunque no era la ruta más rápida para llegar adonde iba. Además, llevaba un anillo de compromiso en su dedo que ensombrecía cualquier esperanza que pudiera haber albergado.

Un carro que jala una casa rodante pasa en la dirección contraria, su techo

tiene estrías de nieve y parece un tejón sobre ruedas. Mis antecedentes con mujeres no eran la gran cosa. Un par de fracasos que duraron poco y una relación que duró poco menos de un año cuando ella decidió que lo nuestro no iba a ningún lado y me dejó. Incluso ahora no sé adónde quería que fuera esa relación porque, por mi parte, yo quería que nos llevara a la felicidad y sobre todo a algo seguro. Algo de lo que pudiera depender.

El celular suena y me sobresalto, pues me regresa al presente de manera muy repentina.

—Hola, papá, ¿sigues en Escocia? —me pregunta Lilly.

—Acabo de dejar Escocia y me dirijo hacia un lugar llamado Carlisle.

—Una niña en mi salón tiene un apellido que es Carlisle.

—¿Tal vez ella es de Carlisle? ¿Tu madre sabe que estás usando el teléfono?

—Dice que está bien, ¿hay mucha nieve?

—Montones y montones. Te compré un trineo. Nada elegante, es de plástico pero debe funcionar. Si quieres, cuando regrese podemos ir a andar en trineo a Stormont.

—¿También puede ir Luke?

—Si mejora lo suficiente, sí. Pásame a tu mamá.

—¿Qué dice Santa Claus cuando su esposa le pregunta cómo está el clima?

—No sé, ¿qué dice Santa Claus cuando su esposa le pregunta cómo está el clima?

—«Últimamente se ha portado frío conmigo.»

—Muy bien, Lilly, ahora pásame a tu mamá.

Me pregunta cómo me va, cómo están las carreteras, si voy a lograrlo, y le digo que sí y, a menos que suceda algún imprevisto, tomaremos el último barco si perdemos el que sale más temprano. Tan pronto como las digo me arrepiento de usar las palabras «algún imprevisto», porque enseguida siembran la semilla de la duda en nuestras mentes y no necesitamos dejarla crecer, ya que si le damos rienda suelta nos pondremos a imaginar cosas que no son buenas para ninguno de los dos. Así que como distracción le pregunto si ya encendió las luces de afuera, pero ella me responde que todavía no está lo suficientemente oscuro y que lo hará en la tarde. Luego me dice que no debería estar hablando por teléfono mientras manejo y colgamos.

Todavía guardo aquella primera fotografía en mi cartera, la ajusté para que tuviera el tamaño de un sello postal. Así que sólo sale su cabeza, ella no estaba mirando a la cámara ni supo que había capturado su sonrisa. Después de todos estos años, ella nunca la ha visto y yo la conservo porque me gusta cómo es ella en el momento en que voltea para elogiar a un niño, sin poses ni artificios, y eso la diferencia de la mayoría de las fotos que me paso la vida tomando. La próxima vez que hablemos me gustaría decirle que eso es lo que siempre me ha gustado más de ella.

Me topé con Lorna en un breve intento por fotografiar el mundo natural, que fue lo que me llevó al camino cerca del río esa mañana de verano, aunque no encontré nada, excepto una garza en una orilla lejana del río que se veía como una estatua metálica de jardín, y una imagen borrosa y desenfocada de lo que podía ser, o no, un alción. Fue un regreso patético, pero uno que al menos me hizo entender que no tenía la paciencia ni el conocimiento para seguir ese camino. Entonces, justo cuando me decidí a dejarlo por la paz, una corredora venía por esa ruta, con la cabeza gacha y un brillo de sudor en los hombros desnudos; cuando me hice para atrás para dejarla pasar, ella levantó su cara para agradecerme y en ese momento nos reconocimos. Creí que ella seguiría corriendo, pero se detuvo, puso las manos en sus caderas y me dijo «Hola». Jadeaba, creo que se avergonzó y como distracción me preguntó qué estaba haciendo. En ese momento habría cambiado a los leones del Serengueti, a las ballenas asesinas y a los delfines que bailan por la sola oportunidad de tomarle una fotografía, tratando de no mirarla fijamente mientras le explicaba mi intento de capturar la vida silvestre del río.

Después nos quedamos sin nada que decir, hasta que me escuché preguntándole si quería tomar un café o alguna otra cosa, y no pude creer que fuera yo el que en realidad había dicho esas palabras, y por un segundo me pregunté si un ventrílocuo invisible las había proferido por mí. En el momento en que la vi mirar su reloj pensé que diría que no y ya estaba tratando de inventar algo para que ambos saliéramos del paso bien librados, cuando dijo que sí y sonrió. No fue una de esas sonrisas transformadoras, sino una neutral que le ofreces a un extraño cuando te abre la puerta. Así que nos sentamos afuera de la posada Lock Keeper y ella pide una botella de agua mientras ambos pensamos qué decir. No está el anillo de compromiso.

Tal vez no lo usa al correr. Eso es algo para reflexionar, pero entonces las cosas se tornan fáciles y cualquier nerviosismo que siento desaparece al platicar a lo largo de dos cafés y dos rebanadas de pastel con ralladura de limón. Después caminamos de regreso al estacionamiento y mi corazón hace lo que se supone que los corazones hacen en situaciones como esa, pero siempre suena tonto, sin importar la palabra que elijas para describirlo, y sé que cuando lleguemos a los autos voy a reunir el valor para pedirle su número de teléfono. Y valor es algo que nunca me ha sobrado en la vida.

Las imágenes de la garza inmóvil como una piedra, un destello borroso de color que pudo haber sido un alción y un número de teléfono; el mejor trabajo matinal que he hecho jamás. Puedes atormentarte pensando demasiado en el papel del destino o incluso de una simple coincidencia y la manera en que eso afecta el curso de tu vida. Creo que no hay muchas ventajas en ello, excepto la emoción indirecta por los barcos nocturnos y los caminos que no tomamos. Ahora, algunas veces mientras manejo a través de la nieve, veo personas caminando, pero no es obvio de dónde vienen o adónde van. Entonces, ¿cuál es el propósito de la caminata lenta de esa figura de abrigo oscuro que pasa por el enrejado de metal de una propiedad industrial o la caminata trabajosa de una chica por un camino que no parece conectar casas ni tiendas? Pareciera como si estos viajes hablaran en silencio de un misterio sin resolver en el corazón de nuestras vidas cotidianas, y entonces veo a un chico que se parece a Daniel, paso a su lado, volteo para intentar ver su cara pero está oculta debajo de su capucha. Cuando lo dejo atrás, lo miro en mi espejo lateral y veo a mi hijo alzar la mano y bajar lentamente su capucha, luego ya no está ahí y no hay huellas en la nieve.

«Mantente a la izquierda. Maneja por catorce kilómetros.» Escuchar la música. Dejar que el ritmo y las palabras llenen el espacio que se abre. Robert Wyatt con su voz inglesa y maravillosamente irregular, que me gusta. Trato de seguir sus canciones y pensar en la construcción de barcos cuando podríamos estar zambulléndonos para encontrar perlas, pero hay otras voces insistentes que se resisten a hacerse a un lado fácilmente. Me digo que si todo hubiera sido sencillo con Lorna quizá nuestro lazo no sería lo suficientemente fuerte como para perdurar, pero de poder elegir, me habría

gustado intentar llegar adonde estamos por un camino distinto. Así que fue una ingenuidad tonta pensar que el intercambio de números telefónicos aseguraba o confirmaba cualquier cosa, que sentaba las bases de algo. El año que siguió se filtra en mis sentidos y nada se puede atenuar ni dejar de lado. Alimenta con su ritmo las luces del tablero del carro, las luces del freno de la camioneta de enfrente, el ritmo de la música misma, y me hace querer decirle a la mujer del GPS, que me habla con su voz perfectamente modulada, que no tiene idea de cómo fue.

Entonces, tenemos a Johnston Bailey reivindicando su lugar en la historia. Es el hombre que le dio el anillo y que si se pusiera frente a mi auto pisaría el acelerador en vez del freno. Así que cree que el anillo significa que Lorna es de su propiedad y no está preparado para renunciar a su derecho; todo aquel tiempo me deja perplejo. Cómo es que alguien como ella podría relacionarse con un pedazo de mierda como él, eso me hace pensar que su relación conmigo podría estar mal entendida en un sentido diferente. Él es de la misma parte de la ciudad y fueron a la misma escuela, así que desde el principio me siento inseguro por lo que han compartido y porque siempre seré ajeno a ello. Trabaja como una especie de socio en una compañía que alquila contenedores y averiguo lo suficiente de él para creer que por lo menos tiene un nexo secundario con una organización que afirma defender a su comunidad, pero lucra con ella a través de todo tipo de actividades de extorsión y venta de drogas. No creo que él esté involucrado directamente, pero pronto es obvio que conoce a gente que sí lo está. Primero, si soy honesto, pensé que ella estaba manchada por su relación con aquel hombre y no pude entender cómo pasó, pero pronto lo que sentía por ella era más fuerte que cualquier otra cosa y ahora sé que no tenía derecho a emitir aquel juicio silencioso.

Salimos y nunca le pregunto sobre él ni qué pasó entre ellos, a la espera de que ella esté lista para decirme, aunque también hay una parte de mí que no quiere saberlo; sólo quiero vivir el presente y la felicidad que estoy sintiendo, pero sigo demasiado asustado como para poner toda mi fe en la relación. No obstante, pronto me doy cuenta de que algo está mal y quizá se debe a que paso tanto tiempo mirando caras que me he hecho sensible a los cambios y a los estados mentales que estas pueden significar.

Al final me dice tanto como ella quiere decirme, así que él todavía la

llama todo el tiempo, a veces tarde por la noche con algunos tragos encima; le habla de regresar, de que son «el uno para el otro» y que era sólo cuestión de tiempo para que ella se diera cuenta. Después, él se entera de mí y las cosas se ponen feas. Así que se supone que Lorna le debe dinero por todo lo que él le compró, las vacaciones que tomaron y cuando las llamadas se vuelven violentas lo bloquea en el teléfono. Cuando ella habla de ir a la policía, su familia la convence de no hacerlo y le dicen que los pondría en peligro a todos, porque desde la perspectiva de esas personas no hay un crimen más grande que delatarlos. Lo mejor que pueden ofrecer es tratar de hablar con alguien que le advierta que debe dejarnos en paz, pero parece que no conocen a nadie con una posición tan alta en la cadena alimenticia. Los padres y hermanos de Lorna me miran con un resentimiento poco disimulado, como si yo fuera un pájaro en nido ajeno y un mal sustituto del novio anterior.

Una noche, después de haber ido a dejarla, manejo hasta el final de su calle, donde hay una casa con un mural paramilitar en la pared. El mural tiene tres figuras vestidas de negro con pasamontañas y pistolas en las manos. Sin embargo, las figuras están pintadas con calidad de aficionado, lo que sirve para debilitar la supuesta imagen amenazante. Cuando estoy por darme la vuelta en la calle principal, tres tipos se aparecen frente al auto, y antes de tener la oportunidad de reaccionar, uno de ellos abre mi puerta y de repente me encuentro frente a Bailey por primera vez. Tiene que agacharse para hablarme, así que nuestras caras están más cerca de lo que me gustaría que estuvieran; me pregunta mi nombre aunque ya sabe quién soy. No le quito los ojos de encima, pero trato de estar alerta del lugar donde se encuentran los otros dos.

—Sé quién eres —dice ante mi silencio—. Y pensé que ya era tiempo de que tú y yo habláramos, así que ¿qué tal si sales del auto?

Viste una playera de manga corta y parece que hace ejercicio, pero su cara es delgada y casi afilada en la parte de la barbilla, al grado de que aparenta haber pedido prestado ese cuerpo a alguien más. Trato de verme relajado, de disfrazar el miedo que siento.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —le pregunto sin mostrar ninguna intención de salir.

—Estás en un lugar donde a la gente no le gustan los extraños. Estás en

un lugar al que no perteneces.

Como no digo nada, él continúa:

—Nada garantiza tu seguridad. ¿Entiendes lo que te digo? —Me mira por encima del hombro y ve una cámara en el asiento trasero—. ¿Trabajas en un periódico?

Entonces, cuando le digo que no, me aconseja irme a la mierda y que no me acerque a Lorna por mi propio bien, que a los de mi tipo no los quieren aquí y que debería hacerme el favor de irme y no regresar. Cuando se endereza cierro la puerta y presiono el botón que activa todos los seguros; al empezar a manejar para irme, los tres patean el coche.

Hasta ese momento mi vida había transcurrido sin una sola pelea, sin siquiera haber sido amenazado y, si soy honesto, no soy alguien que llame mucho la atención y sólo me notan cuando tengo una cámara en la mano y pido que me miren, así que me quedo pasmado y sin saber qué hacer. Ya había entendido que involucrar a la policía se consideraba una conducta errada y peligrosa y que, en ese mundo con el que me había tropezado, las reglas normales eran inoperantes. Así que mientras manejaba y trataba de pensar en mi respuesta, me consolaba con fantasías de venganza que involucraban armas compradas o la contratación de un golpeador; imaginaba escenarios tontos e improbables en mi cabeza e intentaba usarlos para detener la flama de la humillación y el miedo que se expandía dentro de mí y abría paso a una ola creciente de ira. ¿Alguna vez pensé en seguir su consejo e irme? No creo haberlo hecho nunca y estoy orgulloso de ello, porque eso me permite detener un poco la maldición de aquel recuerdo y me deja en un lugar que, aunque precario, es donde por un segundo me siento mejor conmigo mismo. Tuve que decidir si decírselo a Lorna u ocultárselo, pero en la vida he llegado a entender que las mentiras casi siempre conducen al desastre: por eso en las telenovelas todo el mundo le miente a todo el mundo y al final estas mentiras inevitablemente terminan en algún tipo de choque automovilístico. Un choque automovilístico que puede provocar que veas de manera compulsiva lo que ocurre, pero no es algo que quieras vivir en carne propia. Cuando se lo dije, ella también estaba enojada, después sintió remordimiento, como si se avergonzara de lo sucedido y casi dando a entender que era su culpa.

Al pasar por una iglesia de techo blanco, veo que alguien tuvo la suerte de

detectar el momento exacto o tuvo una revelación espiritual y meteorológica del clima que estaba por venir, porque un póster en el tablón de anuncios cerca de la entrada proclamaba: «Aunque sus pecados sean como la escarlata, yo los haré tan blancos como la nieve». Creo que aún es verdad que, a pesar de que nunca hablamos de aquella época, ambos sentimos como si una parte de nuestros primeros días juntos llevaran la mancha de algo que se pegó a nosotros y de lo que no supimos cómo librarnos.

—Tal vez deberíamos dejar que las cosas se enfríen un poco, darnos un tiempo y ver cómo resulta —dice ella mientras estamos sentados en mi carro mirando el mar.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunto temeroso de la respuesta.

—No, eso no es lo que quiero.

Extiendo el brazo para tomar su mano y todo mi alivio se trasmite en un simple apretón.

—Estoy asustada. Él es impredecible, ahora se está portando así y no sé qué pueda hacer. Además, conoce gente.

Al mar le preocupa el viento, las olas tienen los bordes blancos y ariscos, pero hay una estabilidad subyacente como si no sucediera nada que no estuviera destinado a suceder. Hay una isla cuyo nombre ignoro.

—Tal vez deberíamos irnos a vivir ahí —le digo apuntando hacia allá, sin decirle que yo también estoy asustado.

—Creo que puedes salir caminando de ahí cuando la marea es baja. Necesitas fijarte en no quedar aislado.

Vivir en una isla, desconectado de todo lo que quiere hacerte daño: eso es lo que parecería lo mejor de todo.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunto porque incluso desde aquel entonces necesitaba que ella fuera quien me dijera cuál era la mejor opción.

Ella me dice que no sabe y nos quedamos sentados mirando el mar en silencio por un rato. Al mirar en retrospectiva siempre es tentador reformular las cosas para quedar mejor parado, pero mentiría si pretendiera que en esos días me sentía de un modo que no fuera perdido y paranoico por todos los miedos que desfilaban en mi cabeza. Y aunque ignoro si ya lo sabía en ese momento, ahora, cuando pienso en aquellos días, siempre se fusionan en bordes irregulares con la noche en que mi padre expulsó con humo a los murciélagos de sus nidos y pude ver la hilera negra y estrecha que salía del

techo quebrándose después en astillas individuales.

Por un momento, el mar parece quedarse más en calma. La cabeza negra de una foca se mece y desaparece casi tan pronto como identificamos lo que es.

—Ya no vendrás a la casa. Nos veremos en la ciudad y me regresaré en taxi. Me voy a mudar y conseguiré un lugar para vivir sola cuando haya ahorrado un poco.

—Tal vez todo esto va a quedar en el olvido. Tal vez él madure y se dé cuenta de que está perdiendo su tiempo.

Pero ella no parece convencida por mi intento de ser optimista, y en el silencio que queda fluyen todas las dudas y fantasías que una ansiedad intensa tiene el poder de generar. Trato de encontrar en la presencia de Lorna un placer que pueda disiparlas, mirando su cabello, su cara de perfil cuando ve el mar, pero me pregunto si alguna vez volveré a verla sonreír plenamente. Quiero abrazarla, pero cuando por fin lo hago me doy cuenta de que estoy aferrándome mucho a las preocupaciones y a la vez nada parece aliviar la rigidez del cuerpo de Lorna.

Poco después, llego a mi estudio para encontrarme con que alguien grafiteó la palabra «Pedófilo» con letras grandes a lo largo del guardapuerta de la entrada principal y no puedo quitarla del todo a pesar de tallarla, mientras padezco las miradas acusatorias de todo el que pasa. Llego a pensar en la posibilidad real de que echen gasolina a través de una ventana rota y le prendan fuego al lugar. Pero no puedo costear cámaras de seguridad, así que cada trayecto al estudio por la mañana está empañado por el miedo a llegar y encontrar una torre de ceniza ardiendo. Le digo a la mujer que habla por el GPS, con su voz perfectamente modulada y tranquila, que vivir con miedo es la peor manera de vivir, pues ensombrece hasta las cosas más luminosas que intentas hacer y nunca se termina, royendo incesantemente todo lo que necesitas para existir. Llega un punto en que tu enojo por lo que está pasando hierve y se desborda, y de pronto estás dispuesto a considerar cualquier remedio, sin importar lo desesperado o temerario que le pueda parecer a la mente racional que alguna vez tuviste.

Después del grafiti, los daños subsecuentes a mi carro y finalmente encontrar una bala en un sobre, me adentro en lo que supongo que podría llamarse una reacción de lucha o huida. No puedo huir sin perder a Lorna,

así que termino sentándome afuera del patio del negocio de Bailey, mirando cómo viene y va, siguiendo su auto a la cafetería a la hora de la comida, a la casa de apuestas o al club de seguidores de un equipo de futbol que parece frecuentar. Empiezo con cosas tontas e infantiles como ordenar contenedores desde teléfonos públicos para que los entreguen a diferentes direcciones de la ciudad, me digo que él pensará que está en una guerra territorial con otra firma y se distraerá. Después descubro que cuando das un paso adelante, aunque sea pequeño, el miedo deja de estrujarte con tanta fuerza. Sigue ahí pero en menor medida, y te permites sentirte un poco menos que una víctima indefensa, porque al final es el sentimiento de impotencia lo que te agota.

Y con cada pequeño paso ganas el deseo de ser más audaz, porque herir nunca va a ser suficiente: es necesario dar el tiro de gracia. Pero no puedo pensar en una posible manera de lograrlo sin acercarme y aún no tengo el valor de hacer eso.

Con nuestra herencia histórica problemática, me imagino que habrá una red de tiradores y sicarios que trabajan por su cuenta, en las guerras contra las drogas, las disputas internas entre facciones por el territorio o en el simple y anticuado ajuste de cuentas. Sin embargo, ellos no se anuncian en los periódicos ni en internet y no trato con el tipo de gente que conoce a esa clase de personas.

La lenta fermentación del odio. Planes y sueños. Su negocio opera desde una construcción móvil en una esquina del patio. Sólo tienen un vehículo para repartir los contenedores, en algunas partes su herrumbre se está descascarando y parece que deberían enterrarlo en uno de los contenedores que lleva. Este negocio no da grandes ingresos. Compraron en línea la señalización que advierte sobre las cámaras de seguridad y los perros guardianes, y no creo que haya mucho que robar en ese edificio en ruinas que hace de oficina. Las ventanas están protegidas con rejas de alambre y la noche en que me salto la barda y veo todo de cerca, hay luz suficiente para ver que la humedad ya se filtró en las paredes, provocándoles protuberancias, y que la maleza crece afuera del desagüe. Una fila de contenedores amarillos se alinea en la pared trasera del jardín. Uno de ellos está lleno hasta los bordes con lo que parece basura doméstica, como si hubieran volteado una casa de cabeza y todo lo de adentro hubiera colapsado. Empiezo a pensar que

este sería el lugar perfecto para ocultar un cuerpo envuelto en una vieja alfombra y cubrirlo con una capa de basura para después sepultarlo en algún basurero, enterrado y olvidado. Claro que todo es una fantasía y lo que sucede es un crimen de otra naturaleza.

Sin decirme hasta después, Lorna va a verlo y es ambigua cuando me cuenta lo que pasó y lo que dijo, e incluso ahora, después de todos estos años, no quiere hablar de ello y no quiero presionarla. Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza que debí haber sido yo quien llegara a un acuerdo con él y, aunque se trate de un poco de orgullo masculino herido, aún duele. También me llena de admiración que alguien tuviera el valor de enfrentarlo. Quizá su orgullo herido se apaciguó con la llegada de un nuevo amor a su vida. Alguien mucho más joven y que casi de inmediato le da un hijo; él tiene otras cosas en qué ocuparse, además de su nueva familia, porque se involucra en algún problema de tráfico de drogas y pronto sale huyendo a España, donde invierte su dinero como socio de un bar. Se dice que no es seguro para él regresar y aparentemente nos olvidamos de él, pero cuando diez años después reportaron su muerte en las noticias —lo apuñalaron frente a un bar después de una disputa nocturna con unos clientes locales por una deuda sin pagar—, mi alivio silencioso se ve desafiado por el *shock* y el malestar de Lorna, que al principio me confunde y después acepto como parte de la complejidad de la vida. Digo algo equivocado y ella se enoja conmigo durante varios días, por lo que casi siento como si la sombra de él permaneciera sobre nosotros, pero al final comprendo que estar casado con alguien, sin importar la cercanía, no te autoriza a ser el dueño de los recuerdos de tu pareja o a ser parte de su historia antes de conocerse.

Iba bien de tiempo, pero cuando paso Carlisle y empiezo a dirigirme hacia el este, las condiciones empeoran. Por mis viajes pasados, recuerdo que todos los lugares de esta parte comienzan con H: Haltwhistle, Hayden Bridge, Hexham. Encuentro que las carreteras están obstruidas y hay algo en el cielo que parece indicar que la nieve no ha terminado con ellas. «En la cuarta glorieta, toma la primera salida hacia la A69.» Hay menos señales de que la vida esté regresando a la normalidad y en todos lados se siente como si todos estuvieran en un refugio subterráneo y planearan estarlo por más tiempo.

Tal vez tiene que ver con la cercanía a los montes Peninos y estoy agradecido de no tener que aventurarme más al sur, hacia ellos, porque en mi imaginación los siento como los Himalaya. Nunca he pensado en la nieve de las montañas sin recordar esa fotografía de George Mallory y su esposa con los ojos muy abiertos y un poco sorprendidos, como si algo inesperado hubiera pasado frente a sus ojos. A un lado del cabello de ella, una sombra más oscura separa las caras de ambos y es fácil pensar en eso como un presagio. Hay veces en que miro a la persona que mi cámara enfoca y creo que en ese momento, justo como mi cámara lo hizo, el futuro de la persona reverbera en su conciencia. Llevaba una fotografía de su esposa en su chamarra para dejarla en la cima, y cuando encontraron el cuerpo disecado, con la piel congelada y blanqueada como el alabastro, no había rastro de ella. Me gusta pensar que quizá, contra todo pronóstico, sí llegó a la cima del Everest y que el desastre lo encontró al descender, pero aunque no quiera, algunas veces, pese a mis más grandes esfuerzos, pienso en esa caída, en dar vueltas en la oscuridad, alejándose de la solidez de la piedra hacia la nada de aire congelado. ¿Habría visto la cara de ella en esos momentos finales o habrá sido todo un sumergirse repentinamente en un miedo ciego al perder la conciencia y su yo? Me imagino que ya no es posible que encuentren aquella imagen, pero creo que sigue ahí, hecha de partículas de memoria y amor, existiendo en algún lugar donde el tiempo no podrá aniquilarla jamás.

«Continúa en la A69.» Esa voz me regresa al momento presente. Ya tengo hambre, pero no estoy dispuesto a ceder tiempo del viaje para comer más de las provisiones que Lorna preparó y, como puse la hielera detrás del asiento del copiloto, no la tengo a la mano. Así que trato de seguir pero el hambre es como un escozor, tan pronto como eres consciente de ella no se quita, te atormenta hasta que te sientes obligado a responder, y no hay un lugar seguro, obvio ni inmediato en el que me pueda detener. Ella vuelve a decirme «Continúa en la A69» y empiezo a pasar por las señalizaciones del Muro de Adriano. A lo largo de la historia, hombres jóvenes, y ahora algunas mujeres, se juntan sin importar el calor ni el frío y se preguntan cuál es el sentido de su vida y sueñan en sus casas. Belfast, Helmand y el Muro de Adriano. Dicen que caminar al lado del muro es un recorrido popular para

los senderistas, y en Belfast hemos hecho todo lo que hemos podido con nuestros conflictos del pasado y los empaquetamos para los turistas en *tours* borrosos en taxi o en camión por los murales y el muro de la paz. Décadas después de que los alemanes se deshicieran del Muro de Berlín, nosotros aún tenemos el nuestro y no estoy seguro de la razón por la que lo llaman «muro de la paz», si su propósito original era prevenir que las comunidades aledañas se atacaran entre sí con facilidad. Ahora, esas interacciones por lo general se limitan al lanzamiento ocasional de misiles; las pelotas de golf son las más populares, aunque dudo que quienes las avientan practiquen ese deporte, así que no sé de dónde las sacan.

Tampoco sé cuál era el propósito de nuestros días de conflicto, y agradezco no haber sido el tipo que llegaba con su cámara a cada escena de atrocidad, tratando de evaluar la efectividad de una imagen, más allá del respeto a la privacidad que merece el sufrimiento individual. Pero cuando comienza a caer lentamente una ventisca suave de nieve, caigo en cuenta del poder que tiene la imagen correcta de generar un impacto en nuestra conciencia. Y pienso en el pequeño niño tumbado en el oleaje de una playa turca, ahogado al tratar de llegar a una playa griega en un bote salvavidas de plástico.

Aunque olvido su nombre, recuerdo el sentimiento que me causó, y sé que de alguna manera y por un tiempo, aunque fuera breve, cambió las cosas. Cambió más cosas que las palabras de cualquier reportero o político, porque en una fotografía no hay nada entre el sujeto y tú, nada que suavice ni mitigue; sólo tú, ahí, en ese momento, tan cerca como la cámara te ubica, inmóvil y en silencio.

Algunas veces estamos más cerca de lo que queremos, y no hay manera de escapar de esos niños vietnamitas que corren hacia nosotros, con sus cuerpos quemados por el napalm, o de la mirada confundida del niño sirio sentando y traumatizado en la parte trasera de una ambulancia; tal vez porque el hecho es más reciente, recuerdo que su nombre era Omran.

Me estaciono en la entrada sin nieve de una tienda de utensilios para el campo. En un lado de la puerta hay una fila de árboles de Navidad apiñados con sus ramas blancas y, en el otro, coronas de muérdago adornadas con

esferas y moños rojos. Hay un letrero grande, casero, que dice «Abierto en horario normal», colgado arriba de la entrada y alguien dibujó hojas de muérdago con marcador alrededor de las letras. El recuerdo de los niños en las fotografías y la nieve que cae hace que me urja hablar con Luke, tanto para asegurarme de que sigue bien como para poner toda mi esperanza en un futuro seguro, no tocado por el trauma ni por algún encuentro fortuito y fatal con dementes o con sujetos simplemente malvados —un loco en busca de pleito—, de esos que ensucian los titulares de los periódicos y hacen que todo padre se pare en seco y busque reconfortarse con la certeza poco efectiva de que estadísticamente no es probable que le pase a su hijo. Sin embargo, después de lo que ha pasado sé que pensar así no tiene sentido y recuerdo a la mujer en la tienda escolar que nos decía que sólo hay que ganar una vez y lo fácil que esto puede convertirse en la única vez que pierdes. Luke se toma su tiempo para contestar, lo que me permite torturarme con un flagelo de figuraciones oscuras, así que mis primeras palabras contienen una mezcla de irritación y alivio.

—¿Estás bien, Luke? —pregunto sin poder detener el tono apremiante que oprime mi voz.

—Estoy bien. ¿Dónde estás? ¿Pasó algo malo?

Lo que escucho no es impaciencia, sino algo más cercano a la nostalgia, así que le aseguro que ya no estoy tan lejos, aproximadamente a una hora y media si todo sale bien.

—¿Cómo están las carreteras? —me pregunta como lo hizo la última vez que hablamos.

—No tan mal. Está volviendo a nevar, aunque no mucho.

—Aquí está nevando —me dice, y sé que debe estar en su cama mirando por el tragaluz.

—¿Estás bien tapado? ¿Hay calefacción en la casa?

—El casero tiene una especie de temporizador que funciona temprano en la mañana y después hasta la noche, así que no es mucho. Pero estoy quedándome en la cama, así que no está tan mal.

—Tu madre prendió la chimenea en casa.

—Pensaba que no podíamos hacer eso.

—Cree que la Navidad es una ocasión especial. Ella y Lilly están asando malvaviscos.

—No creo que eso le ayude a Santa.

—Luke, ¿sabes por qué Santa siempre llega por la chimenea?

—No, ¿por qué?

—Porque nadie le deja las llaves abajo del tapete.

—¿Eso te lo contó Lilly?

—Sí, y mira, cuando lleguemos a casa y te sientas mejor a ella le gustaría andar en trineo contigo. Iremos todos. Podemos ir a Stormont. ¿Qué opinas?

—Siento como si le estuviera haciendo una de las preguntas más importantes que he hecho en la vida.

—Claro, si para entonces no se ha derretido la nieve. Tengo que trabajar un poco en las vacaciones y hacer una grabación de cinco minutos en un lugar en especial y agregarle música.

—¿Tienes en mente algún lugar en particular?

—Sí, quiero grabar en Roselawn.

—¿En Roselawn, el cementerio? —pregunto sin estar seguro de que lo escuché bien. Hay tantas cosas queriendo saltar de mis labios que lucho para reprimirlas.

—No quiero escandalizarte, pero sí, ahí. Hay una parte que vi y está separada de la sección de las filas de lápidas. Nunca había estado en un lugar así. Regresé y tomé algunas fotografías. Te las mando si quieres verlas. Es una parte del cementerio en que la gente personalizó una tumba cualquiera; es un lugar muy raro, con flores de plástico, bufandas y pósteres de equipos de fútbol, con todo tipo de adornos y decoraciones en las ramas de los árboles. Hay muchas campanas de viento y pensé que podría incorporarlas a la música.

—¿No te parece algo mórbido?

—No es un lugar que se sienta tan relacionado con la muerte como con las vidas que la gente alguna vez tuvo. Se siente lleno de recuerdos, pero no te estoy pidiendo que me lleves.

—Te llevaré.

—¿Estás seguro? Entiendo si no quieres hacerlo.

—Te llevaré —le digo sin fingir entusiasmo—. No es necesario que tu madre se entere.

Queda conforme y colgamos. Así que la llamada que esperaba que me hiciera sentir más seguro en torno al futuro me deja un cúmulo de nuevas

ansiedades. No es un sitio al que quiera regresar y me sorprende que mi hijo crea que es un lugar donde debería filmar. Pero iré y le echaré un ojo. Mi padre también está ahí, un padre que nunca conoció a mi esposa e hijos. Al final, sus manos temblaban tanto que quería abrazarlo con fuerza sólo para que dejaran de moverse. Ahora se siente como si todo temblara con esta nieve que ondea y se desliza con lentitud, el viento libera esporádicamente a las ramas de su carga, el temblor colectivo del mundo blanquecino en el que me adentro. «Sigue derecho.» Derecho y constante; es lo que debo hacer ahora, a pesar de todo. Sólo concentrarme en el camino visible, sin mirar muy lejos ni dejar que mis ojos se deslumbren con la luz que irradia todo lo que me rodea. En el funeral de mi padre, cuando salía a la calle para guiar a los dolientes, mi madre me llamó —por tradición sólo los hombres acompañan al féretro— y me entregó dos sobres que se me habían olvidado. «Para los sepultureros», me susurró y me los puse dentro del saco que había comprado el día anterior y al que casi olvido quitarle una de las etiquetas. La comunidad del pequeño pueblo de mi madre creía que en todas las cosas, y más en la muerte, había rituales y costumbres que debían observarse. A mí me impacientaban, pero tuve que llegar a entender su importancia, si no para los muertos, para los vivos.

Siempre hace frío en Roselawn, un lugar invernal expuesto a la lluvia y a ese clima, quizá porque a menudo es en esa época cuando mueren los ancianos. El pastor sigue hablando y me desespero al buscar lo que se supone que debería estar sintiendo. Con el último «Amén», les doy los sobres a los sepultureros que están cerca, ellos se inclinan sobre los largos mangos de sus palas y se tocan la frente en un gesto que parece venir de otro siglo. Claro que hay otra razón por la que no quiero regresar, pero si Luke quiere ir, sé que tendré que ayudarlo aunque sea sólo para llevarlo en el carro, quedarme ahí, esperar y regresar.

Pasas mucho tiempo llevando y esperando a tus hijos, horas y horas, y a veces la espera es lenta. Luke tuvo una novia por seis meses en su último año en la escuela, pero dejarlos verse implicaba llevarlo hasta Belfast, dejarlo y recogerlo en la noche.

No beber entre trayectos, no llegar antes de la hora acordada, no tocar la puerta de la casa, sino anunciar mi llegada con un mensaje de texto y esperar hasta que se dignara a aparecer. Siempre le escribía «Ya llegó el taxi», y

aunque creía que aquellos viajes podrían haber sido una oportunidad para platicar, nunca funcionó así y transcurrían casi siempre en silencio porque él parecía dejar de lado lo que pasaba por su mente o lo que era importante para él, y la conversación era una mera distracción. Algunas noches pensé que si hubiera sido un taxista, Luke se habría sentido más obligado a platicar.

Una vez, después de pensar en eso al recogerlo en la casa de Amber, decidí que estaba bien contarle algo que ignoraba sobre mí y que, al compartirlo, algo personal nacería entre nosotros.

—Luke, hay algo que quiero contarte, ¿podrías soltar tu teléfono un segundo?

Él sabe que las peticiones de soltar su celular siempre son el preámbulo de algo potencialmente importante, y aunque lo hemos prohibido en la mesa cuando cenamos, no se lo pedimos muy seguido porque sé que es el equivalente adolescente a dejar el barco y alejarse flotando desconectado en el vacío del espacio. Luke deja en paz la pantalla y sujeta su celular con la mano derecha. Algunas veces, cuando lo tengo así de cerca, he sentido el impulso de estirar el brazo, tomar su celular y tirarlo por la ventana de mi lado.

Sin embargo, permanezco quieto y sólo lo miro. Sé que ya empezó a ponerse debidamente nervioso.

—¿Pasa algo malo entre mi mamá y tú? —pregunta.

—No pasa nada, ¿por qué lo preguntas?

—Los padres de Amber se van a separar.

—Lo siento, ¿ella se siente mal por eso?

—Dice que no le molesta, que siempre se están peleando. Así que quizá es para bien.

—¿Con quién va a vivir Amber?

—No sé, tal vez con su mamá. ¿Tú y mi mamá alguna vez han pensado en separarse?

—Nunca escuchas a Al Green, pero si lo hicieras sabrías que una de las canciones favoritas de tu mamá es *Let's Stay Together*.

—No creo que las canciones favoritas de la gente eviten las separaciones. ¿Qué es lo que quieres decirme?

Trato de retractarme de la idea que tenía, pero no puedo pensar en otra cosa convincente que decirle, y al ver que tiene una actitud mental de «sólo

di lo que tengas que decir para que pueda volver a ver mi celular», le digo sin suavizarlo ni dudarle:

—Hace un tiempo estaba deprimido. Al principio no me di cuenta de que lo estaba, sólo me sentía confundido y que algo no estaba bien. Tu madre me obligó a ir al doctor y él me dijo que estaba deprimido. No era el peor tipo de depresión ni nada eso, sólo que no me sentía como debía sentirme. De todos modos, me recetó unas píldoras que tenían una dosis baja y después de un tiempo las cosas empezaron a mejorar.

No me dice nada, pero creo que me está escuchando. La forma en que lo dije no le hace ninguna justicia a lo que pasó ni a lo que quería decirle. Su celular suena y a su favor puedo decir que sólo mira hacia abajo por un segundo.

—La razón por la que te digo esto es porque si alguna vez sientes que las cosas no están bien en tu cabeza es necesario que hables con alguien y que no te encierres en ti mismo, ¿entiendes lo que digo?

Asiente y cuando nos quedamos en silencio y es claro que no tengo nada más que decir, mira su teléfono y empieza a escribir. Los padres de Amber deciden no separarse y la única ruptura llega un mes después cuando ella le manda un mensaje a Luke diciéndole que ya no quiere salir con él. Si las canciones no evitan que la gente se separe, cuando eso sucede, algunas veces ayudan con lo que sea que quieras decir, y por un par de noches lo escucho repetir una y otra vez la canción *Last Night I Dreamt That Somebody Loved Me*, de The Smiths, con Morrissey cantando sobre una falsa alarma del amor. Una vez pienso en tocar la puerta, entrar y tratar de decir algo para consolarlo, pero no sé qué podría decir, así que me sigo de largo, apagando todas las luces menos la del pórtico, una luz que permanecerá encendida hasta la mañana siguiente.

Lorna piensa que Luke ha hecho amistad con una chica de la universidad porque ha estado husmeando en su Facebook y vio unas fotos de ambos. Sin embargo, él nunca ha hablado de ella, por lo que su madre no puede mencionarla pues, de hacerlo, Luke se enteraría de que su madre ha estado fisgoneando. Y, en la mente de un niño, ese es el crimen parental más cercano a la ofensa capital. Para mí es un misterio que quieran pasar por la vida sin supervisión ni vigilancia alguna y a pesar de eso dejen huellas por el espacio virtual, como migajas desperdigadas para que alguien con tiempo e

interés pueda armar el rompecabezas, como cuando se reensambla un avión después de un desastre. Yo dejo entrever a Lorna que no siempre es bueno hacer eso, porque si se dan cuenta lo ponen todo en modo privado y a veces los fragmentos que tratas de juntar tienen partes perdidas, y entonces dan una impresión posiblemente distorsionada, lo que no provoca más que preocupación. Le digo a Lorna que si esta chica toma importancia en la vida de Luke, él nos lo hará saber, así que no debería hacer insinuaciones o preguntas que levanten sus sospechas; acordamos que todo lo que Lorna dirá es que si alguna vez quiere invitar a alguien a casa, a quedarse con nosotros durante las vacaciones, no habría problema. No tendríamos ningún inconveniente y prometió no sugerir siquiera estarse refiriendo a una chica.

La nieve sigue cayendo, pero sólo se siente como el remanente de los días anteriores y hay una falta de convicción en su descenso tímido; a veces el viento la atrapa y casi le da la vuelta, como si decidiera que ya no quiere que la nieve cubra la tierra. Trato de imaginar cómo debió haber sido estar atrincherado en uno de los fuertes que se construyeron en el muro, cómo era estar de pie en la muralla, con el viento de aguanieve chocando con tu cara y mirar a la oscuridad distante. De costa a costa: eso es un muro. Algún día iré a verlo —tal vez en el viaje de regreso, después de haber dejado a Luke al inicio de las clases— porque quiero entender cómo construyes un muro, cómo mantienes fuera a la oscuridad. Pero ¿qué se necesita? No puede tratarse simplemente de dinero, porque hasta los ricos son víctimas de las invasiones, y cuando al cura francés le cortan la garganta en su propia iglesia, no puedes recurrir a la protección divina. Trato de plantear la posibilidad de que se trate del karma, pero me enredo en un desastre mental, tratando de hacer la equivalencia entre las acciones pasadas y las consecuencias futuras. Mientras paso por un tramo de tierra al lado de la carretera donde la nieve está aplanada y hay unos hoyos inexplicables, como si se tratara de la marcha incesante de unos pies muy pesados que parecen llegar de la nada e ir a ningún lado, escucho la voz de Daniel. No estoy seguro de su procedencia o si es el GPS, los espacios entre la música o los poros mismos de mi piel. No lo sé y al principio son susurros que casi no puedo escuchar, pero después las palabras ganan claridad.

Está hablando de Luke y de cómo siempre matamos al becerro gordo por él, cómo puede ser eso justo y por qué las balanzas siempre están desequilibradas.

Él no es el hijo pródigo, le suelto. Él no es el hijo pródigo y tú eres el que se fue, siempre quisimos que regresaras y cada noche dejábamos la cadena de la puerta principal abierta, tu madre calentaba tu cama en las noches de invierno, así que no trates de hacernos sentir culpables por tu hermano, porque no lo queremos ni más ni menos que a ti. Siempre hemos sentido eso, incluso cuando era difícil y nuestro cariño no era bien recibido, así que no trates de echarnos la culpa porque no podemos aceptarla y no la aceptaremos. Intentamos acercarnos a ti, lo intentamos más de lo que nunca sabrás ni entenderás, y claro que habríamos organizado un banquete para darte la bienvenida así que no digas que sólo Luke importa porque no es verdad no es verdad y no deberías decirlo porque es fácil decir cosas con la intención de herir pero no podemos estar más lastimados que ahora y justo después de pensar que Luke se iría en picada porque quizá querría estar con su hermano mayor nos llenamos del peor miedo que hayamos conocido y eso fue lo último que nos diste después de todo lo que te dimos y algunas veces pienso que el miedo es permanente como si estuviera tatuado con tinta indeleble en algún lugar recóndito de nuestro ADN y sin importar lo que hacemos o hagamos nunca estaremos libres de él puedes entender eso, ¿puedes entenderlo?

Pero no hay respuesta y el rechinado de los limpiaparabrisas, diciéndome que la nieve ya dejó de caer, reemplaza los murmullos. Como siempre sucede después, siento un vacío frío que quiero sacudirme. Tal vez me pasa eso cuando quiero liberarme del frío de mis pensamientos, las memorias que no ayudan, y eso me hace seguir manejando hasta que en una segunda toma mental lo que acabo de ver queda registrado en mi conciencia —las huellas de un auto saliendo del camino, una reja rota, unas luces rojas que parpadean— y detengo el carro, mirando en vano mi espejo lateral para descifrar lo que todo esto significa. Entonces prendo las luces intermitentes, me salgo y camino de regreso hacia el rastro, para encontrar un carro que se salió de la carretera, atravesó una cerca de madera y siguió deslizándose de frente hasta una zanja que bordea el bosque. Hay una mujer en el carro, tal vez de mi edad, quizá unos años mayor, y su bolsa de aire en el lado del

conductor está inflada, de manera que por un momento parece como si la cabeza de la mujer reposara en un montón de nieve. Empiezo a bajar por la zanja, pero pierdo estabilidad y resbalo hasta el fondo.

Con lentitud, ella voltea su cara ilesa hacia mí y sonrío, casi como si me reconociera y estuviera esperándome. Un olor emana del auto —del tubo de escape, de los frenos sobrecalentados, de alguna avería o de algo que se derramó— y se mezcla con el aroma penetrante de los pinos.

—¿Estás bien? —le pregunto acercándome y poniendo mi mano en el techo del carro, después de mirar el cofre chocado.

—Creo que sí, pero siento mi pierna algo rara y me duele el cuello. ¿Me puedes ayudar a salir?

—No debes moverte. Voy a pedir ayuda por teléfono. Es necesario que permanezcas inmóvil en caso de que te hayas lastimado algo. Voy a llamar a una ambulancia y a los servicios de emergencia. Te sacaremos pronto.

Pero dejé mi celular en el carro y, diciéndole que no se mueva, trepo la ladera y la nieve se siente fría en las palmas de mis manos.

—No me dejes —me dice ella y cuando llego arriba le digo que no, que haré la llamada y regresaré de inmediato.

Mientras corro hacia el auto, mis pies hacen crujir la nieve congelada, y por momentos se hunden bajo la superficie, así que trato de moverme más rápido porque eso de alguna forma me hace más ligero, pero mientras más me acerco, la nieve parece menos dispuesta a soportar mi peso y acabo corriendo por el camino, cada uno de mis pasos salpicado de agua. Tomo el teléfono, reviso si todavía tengo señal y llamo. Sin embargo, no sé dónde estoy exactamente. La mujer al otro lado de la línea es paciente y me pregunta sobre el último lugar que recuerdo y tengo que revisar el GPS antes de responder. Estarán ahí tan pronto como puedan, tomo mi abrigo y una botella de agua, saco el *sleeping bag* de la cajuela y regreso deprisa al lugar del que vine. Y, aunque es egoísta, la certeza de que esto me va a retrasar para recoger a Luke incide en mi preocupación por la mujer.

No hay una manera digna ni efectiva de bajar la pendiente, así que simplemente me siento y me deslizo hacia el fondo.

—Gracias —me dice como si pensara que ya me había ido.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—No tan mal. Me duele un poco la rodilla, pero creo que estoy bien.

—Llamé a los servicios de emergencia y estarán aquí tan pronto como les sea posible. ¿Cómo te llamas?

—Rosemary.

—Yo soy Tom.

—Hola, Tom.

—¿Qué pasó?

—Creo que tomé la curva muy rápido y después pisé los frenos con mucha fuerza. Al hacer eso el carro cobró vida propia y cuando me di cuenta ya estaba dando un paseo por el bosque. Fue muy, muy tonto de mi parte.

—Pudo haberle pasado a cualquiera, sólo tuviste mala suerte. Las condiciones no son las mejores.

—Debí haber sido más cuidadosa e ir menos aprisa. Ya casi es Navidad, qué momento tan tonto para tener un accidente.

—No elegimos cuándo tener un accidente —le digo y me mira como si me viera por primera vez.

—Tu acento no es de aquí, ¿eres de Escocia?

—De Irlanda del Norte. Voy a recoger a mi hijo para llevarlo a casa. Va a la universidad en Sunderland. Crucé en el barco esta mañana y regreso hoy en la noche. Nos asustamos porque no podía conseguir un vuelo a casa.

—Lamento estar atrasándote. Tienes un largo camino por recorrer.

—No hay problema —le digo mirándola por primera vez.

Tiene unos ojos azules cuyo color parece menguado por el tiempo o por lo que la vida le ha traído. Su cabello es corto, lo trae por encima de los hombros y está teñido de rubio, pero unos cabellos plateados se cuelan a través del tinte y su cara se ve como si estuviera luchando contra la invasión de los años. Pero es una cara bondadosa, y con una vivacidad que hace fácil ayudarla. Con sus manos levantadas parece como si estuviera rindiéndose o invitando a los árboles a acercarse a ella.

—¿Crees que mi carro sea una pérdida total?

—Me temo que sí —le digo mirando el cofre chocado, que de vez en cuando emite un chirrido o una especie de quejido mecánico, como si con pesar estuviera tratando de volver a estirarse para recuperar su forma original.

—Entonces eso será lo único bueno que resulte de esto, porque siempre odié este carro —dice ella con una sonrisa que de pronto se convierte en una

mueca y sus ojos se cierran por un segundo. Sé que siente dolor.

—Estarán aquí pronto —le digo y volteo hacia la carretera con la esperanza de escuchar el, por única vez, deseado sonido de la ambulancia.

—Me siento adormilada, y eso no es bueno, no lo es.

—No, sólo sigue hablando conmigo, Rosemary.

Pongo el *sleeping bag* extendido sobre sus hombros y al ver que sus ojos se cierran otra vez, me agacho al lado de ella junto a la puerta abierta y le pregunto adónde iba cuando chocó. No puedo recordar todas las cosas de primeros auxilios que se supone que debes hacer en una situación como esta, y aunque busco frenéticamente en mi memoria, no encuentro nada, así que no sé si debo hacerla beber algo; decido que lo mejor es no hacerlo.

—Iba al auditorio de la iglesia para ayudar a organizar todo para hoy en la noche. Es el servicio con villancicos y el coro de nuestra escuela va a cantarlos. Soy maestra y hay que poner sillas y fotocopias con las canciones. No puedes ser maestra si no sacas y ordenas sillas. Hay una caja con muérdago invernal y decoraciones en la cajuela que es necesario poner. ¿Te parece bien que una maestra diga groserías?

Cuando le digo que sí, ella dice «mierda» entre dientes varias veces, y suena como si un chorro de frustración y enojo arrastrara la palabra. Luego se disculpa, pero estoy contento de que la emoción la haya animado hasta estar alerta. Después recaemos en un momento de silencio y miramos los árboles y la nieve que cae de sus ramas cuando el viento las mueve.

Un halo frío de inmovilidad se propaga repentinamente entre los árboles; se siente absoluto y parece alcanzar justo nuestro límite.

—¿Puedes llamar a unas personas de mi parte? —me pide y cuando saco mi teléfono dice que no se sabe los números de memoria, que debo usar su teléfono—. Está en mi bolsillo, el que está más cerca de ti, si puedes encontrarlo.

Con cuidado meto mi mano en su bolsillo y hurgo hasta que encuentro el teléfono. Cuando la pantalla se abre hay una fotografía de ella con dos mujeres jóvenes que parecen sus hijas. Sus cabezas están juntas, el cariño y la felicidad las unen con fuerza, y por primera vez pienso que una *selfie* puede ser algo bueno. Me da la contraseña, me meto en sus contactos, encuentro el primer número que quiere que marque y sujeto el teléfono cerca de ella para que pueda hablarle. Está llamando a una colega y le explica que tuvo un

accidente, restándole importancia, pero le dice que quizá la lleven a un hospital como precaución, y que va a intentar que alguien entregue las hojas con los villancicos. Se disculpa varias veces. Luego me pide hacer clic en favoritos y llamar a su hija Emily, pero entra a buzón; no deja un mensaje.

—Emily es enfermera y tal vez está haciendo guardia, no quiero que me lleven al hospital y que me vea sin ponerla sobre aviso. ¿O qué debería hacer?

—Llamaré al hospital y les diré que es importante que hables con ella.

Busco el teléfono y mientras marco, un viento más fuerte peina los árboles, provocando que desprendan más de su aroma. Estoy escuchando un sistema automatizado de grabadora tratando de dirigirme al número correcto y estoy confundido porque ninguna de las opciones parece ofrecer la posibilidad de decirle a alguna de las enfermeras que su madre tuvo un accidente. Rosemary se anticipa a lo que está sucediendo y me dice que busque en su bolsillo una vez más y encuentre su cartera. En ella tiene una tarjeta con una línea directa a la sala donde Emily debería estar trabajando. Antes de marcar, me llama por mi nombre y cuando la miro se está conteniendo para no llorar y me pide intentar explicarle a su hija sin asustarla. Que si ella le habla tal vez se echará a llorar y las dos se van a poner mal. Le digo que lo entiendo y hago la llamada. Espero un par de minutos en la línea y después Emily contesta el teléfono.

—Hola, Emily, te estoy llamando de parte de tu madre. Primero que nada, ella está bien, está bien y tal vez sólo necesita un chequeo leve. Tuvo un pequeño accidente en el carro; no, ella está bien y va a estar bien. Le duele un poco la pierna, pero no cree que sea algo serio. Estamos esperando a que llegue la ayuda. Sí, yo estoy con ella.

Cuando miro a Rosemary, ella está asintiendo como para decirme que lo estoy haciendo bien y me hace un gesto para que le acerque el teléfono.

—Hola, Emily —dice ella, con una voz que de pronto se llena de alegría—. Me atonté un poquito y me salí de la carretera mientras conducía. No, estoy bien. Sólo me lastimé la rodilla un poco y quise decírtelo antes de llegar contigo en silla de ruedas convertida en tu siguiente paciente. Supongo que si me llevan a urgencias estaré sentada horas y horas con toda esa pobre gente que salió y se le patinó el carro. Al menos no debe de haber borrachos con quienes lidiar. No, no es necesario que llames a Julia y la preocupes. La llamaré cuando haya visto a alguien en el hospital y tenga algo que decirle. Sí,

está bien, tal vez puedas escaparte y verme en alguno de tus descansos. Sí, Emily, y no te preocupes, estaré en casa para cocinar ese pavo.

Antes de guardar el teléfono en su bolsillo me pide que ponga mi número en sus contactos para que pueda agradecerme, aunque le aseguro que no es necesario. Cuando le pregunto otra vez cómo se siente, me dice que la rodilla le duele, pero que las cosas pudieron haber sido mucho peores, así que tal vez tuvo suerte, después de todo. Pienso en lo cerca que estuve de seguirme de largo, pues iba concentrado en el mundo que hay dentro de mi cabeza, pero no digo nada. Me pregunta sobre Luke, qué está estudiando, y lo simplifico todo al hacerle creer que él es nuestro único hijo y la hago que me cuente más sobre sus hijas, consciente de que no llamé a pareja alguna.

—Emily está en su segundo año en el hospital. Le gusta, pero es cansado y no sabe por cuánto tiempo seguirá así. Odia sus guardias porque el número de doctores en turno no es suficiente, tampoco las camas y son muchos los borrachos que saturan el sistema. Una vez tomó una muestra de sangre y el tipo se quejó porque ella había dejado un poco de sangre en su playera de diseñador. Ha pensado en irse a trabajar al extranjero, aunque parece que el Brexit pudo haber truncado esa posibilidad en lo que concierne a Europa.

—Truncó todas las expectativas de nuestros hijos, si me lo preguntas.

—Casi todo el noreste votó para salirse, sesenta y uno por ciento en Sunderland. Newcastle, por un margen muy pequeño, para permanecer. Rompió mi corazón.

—Como vivimos en Irlanda del Norte podemos obtener pasaportes irlandeses, así que al menos tenemos libre acceso para viajar. ¿Y tu otra hija?

—Julia está haciendo sus prácticas profesionales, pagadas afortunadamente, aunque no muy bien, en una revista de moda en Londres. Llega a casa mañana y quiero estar ahí para ella, no quiero que llegue a una casa vacía. ¿No vas a llamar a Luke para contarle que vas un poco retrasado y para decirle que lo siento?

Le digo que pronto lo haré, pero no quiero arriesgarme a que ella alcance a escuchar la exasperación de Luke, así que lo pospongo por el momento. Ninguno de los dos quiere que nuestros hijos estén en casas vacías, y por un alocado segundo siento el impulso de contarle todo a esta extraña, hacer de esta zanja que va hacia un bosque silencioso mi confesionario, porque sin conocerla creo que podría entenderme, y sin importar la penitencia que ella

me impusiera, esta podría venir con la posibilidad del perdón, y correcta o incorrectamente creo que, en este momento suspendido y congelado en el que ambos aguardamos la llegada del futuro, no hay nada que nos separe. Nunca más volveremos a estar aquí y cualquier palabra que digamos quedará inmersa en los espacios silenciosos y llenos de nieve que acordonan los árboles. Recuerdo la película muda en blanco y negro sobre la expedición de Mallory y uno de los subtítulos finales que decía que si habíamos vivido y muerto en el corazón de la naturaleza, no podríamos desear una mejor tumba que un sepulcro de nieve blanca y pura. Si tan sólo pudiera poner aquella cosa en ese sepulcro de nieve blanca y pura. Me dan escalofríos. La miro y me mira.

—¿Estás bien, Tom? Parece que tienes frío.

—Tal vez debería irme y esperar en la carretera para que sepan en dónde estamos —le digo, temeroso de que las palabras se desborden de mi boca.

—No me dejes, por favor, no me dejes.

Ella estira la mano y no sé si es lo que quiere, pero la tomo y al principio su tacto es frío, aunque poco a poco se torna cálida. Después ambos nos soltamos y por un segundo creo que escucho a la ambulancia acercarse, pero me equivoco y de pronto la veo sonreír.

—¿Qué es tan gracioso?

—Es algo tonto, tonto en verdad, pero el coro iba a cantar una nueva canción esta noche. La hemos estado practicando durante semanas porque es muy complicada y en realidad ni siquiera es un villancico. Es un arreglo del poema de Robert Frost, *Una parada en el bosque en una noche nevada*, ese que dice:

A quién pertenecen estos bosques, creo saber.
Aunque en el pueblo se encuentra su casa,
no me verá detenerme aquí
para ver su bosque colmarse de nieve.

Y termina:

El bosque es bello, sombrío y profundo,
pero tengo promesas por cumplir
y un largo camino que recorrer antes de dormir,
y un largo camino que recorrer antes de dormir.

Asiento porque, aunque no podría recitarlo como ella, está alojado en mis recuerdos de los días de escuela.

—Cuando lo elegí no pensé que terminaría actuándolo —me dice y suelta una leve carcajada que se acerca a un sonido más bien penoso—. La vida siempre encuentra la manera de moverte el tapete. Al menos podré hacer bromas al respecto.

Luego hace un gesto de sufrimiento como si su risa le hubiera provocado una nueva dosis de dolor. Escucho una sirena todavía a la distancia, pero definitivamente la oigo, y le digo que están por llegar.

—Me siento tan tonta. Voy a sentirme en verdad avergonzada cuando lleguen aquí.

Mientras ella exhala más aire, le digo que no se sienta así, que le pudo haber pasado a cualquiera, y describo mi primer intento de empezar este viaje. Las sirenas se escuchan más cerca; la convenzo de que debo subir a la carretera para guiarlos y ella asiente. Así que trepo la ladera una vez más y piso la nieve hecha un lodo que marca mi camino, hasta que alcanzo la carretera justo a tiempo para detener la ambulancia. No muy lejos hay un camión de bomberos y de pronto un enjambre de hombres y mujeres bajan por la ladera hacia el carro. Los paramédicos entran primero para revisar sus heridas, le hacen algunas preguntas, le ponen un collarín y escucho que dos bomberos dicen que no parece necesario usar equipo de corte, pero no pueden mover el auto mientras ella esté adentro. A través de los radios llegan mensajes constantes y las luces de los vehículos hacen girar unas sombras azules en la nieve. Aparece una camilla y después de unos diez minutos, una vez que los paramédicos acaban su evaluación inicial, empiezan a sacarla del carro con cuidado y hacia arriba de la pendiente, y los bomberos la cargan sobre los hombros con delicadeza, subiéndola por la ladera a paso lento. Cuando pasa frente a mí me agradece y yo levanto la mano para despedirme; después la llevan a la parte trasera de la ambulancia y se va. Contesto algunas preguntas más que me hacen unos policías que llegaron, les doy mi nombre y dirección; al principio piensan que fui testigo del accidente hasta que les explico lo que pasó. Y sí, les digo, voy camino a Sunderland para llevar a mi hijo a casa desde la universidad. Agradecen mi ayuda, me desean suerte y quedo libre para irme.

Un largo camino por recorrer antes de dormir y tiempo para hacer las paces, pero cualquier deseo de ir mucho más rápido se ve sofocado por la imagen del carro de Rosemary volteado en la zanja. Espero que ella esté bien, que no tenga que quedarse en el hospital en Navidad y que su hija no llegue a una casa vacía. Es tonto, pero creo que debí haberme ofrecido a entregar los villancicos porque ahora, más que nunca, intentar hacer lo correcto parece tan importante como todo lo demás que existe, y tal vez lo correcto son justamente las pequeñas cosas que una persona puede juntar. Sin embargo, otra voz me dice que entregar hojas de villancicos no es un paso significativo para cualquier forma de resarcimiento y es sólo una distracción ante lo que realmente importa, que es regresar a mi hijo a casa sano y salvo.

Quiero entender qué es lo que llevó a Daniel cada vez más cerca del abismo. Cuando retomo el viaje trato de encontrar un nuevo camino sin señales, dar un paso en una nueva dirección guiado por la esperanza de que podría terminar con mejores respuestas. Pongo en silencio el GPS porque esta parte del viaje es directa y despejada y porque no quiero escuchar la voz ni quiero que ella escuche en caso de que haya cosas que yo pueda decir y porque tal vez, si lo intento muy en serio, será la voz de Daniel, y no la de ella, la que escuche, y podremos hablar aunque sea una vez como padre e hijo o al menos de una forma en la que nunca antes lo hemos hecho. Así que dejo el auto de Rosemary atrás en el camino, rebobino el tiempo y empiezo desde cero, en *tabula rasa*, en el momento previo a que las imágenes se plasmaran de forma indeleble. El momento que se aloja bajo la superficie de las cosas, antes de que las cosas sucedan.

Él siempre fue una sorpresa. Nació en el mismo año de nuestra boda, y no es fácil decirlo ni se me ha escapado de los confines silenciosos de mi pensamiento, pero ha habido momentos en que me he preguntado si soy su padre, porque mi imaginación ansiosa puede construir una serie de malos escenarios, y todos ellos involucran a Johnston Bailey. Tal vez he intentado usar eso como una ruta de escape, una abdicación de la responsabilidad. Porque si es verdad, entonces existe la posibilidad de que la genética, una predeterminación impresa en el ADN, pueda cargar con la culpa. Pero esa idea barata me avergüenza tanto que abro la ventana y me castigo con una ráfaga de viento helado contra la cara, y manejo así un tiempo antes de volver a

subirla. A veces pienso en José, futuro padre de un niño que no es suyo. En realidad no importa lo que le dijo su esposa, porque nada de lo que ella dijera podía tener sentido, y cuando el Ángel se le apareció en un sueño, ¿cómo pudo confiar en su recuerdo en la fría luz del día, sin preguntarse si sólo imaginó lo que él quería escuchar? Entonces María se convierte en la heroína, en el objeto sagrado de la veneración, y José se desvanece en las sombras para siempre. Sin embargo, recuerdo lo suficiente como para saber que la historia lo describe como un hombre bueno y, aunque no tenemos manera de saber si fue un buen padre para este niño que no era completamente suyo, creo que debió haberlo sido, incluso si llegó a creer en las palabras del Ángel y al hacerlo quedó para siempre separado de todo el sentido de la carne de su carne. Así que, si pudiéramos, creo que deberíamos sacarlo de aquellas sombras y hacerlo parte de la celebración del niño nacido en el pesebre y dejar que algunas de las luces que decoran nuestros hogares brillen para él.

Daniel se resiste a venir al mundo por tanto tiempo que el doctor piensa que tendrán que operar, pero parece que la posibilidad del escalpelo es lo único que lo asustará en la vida, porque casi de inmediato aparece. Oscuro de cabellos y ojos, se apresura a hacernos saber que sus pulmones funcionan y las enfermeras bromean sobre eso mientras lo limpian; lo entregan, y Lorna con toda razón se niega a que le tome una fotografía y se molesta por mi insensibilidad.

—No quiero una fotografía en la que me vea hecha un desastre. Habrá mucho tiempo más adelante, ¿por qué no lo miras con tus ojos aunque sea por una vez y no a través de la cámara?

Unos minutos más tarde me lo entrega y experimento la inexplicable sensación de tener en los brazos a mi primer hijo, trato de entender mi conexión con esta nueva vida y mi responsabilidad con ella. Así que si un ángel apareciera y me dijera: «Este ser que sostienes contra tu pecho viene del Espíritu Santo», tendría tanto sentido como cualquier otra cosa en ese momento. Pero míralo con tus propios ojos. Tiene las mejillas regordetas, sus pupilas son negras y oscuras, su piel está arrugada como papel mojado, su cara parece envuelta en plástico. Sus manos son lo más increíble, están esculpidas a la perfección y hechas de barro aún húmedo, así que cuando toco una con mi dedo temo que se deforme; después sus manos se sujetan a

las mías y nunca antes había sentido algo así ni he vuelto a sentirlo. Él nació en julio, una temporada de marchas y tambores, de discutir sobre de quién es una carretera u otra, y de encender fogatas enormes con camastros y llantas que emiten gases tóxicos. Cuando me voy del hospital, avanzada la noche, el aire es acre y el humo resbala, viscoso, por la garganta; el cielo está pintado con cortinas de humo que se tuercen y me hacen recordar cosas del pasado que no quiero que se entrometan en este momento especial. Las sirenas de los bomberos gimen por las calles y lo que entreveo una vez entre las casas, cerca de Sandy Row, es un fuego amarillo azulado que se desgrana y lanza su temblor contra las siluetas de los edificios más altos. La ciudad se convierte en un juego de sombras gigante, con imágenes vacilantes que se estampan en las paredes, y aunque supuestamente se trata de celebrar, todo está rodeado por una sensación de amenaza que me hace presionar el botón que cierra las puertas del carro. Espero que mi hijo esté seguro en los brazos de su madre, lejos de estos sonidos y de los cancerígenos que se elevan en espiral de las llantas que se queman y del odio que aún arde.

Claro que hay fotografías, más de las que les tomamos a nuestros otros dos hijos, porque así es con el primero. Todo se tiene que registrar en una especie de crónica evolutiva, como si un momento perdido fuera a dejar un vacío en nuestra memoria parental; sin embargo, ahora rara vez las veo y cada una de las diferentes fases se ha desdibujado, de tal manera que ya no puedo distinguir dónde empezó y terminó cada una. Todos los clichés inevitables están contenidos en esas fotografías: el niño que sopla las velas de su pastel de cumpleaños, la primera vez que chapoteó en el mar, de pie en nuestra puerta principal con su lonchera de plástico en la mano el primer día de clases. Un niño inteligente e intuitivamente más listo de lo que Luke jamás podrá ser, a quien realmente le fue bien en la escuela desde el principio, antes de que fuera necesario un sistema para complementar lo que llegaba de manera natural. No puedo pensar en Daniel de niño sin liberarlo de cualquier inmovilidad en la que se encuentra ahora y ponerlo a girar de una nueva manera. Así que lo veo escalando las barras de la cuna como un mero desafío para él; después lo fueron los árboles, los techos, el pabellón del parque donde puso su nombre y, una vez durante las vacaciones, por un túnel sobre las vías del tren, cerca de donde nos quedábamos. Lorna me dice que no podemos castigar a un niño por no tener miedo, así que nuestra

preocupación se aproxima a un orgullo implícito, pero si pudiera dar marcha atrás le diría que no es bueno carecer de miedo, que es peligroso no sentirlo, porque eso lo hará temerario toda su vida. Le diría que está mal confiar tanto en los insustanciales caprichos del aire como en los desvaríos impredecibles del equilibrio. Y le preguntaría de dónde viene eso porque no es de parte de su madre, y yo soy una persona reacia a los riesgos; en días recientes me atormenta un sueño recurrente en el que camino un largo tramo de un lago congelado, esperando que se agriete a cada paso.

—¿Así que de dónde viene eso, Daniel?

Le pregunto, pero él no puede ser convocado ni doblegado por mi voluntad ni la de nadie más. Sólo escucho el sonido del aguanieve bajo las llantas del carro y observo la fina nieve que salpica la camioneta blanca que va enfrente y que me hace prender los limpiaparabrisas, pero me arrepiento y por un momento miro con pesimismo el mundo a través de un parabrisas manchado. Después lo limpio para ver un tractor en el campo y a un granjero echando forraje desde el tráiler. En las noticias locales de la televisión han salido historias de granjeros que buscan a sus ovejas perdidas, hombres duros con el ceño fruncido y las caras curtidas por el clima que de pronto sufren una pérdida que obviamente va más allá de lo económico. Uno encontró a una oveja que sobrevivió en una grieta de un muro de piedra gracias a que encontró una bolsa de aire, su perro ladraba y saltaba emocionado alrededor de los pies del granjero, mientras él empuña la pala y con un movimiento final libera la cara negra y confundida. Si hubiera sido un mejor padre hubiera encontrado a mi hijo cuando aún estaba a tiempo y lo habría rescatado. Eso es lo que sé y lo que no puedo ignorar, sin importar cuánto desee hacerlo. Los cuervos vuelan bajo y a la deriva sobre el tractor, con la esperanza de que quede algo que puedan salvar. ¿Dónde encontraron refugio los murciélagos que huyeron de nuestro humo, tartamudeando sombríamente hacia el cielo nocturno? De alguna manera en la noche de su nacimiento, mientras me alejaba del hospital, el batir de sus alas se confundía con las estelas que agitaban el cielo, pero ahora sé que no fue así y que fue después de lo que pasó cuando esos dos eventos se empalmaron. Esa es una de las cosas más difíciles cuando trato de pensar, porque el tiempo ya no se queda en orden cronológico, como las fotografías que le tomé mientras crecía hacia su niñez, y en su lugar brinca hacia atrás y hacia delante; eventos

posteriores están supuestamente señalizados por unos anteriores, lo que en su momento desconocía por completo, porque siempre estoy buscando un patrón que imponer al caos. Hay una suerte de intento de trabajar con el Photoshop interno sobre algo deliberadamente borrado porque punza como un papel que corta cada vez que permites a la mente tocarlo, y otras situaciones se realzan con un significado que tal vez nunca tuvieron al principio, o porque la memoria permite hacer afirmaciones de bondad o transferir la culpa a cualquier otro lado.

Lorna y yo nunca nos culpamos entre nosotros, compartimos la culpa en la misma medida, aunque algunas veces quitamos peso de los hombros del otro cuando la carga es muy pesada, y tenemos pequeñas secuencias de frases que ahora son casi como un guion de vida que nos sirve como salvavidas para tratar de evitar que nos demos por vencidos. Sabemos que no podemos dejarnos caer porque aún tenemos que cuidar a Lilly y a Luke. Pero también hay momentos en que lo que nos decimos no nos alcanza y caemos en un ritual casi competitivo de autoacusaciones; después tratamos de escapar de la ruta hacia donde eso nos conduce, encontrando otras cosas y personas a quienes culpar. Estos momentos son los peores para mí, porque me encuentro haciendo eco de lo que Lorna dice, cuando sé que si fuera más fuerte y una mejor persona le diría la verdad y me atendería a las consecuencias, pero no puedo hacerlo porque ya he perdido demasiado y no puedo arriesgarme a perder más.

Paso por árboles ligeramente escarchados de nieve que se ven como si simplemente hubieran ignorado las nevadas más pesadas; en el campo, los niños van en trineo por su camino preferido, y cuando pasan por la pendiente esta queda brillante; un camión estacionado al lado de la carretera, de cuyo motor emana una niebla vacilante y de cuya carrocería caen restos de nieve deshecha. Me digo que lo haré después de Navidad, tomaré los riesgos necesarios para lograrlo, trataré de encontrar las palabras correctas para que ella sea capaz de entender que hice lo que hice porque quería protegernos a todos nosotros, más que nada. Pero la idea me asusta y siento la necesidad de hablar con Luke, de saber que está bien y decirle que voy en camino, que quizá ya pasó lo peor del viaje.

Me contesta enseguida y me pregunta si todo está bien, por un segundo siento pánico y me pregunto si él puede presentir lo que estoy pensando y

sintiendo.

—Todo está bien. Me retrasé un poco por un accidente, pero voy en camino.

—¿Fue grave?

—No mucho, alguien que se salió del camino y cayó en una zanja.

—¿Entonces las carreteras siguen mal?

—Las principales están bastante bien, las limpiaron, y el tránsito ha hecho que quede pura aguanieve, pero las carreteras secundarias todavía son muy difíciles de manejar.

—Pero vas a seguir por las carreteras principales, ¿no?

—Sí, todo el tiempo. ¿Te acuerdas que una vez me preguntaste por qué le llamamos costa a la costa, cuando pudimos haberla llamado de otra forma?

—No —me dice y el tono de su voz sugiere que sólo se trata de una historia que inventé para avergonzarlo, así que lo dejo pasar—. He estado escuchando el CD de The Great Lake Swimmers que me regalaste en mi cumpleaños y creo que es muy bueno.

—Qué bueno que te gusta. ¿Y cómo te sientes?

—No tan mal. Estoy contento de ir a casa, pero no me muero por subirme al barco. Espero que no se mueva mucho. ¿Lo hizo cuando venías?

—Todo tranquilo. No pasará nada.

—Entonces, ¿cuánto tiempo crees que falta para que llegues?

—Como una hora. Tápatelo bien y te mando un mensaje cuando esté ahí —casi agrego: «Justo como cuando te recogía en la casa de Amber», pero no lo hago—. Y, Luke, llama a tu mamá, dile que no estoy lejos y que ya te sientes mejor. Estarás contento de saber que ella me dio todas las medicinas y pastillas de la casa para que te las tomes.

—Ya tengo un instructivo por escrito.

—No dudo que sea muy detallado.

Esta exasperación compartida y fingida, ante los insistentes cuidados maternos de Lorna, crea un sentido de cercanía entre nosotros, pero en el fondo ambos estamos agradecidos y nos sentimos protegidos por ella. Cuando la llamada termina manejo un poco más rápido, pero dentro de los límites de seguridad, y me pregunto de qué hablaremos en el viaje de regreso, también me pregunto si alguna vez volveremos a hablar de Daniel. Nunca ha pasado y no sé si sería algo bueno o malo provocarlo, pero decido

que estaría mal forzarlo y que debería esperar a que él esté listo para hablar, sin importar cuándo sea eso. De todas formas no sabía qué decir, como no supe qué decir la noche en que Luke estaba en su cuarto después de que Amber terminó con él, y necesito estar seguro antes de que el momento llegue. No ayuda que nunca sé lo que Luke está pensando en realidad, pues después se encerró en un aislamiento más profundo; en la superficie era casi indiferente a los eventos externos a los que teníamos que entregarnos, y si le preguntábamos si estaba bien se enojaba y se recluía atrás de la puerta cerrada de su cuarto. El silencio que venía de su habitación fue lo más difícil de soportar, porque si, como siempre, hubiera escuchado el sonido de la música, por sus elecciones habría sabido qué estaba pasando por su cabeza. Pero no había nada, sólo un silencio tan desconocido como inusual, junto con la puerta cerrada que nos dejaba fuera y por la que era imposible entrar, sin importar lo mucho que quisiéramos hacerlo.

La primera vez que Daniel se fue de casa tenía ocho años. Había tratado de convencernos de tener un perro, pero como Lorna y yo trabajábamos todo el día, decidimos que no era buena idea y le dijimos que lo tomaríamos en cuenta cuando él fuera mayor y pudiera cuidarlo. Pero incluso en ese momento se portaba como un niño con poca paciencia, de la mucha que se necesita en la vida; además, su bajo nivel de concentración lo hacía ir de una cosa a otra, y sin importar lo mucho que trabajamos con él, eso en realidad nunca cambió. Así que quería un perro, pero supusimos que en poco tiempo perdería el interés en él y se enfocaría en algo más. Pero lo tomó a mal, nos aseguró varias veces lo comprometido que estaría con él, que lo sacaría a pasear, lo alimentaría, haría todo lo que un buen dueño debe hacer y que nosotros también resultaríamos beneficiados porque sería un perro guardián y así nunca nos robarían la casa. Logró que Luke se sumara a su causa y cuando fue claro que no nos había convencido se fue y dejó una nota que decía que iba a conseguirse un perro. Lo encontramos en el parque infantil, sentado arriba de una resbaladilla con una cuerda para perro cuyo origen nunca descubrimos. La expresión de su cara era un intento de máscara de antipatía que no fue capaz de ocultar su alivio cuando nos vio. Su deseo de un perro vino y se fue justo como pensábamos que lo haría.

Pero nos dimos cuenta de la capacidad de nuestro hijo de ser... No sé si es la palabra correcta, pero podría ser ingobernable. Una palabra rara.

Cuando piensas en ella, debería referirse a algo bueno, indicar fuerza interior; sin embargo, cuando la usamos pensamos en necesidad, en obstinación, en alguien que actúa sin pensarlo demasiado.

Imprudente, supongo.

Enciendo el GPS. No quiero perderme cuando estoy acercándome cada vez más y me dirijo a esa secuencia de carreteras con curvas sin fin. Quiero escuchar una voz que me diga qué camino tomar porque eso es lo que necesito ahora. Alguien con poca comprensión de las consecuencias, así es como tal vez empezamos a pensar en Daniel. Algunas veces miro a Lilly con atención y ha habido ocasiones en que se da cuenta y quiere saber qué estoy viendo, y yo digo algo como «A mi niña favorita» y, si está haciendo caras, digo «No sé, pero eso me está viendo a mí», pero en realidad estoy tratando de encontrar alguna señal del futuro en su cara, para ver si hay cualquier cosa por la que debemos preocuparnos, algo que se pueda prevenir. En la escuela, casi todo se fue gradualmente al carajo para Daniel justo en el momento en que era importante que hiciera bien las cosas. Su arte fue lo único que sobrevivió a aquel declive, y en parte creo que fue gracias a su maestra, la misma profesora Clark que le dio clases a Luke. Ella creyó en él y estoy agradecido por ello, pues cada vez que él habría estado feliz de renunciar, ella lo disuadía y lo atosigaba para que terminara el curso y nunca se alteraba, era más probable que se echara a reír por sus travesuras a que se enojara. Jamás perdió la paciencia y no le puedes pedir más a una maestra. Después me mandó una parte de la obra de Daniel y nos pidió permiso para quedarse con un par de piezas que ella apreciaba en especial. Algunas veces los padres donan tazas como expresión de gratitud o hacen homenajes a quienes se han ido, pero para la escuela habría sido penoso tener un día de premiación a los mejores promedios con el nombre de Daniel, así que al final simplemente le enviamos a la profesora Clark una tarjeta de agradecimiento y en el último momento incluí una copia de la foto que le tomé en su primer día de clases.

Hemos mirado su trabajo muchas veces. En ocasiones juntos; otras, por separado. Una vez encontré a Lorna de rodillas en el cuarto de Daniel, sus manos se movían suavemente sobre todas sus cosas, como si se tratara de una suerte de braille y como si mediante su tacto ella fuera capaz de leer algo que pudiera encontrarse ahí. Hay libros de bocetos y trabajos con diferentes

temas que nunca nos enseñó, pero la pieza central son tres retratos de un anciano que la profesora Clark enmarcó y resultaron ser lo suficientemente buenos para que los exhibieran en la exposición de fin de año. Él nunca fue con nosotros a verlos, nunca vio lo orgullosos que estábamos. El primero de esta serie de tres es un retrato realista de un hombre sentado en su mecedora; el segundo tiene la misma cara, pero con una expresión ligeramente diferente y su cabeza está rodeada por un *collage* hecho con Photoshop que representa sus recuerdos, y parecen ser buenos, en especial los de su niñez. El tercero tiene la cara oscurecida y tal vez el miedo salpica sus ojos; esta vez las imágenes del *collage* son perturbadoras: una lápida, una mujer que llora, una casa en llamas. Las veo con frecuencia, pero trato de resistir a mi necesidad de leer cosas en ellas, de torcer las imágenes para que se acoplen a la interpretación que atravesase mis pensamientos del momento. Algunas veces creo que el anciano tiene la mirada de mi padre, así que quizá es un poco como yo, pero Lorna me dice que me lo estoy imaginando, y yo soy feliz de creerle.

Si hiciéramos un *collage* de tu infancia, Daniel, habría muchas cosas buenas para formar un halo alrededor de tu cabeza; por momentos vuelvo a ellas y trato de infundirles algo de calidez. Pero hoy no hay tiempo para eso, sólo intento identificar el inicio, y eso difiere del momento en el que Lorna y yo nos dimos cuenta de que estábamos perdiéndote, porque debió haber sido antes de eso. Tal vez ni tú sabes el cuándo, el dónde y el cómo, así como no pudiste dar una razón de nada de lo que pasó, casi como si las cosas hubieran sucedido sin razón ni sentido y tú hubieras sido más que nada un espectador, un testigo desconcertado ante tu propia vida. Algunas veces sonreías o encogías los hombros como si lo que pasaba fuera inescrutable o tuviera apenas una vaga conexión contigo, de manera que nunca fuiste completamente responsable de ello. Siempre poseíste la ventaja de tener el llamado encanto, cierta ligereza en tus ojos, y tu cara nunca tuvo la expresión taciturna que los adolescentes prefieren. Fue mucho después, cuando estabas por completo involucrado, cuando estabas rebasado y fuiste incapaz de dar marcha atrás hacia el que alguna vez fuiste, que dejaste de sonreír y una de las cosas más tristes fue que cuando más conciencia tuviste de lo que estaba ocurriéndote, también fuiste menos capaz de salvarte a ti mismo. Tal vez te pasó como a aquellos dos hombres que cayeron al vacío de aire congelado,

con todo anclado en ese movimiento final en el que las manos no pudieron encontrar asidero. Algunas veces pienso que ni yo ni nadie más habría podido salvarte, encontrarte ni liberarte, porque no fuiste capaz de permitirme hacer, ni a Lorna, ninguna de las cosas que pudieron haberlo hecho posible. Sin embargo, este pensamiento se arruina con la imagen del granjero que nunca se da por vencido, cavando con su pala al ritmo de los ladridos de su perro, y la manera en que sus manos hundidas hasta el fondo sacan a la oveja de cara negra de su lugar de entierro. Algunas veces me digo que te apartaste y permaneciste oculto porque nos amabas a los dos o que querías que pensáramos en ti como fuiste alguna vez, pero tampoco me convence este intento de reconfortarme, porque sé que al final no fuiste capaz de pensar en nadie, ni en mí ni en tu mamá ni, en especial, tampoco en ti.

¿Por qué lo querías? En mi época necesitaba cosas diferentes, pero más que nada amor para ahuyentar a la soledad y a la tristeza, ante las que ahora sé que soy vulnerable. Sin embargo, nunca, ni por un momento, pensé en encontrar respuesta a mis ansias en algo más que no fuera otra persona, así que me cuesta trabajo entender lo que motiva a quienes piensan de forma tan distinta.

Lo que quiero de mi cuerpo es permanecer lo suficientemente enfocado y equilibrado para llevarme a través de cada uno de mis días, por lo que la sola idea de tomar voluntariamente cualquier cosa que pudiera afectarlo me llena de confusión.

—¿Por qué lo necesitas? —te pregunté una vez en una de las últimas conversaciones que intenté tener.

—No lo necesito —contestaste con todo el alegre autoengaño de una persona que no cree necesitar ayuda porque piensa tener todo bajo control. Al final eso fue lo que te destruyó, porque justo desde el inicio (en los experimentos que hiciste con cosas a veces legales, antes de tu último tropiezo y caída) siempre creíste poder mantenerte en equilibrio, con los pies sobre la tierra. Caminar por aquella cuerda tan alta y jamás resbalar.

Ahora pienso que, en lugar de aquello, debí haberte preguntado «¿Qué necesitas?», porque si hubieras sabido la respuesta podríamos haber tratado de encontrarlo y no hay nada que no hubiéramos hecho para ayudarte en esa búsqueda. Pero ¿qué tal si no se trataba de que creyeras que nunca ibas a

caerte, sino que ya no te importaba caer? No puedo pensar en eso sin aventurarme en un territorio de sufrimiento que va a generarme daños colaterales, así que le doy la espalda.

Las mentiras y las ausencias se convierten en el patrón de nuestros días. Lorna odia las mentiras porque tiene un estricto sentido moral y no puede evitar enojarse por esta desviación intencional de la verdad. Nunca me siento con el derecho de juzgar porque sé que las mentiras casi siempre son cosas que decimos para evitar el dolor, ya sea a nosotros mismos o a alguien más. Sin embargo, también sé que sus consecuencias son impredecibles y no tenemos manera de controlar adónde nos llevarán al final. No obstante, estoy consciente de otras cosas al estar sentado contigo en la estación de policía. Es la primera vez que estoy en una, tienes dieciséis años y estamos en una sala de espera que da la impresión de ser una sala de urgencias, con sus sillas de plástico y pisos magullados con una preponderancia de marcas oscuras de tenis y pósteres que nos exhortan a reportar una serie de crímenes, como la violencia doméstica, y nos recuerdan una serie de responsabilidades cívicas. Hay uno de caridad, que incluye un teléfono para la prevención del suicidio, y mientras nos sentamos con un grupo de personas que evitan verse a los ojos entre sí, pienso que en realidad es una sala de urgencias alternativa, y que gran parte de las personas que vienen aquí fueron dañadas de alguna forma y necesitan ayuda.

Lorna y yo estamos esperanzados en que vamos a recibirla, porque no nos ha ido bien últimamente y porque no tenemos un castigo serio que imponerle a un chico de dieciséis años que rompe las reglas que ponemos y cruza los límites que tratamos de definir. Así que nos sentimos un poco desamparados e inseguros sobre qué hacer en cuanto a tus mentiras y ausencias. Incluso en ese entonces ya habías empezado a usar tu casa como una escala donde no dabas nada de ti mismo, siempre estabas de paso. Así que ahí nos sentamos esperando a que te encontraras con una autoridad y recibieras una advertencia formal por beber sin ser mayor de edad y por comportamiento antisocial. No sé si estamos más molestos por el hecho de que bebieras o porque pensaras que sólo te divertías al aventar huevos a la casa de un anciano pensionado que tuvo la osadía de regañarte por el alboroto que estabas armando. Lo que tu madre y yo necesitamos más que nada es ver algo en ti que se parezca al remordimiento y, si no podemos

verlo, entonces queremos que sea miedo lo que te provoque estar cara a cara con la policía.

Veo la expresión de tu cara, pero no puedo leer nada en ella y quiero sacudirte cuando veo que empiezas a jugar con tu teléfono, aunque Lorna te dice que lo guardes con una dureza tal en su voz que algunas de las cabezas de la sala de espera voltean.

Hay un hombre vestido con ropa de piel para motociclista, trae su casco en la muñeca como si fuera un brazalete; una pareja parece reflejarse una en la otra, igualmente obesas, ambos visten pants grises que combinan e incluso las manchas en estos coinciden; un hombre mayor que sujeta una carta de manera tal que podría estar ofreciendo una explicación pública por su presencia, y una mujer joven que no suelta el teléfono, con lo que parece un ojo morado bajo su espeso maquillaje. Los policías que llegan a la estación nos miran a todos por encima con desinterés antes de desaparecer por un corredor. El oficial en el escritorio los saluda con una leve inclinación de la cabeza y hace su mejor esfuerzo para no hacer contacto visual con ninguno de nosotros.

Finalmente nos llaman y nos llevan a un cuarto de entrevistas, donde una policía tan joven que podría ser tu hermana te pregunta si puede llamarte Danny, y aunque dices que sí, nosotros pensamos que debería decirte Daniel; luego con calma resume las futuras consecuencias de tus acciones, las implicaciones potenciales para tu carrera y tu vida, pero eso no es lo que esperamos. Lorna y yo nos miramos decepcionados porque sabemos que eso no te está llegando más allá de lo superficial, así que quizá la engañes a ella con la seriedad de tu cara y la manera en que asientes con la cabeza, pero nosotros ya lo hemos visto antes y no caemos en el engaño. Pero ¿qué queríamos de esta plática? ¿Que te gritara y que te enseñara la cuerda del verdugo? ¿Que ella te tomara por el cuello y te sacudiera hasta hacerte entrar en razón y asumir tu responsabilidad para con los demás? No lo sé, pero mientras manejamos a casa en silencio, caigo en la cuenta, por completo y por primera vez, de que no recibiremos ayuda y que todo recae sobre nosotros, así que cuando Lorna y yo nos vamos a dormir, tratamos de decirnos que es una fase que muchos chicos atraviesan, que saldrás bien librado y que todo estará bien. Todo va a salir bien. Es una especie de estribillo que nos cantamos mutuamente, algo que nos arrulla para dormir

mejor.

Pero las cosas nunca están bien y aunque no los traes muy seguido no sé quiénes son esos nuevos amigos, excepto que no son de la escuela, y pese a que trato de no juzgar, no me gusta su apariencia. ¿Y me preguntas cuándo me di cuenta de que estabas robando? Al principio del verano, algunas semanas después de que dejaras la escuela por última vez, bajé por la noche y te encontré en la cocina. Tengo el sueño ligero, así que te escuché llegar y cuando me miraste lo supe. Había algo en tus ojos, algo diferente a todo lo que hubo antes, me veías de una forma alterada y sentía que algo nos separaba, algo que iba más allá de la distancia normal entre padre e hijo. Estaba tan asustado que no pude preguntarte nada, porque si lo hubiera hecho y me hubieras mentido habría tenido la certeza, y en ese momento no sabía cómo lidiar con eso. Supongo que te diste cuenta de lo que vi, porque empezaste a quedarte con tus amigos más seguido, a llegar a casa a dormir y a cambiarte de ropa. Venías a casa a robar.

Lorna registró tu cuarto, lo peinó con cuidado, pero no encontró nada, aunque al igual que yo no sabe nada de drogas y quizá no habría podido reconocer hallazgo alguno. Sin embargo, creo que ella sabe mejor que nadie, con su instinto maternal, de los cambios en la apariencia de su hijo, en su apetito, en su rutina. Tus objetos de valor van desapareciendo poco a poco y nos dices que los estás guardando con unos amigos porque quieren compartir un departamento en Belfast cuando entres a la escuela de arte, porque has logrado entrar ahí gracias a la solidez de tu portafolio, y por un breve tiempo encontramos en ello una mejor esperanza para el futuro. Sin embargo, también desaparecen otras cosas, cosas que no te pertenecen, dinero, objetos pequeños cuya ausencia crees que no notaremos al principio y que puedes transformar en efectivo. Pero nada de eso importa tanto como lo que desaparece en ti. Me escuchaste bien, Daniel: nada de eso importaba tanto como lo que perdimos de ti. Así que ¿quién eres ahora?

Quédate a mi lado y mírate en el espejo. Mira tu piel grisácea y mira cómo estás tan delgado que la ropa cuelga de tu cuerpo, y tus ojos, aquello que jamás podrías ocultar, están enrojecidos, tus pupilas están contraídas y, a pesar del peso que has perdido, tu cuerpo es una carga que arrastrar. Ve que hay algo pesado dentro de ti, algo oculto para nosotros, pero que llevas cargando y sabemos que está ahí.

Las ausencias se hacen más largas. Casi nunca contestas nuestras llamadas. Ambos esperamos a que llegue una noche en que vengas a casa, y nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina con la luz apagada, nuestras tazas de té ya frías, y algunas veces nos tomamos de la mano para darnos fuerza. Cuando nos quedamos en silencio escucho una polilla que aletea frente al vidrio buscando entrar, el goteo de la llave, el sonido de un auto a la distancia. La única luz que se filtra es la del pasillo, así que al principio no nos ves y te sobresaltas un poco cuando tomas un vaso para llenarlo de agua.

—¿Dónde has estado? —pregunta Lorna.

—Salí con unos amigos, ¿qué tiene de malo?

—Tú estás mal. Eso es lo malo, Daniel —contesta ella—. Ahora siéntate porque necesitamos hablar contigo. —A una parte de mí le da gusto que ella tome la iniciativa—. No podemos seguir así. Vienes, te vas y nosotros sabemos que has cambiado y no en el buen sentido. Creemos que puedes estar usando cosas, cosas que no son buenas para ti.

—¿Qué cosas? —preguntas simulando, de manera poco efectiva, una confusión que con trabajo te convence a ti mismo, cuando encoges los hombros puedo ver tus omóplatos huesudos subir y bajar bajo tu camiseta. Levantas el vaso para llevártelo a la boca y muestras tus muñecas esqueléticas.

—No somos tontos, Daniel. ¿Por qué no eres sincero con nosotros? Haremos todo lo posible para ayudarte.

Miras la mesa. Yo también la veo. Es la misma mesa en la que hemos compartido toda una vida de comidas, donde hemos jugado a las cartas y hemos hecho tareas. Es la misma mesa sólida que nos ha anclado, alrededor de ella todos nos hemos sentado, así que dejémosla ser el tablero sonoro de la verdad. Pero ahora tú tienes otros objetos sagrados y no estás listo para renunciar a ellos.

—¿Creen que me estoy drogando, que soy un drogadicto? —preguntas actuando la indignación un poco mejor.

—Nadie está diciendo que eres un drogadicto. Nadie está diciendo eso, pero has cambiado y estamos asustados porque no sabemos qué está pasando.

—No está pasando nada. Sólo salgo con unos amigos, tomo un par de cervezas, jugamos videojuegos, como lo hace medio mundo.

—Si estás en problemas podemos ayudarte —digo.

—No sé de qué están hablando, unas cervezas no le hacen daño a nadie.

—No estamos hablando de algunas cervezas —dice Lorna—. Has bajado de peso, no comes bien y has cambiado. No me da buena espina, Daniel.

Ella estira su mano a lo largo de la mesa para tomar la tuya, pero tú no abres tu mano para recibirla. En ese momento pienso en los dedos esculpidos que tanto me cautivaron la noche en que naciste y cómo sujetaron mi mano.

—Tu mamá está preocupada, yo también, y Lilly te extraña. Siempre está preguntando dónde estás y cuándo vas a regresar a casa. En verdad quería que la vieras en la obra de teatro de la escuela.

—¿Qué le dijeron?

—Que habías tenido que ir a la escuela de arte para presentarte a una entrevista.

—La compensaré —dices y me alegro, aunque sé que en ese momento me aferro a cualquier esperanza que se me ofrezca. Si pudiera, rebobinaría los años hasta que estuviéramos sentados alrededor de esta misma mesa jugando a Las Familias, tratando de hacer que las nuestras estuvieran completas al dar y recibir de una manera honesta.

Te paras, llevas tu vaso al fregadero, nos dices «buenas noches» y nos dejas sentados en la mesa, Lorna apenas es capaz de contener las lágrimas hasta que escuchamos tus pasos en las escaleras. Ausencias y mentiras durante todo el verano y ya ni te molestas con Luke, porque te conviertes en poco más que una sombra que se mueve por la casa y luego se desvanece en días perdidos. Esa sombra enfría la casa, hace que cada uno de nosotros nos volvamos hacia dentro, porque no sabemos cómo estar a tu alrededor ni cómo hablar de ti cuando no estás. Lilly es la única que trata de ponerlo en palabras, pero le es difícil encontrarlas y llega a comprender que lo que sea que está pasando se debe agregar a la lista de las cosas para las que los adultos no tienen respuesta.

Creo, Luke, que hubo un tiempo en que lo admirabas sin que lo consideraras un héroe, e incluso cuando esa admiración se desvaneció, al final de tu adolescencia, sigues siendo leal, así que cuando te pregunto sobre tu hermano simplemente encoges los hombros sin asumir responsabilidad

alguna y es obvio que no vas a delatarlo ni tienes opiniones que puedas o quieras compartir. No recibimos mucha ayuda práctica de las organizaciones a las que nos acercamos, más allá del tipo de consejos que leemos en internet, porque tiene que ser nuestro hijo quien se acerque a preguntar y eso no va a pasar. Así que, Daniel, debe ser tu iniciativa y nada es posible a menos que tú lo quieras. Sólo una vez creo en la posibilidad de que eso pase, y es una mañana, al final del verano, cuando puedo sentir el primer descenso lento de la estación hacia el cambio; tengo que ir a la costa norte para tomar las fotografías de un nuevo folleto turístico por el que concursé y gané, tal vez porque ofrecí cobrar la mitad de la tarifa normal, y me preguntas si puedes ir conmigo. Así, de la nada, me preguntas si puedes venir. Antes de que podamos detenerla, Lorna empieza casi a cantar y hablar sobre hacernos sándwiches, hasta que la convengo de no hacer tanto alboroto y de que comeremos algo en el camino. Entonces ella entiende el riesgo de quebrar la fragilidad de la decisión del momento y nos deja ir sin fanfarrias.

Estamos en el carro, en el carro juntos, Daniel, y lo único que no voy a hacer será hablar, a menos que tú quieras hablar de algo, y si no quieres hacerlo no importa. Así que al principio sólo vamos manejando y después empiezas a ver la música que hay. Cuando encuentras el CD de Johnny Cash te ríes, pero te digo que no es lo que esperas e insisto en poner la canción *Hurt*, que de pronto se convierte en lo más triste que haya escuchado jamás; tengo que mirar para otro lado y obligarme a no llorar.

Sé que también la estás escuchando, pero no sé en qué estás pensando hasta que es demasiado y siento alivio cuando termina. No he vuelto a poner esa canción otra vez. No puedo ponerla en lo que me resta de vida.

—Podríamos poner algo más animado, como The Smiths —digo y casi vuelves a reír.

Los he escuchado de vez en cuando a través de la pared de Luke por no sé cuántos años. Tristeza a la medianoche.

—A mí me gustan. Es una buena banda para un hombre que sufre por las preocupaciones.

—¿Qué preocupaciones?

—Por todo lo que pasa en este mundo —no digo más y me arrepiento porque pudo haber sido una forma de admitir que tengo defectos y soy vulnerable, pero trato de seguir y no rendirme a la tentación de darme por

vencido.

Revueltas los CD y pones a The National. Digo que es una buena elección y sonríes cuando señalo que cuando él canta «*racing like a pro now*», por un año creí que decía «*racing like a pronoun*».² Nos detenemos en los Dark Hedges y trato de tomar una fotografía evocadora que no incluya turistas, autos estacionados ni maquinaria de granja en el camino, pero eso es casi imposible. Tomas algunas fotos con tu teléfono y entonces nos dirigimos al puente colgante de Carrick-a-Rede, que conecta tierra firme con una pequeña isla, y en el que necesitas tener buena tolerancia para las alturas. No estoy cómodo con esa estructura angosta y movediza, pero tú caminas a lo largo de ella, te detienes en medio y miras hacia abajo, como todos los turistas japoneses que te rodean y se toman fotos con sus cámaras y teléfonos montados en *selfie sticks*, como si estuvieran sujetando varitas mágicas y lanzaran hechizos sobre ellos mismos. Tomo una fotografía tuya mientras vas caminando más adelante, pero me ves y sacudes la cabeza para que no lo haga y espere hasta que ambos lleguemos a la isla y hagamos las tomas. Pides tomar una, te explico cómo usar la cámara, te la doy y no quiero que el momento termine. Después, cuando voy de regreso y evito mirar hacia abajo deliberadamente, unas personas que se están tomando *selfies* bloquean mi camino y de pronto siento que tengo que bajarme del puente y poner mis pies en tierra firme, así que paso rápido por esa parte y te da una risa que es más dulce que cualquier música.

—Así que les temes a las alturas —me dices ya en el carro, como si te complaciera descubrir una debilidad en mí.

—No les temo, me incomodan. Pero a todas las personas les da miedo algo. Tu madre no soporta las arañas. Cuando hay una en la tina tengo que sacarla y no es suficiente abrir la llave para que el chorro de agua se la lleve por el desagüe, porque ella dice que puede subir otra vez.

Trato de preguntarte sobre la escuela de arte y si estás emocionado de ir, pero no logro ningún tipo de respuesta que muestre interés. Sabemos que hay otro tema que invade el carro con pesadez y del que no hablaremos, a menos que suceda algo que nos tome por sorpresa. Tomo fotos en un par de ubicaciones más, después nos detenemos en un puesto de pescado y papas fritas y comemos sentados en el auto frente al mar.

Hay un grupo de adolescentes que están aprendiendo a hacer

paddleboard, y algunos de ellos tienen dificultades para mantenerse a flote y caen al agua a los pocos minutos.

—Debe ser más difícil de lo que se ve —dije.

—Siempre quise surfear.

—¿Y qué te detiene? Tal vez serías bueno en ello —te digo acogiendo la idea de una afición y pasatiempos futuros—. Aquí hay lugares donde dan clases, alquilan las tablas. Puedo investigar si quieres.

Pero niegas con la cabeza como si la sola idea de pensarlo te pesara, y después te hundes más en tu asiento, subes la temperatura de la calefacción y nos dirigimos a Giant's Causeway, donde pretendo generarte algún entusiasmo por lo que siempre he considerado un aburrido montón de piedras. Empiezo a preguntarme por qué me pidieron hacer este trabajo, cuando ellos podrían descargar muchas fotos genéricas de algo que se ha fotografiado miles de veces. Trato de encontrar un ángulo semioriginal cuando volteo hacia donde estás, sobre un farallón que sobresale hacia el mar. De pronto te ves insoportablemente pequeño de cara a esa inmensidad y te llamo, pero tu nombre se pierde en el viento que arrecia. Te pones tu capucha y cuando te veo temblar, me impregna un miedo indescifrable, un miedo por ti y por todos nosotros. Cuando volteas es para preguntarme si ya casi acabo, y me doy cuenta de que el día ya terminó y sin importar qué hubiera esperado, no va a suceder.

¿Qué pensabas cuando mirabas el mar? Dímelo ahora, Daniel. ¿En nada más que la frialdad filtrándose en tu piel? Me duele pensar en ello porque no puedo hacerlo sin verte rodeado de una soledad que no podía quebrantar. Ahora en mis sueños, cuando te llamo por tu nombre una y otra vez, mi voz se ahoga en el viento y en el impaciente e incesante lamento del mar. Más tarde no vuelves a casa, sino que de regreso a la ciudad me pides que te deje cerca de la universidad y no me voy sino hasta que te pierdo de vista.

En el auto, el teléfono suena pero no lo contesto. No estoy listo para hablar con nadie y ya comencé la parte más complicada del viaje, que me lleva por autopistas, una serie de carreteras que me permiten rodear Newcastle hacia Gateshead. Estoy agradecido de escuchar una vez más tu voz tranquilizadora, pues por un momento se lleva algo del vacío del carro que ni la música puede

llenar.

Quizá no son las mejores fotografías que he tomado en mi vida, pero trato de aferrarme a las imágenes más importantes de aquel día: nosotros dos en el carro, tú al caminar sobre el puente, renuente a tomar las barandillas. También trato de evocar el aroma intenso del mar, el olor del pescado y las papas en el carro, la música compartida. Algunas veces te imagino surfeando porque sé que habrías sido bueno para eso. Cuando lleve a Luke a casa todos iremos a andar en trineo, y si la tienda está abierta en nuestro viaje de regreso compraré otro para que podamos bajar todos juntos. Hago esto con frecuencia; trato de crear fotografías y las dejo que abran el camino a una felicidad futura, pero son breves, y casi se desvanecen tan pronto como se revelan y exponen a la luz, porque en su lugar hay unas más insistentes y cáusticas que parecen existir más allá del ejercicio de mi voluntad.

Así que Luke está con sus amigos celebrando el cumpleaños de alguien, Lorna y Lilly están en el cine y yo estoy en mi cuarto acostado en la cama porque siento un cansancio más fuerte que el deseo de ver televisión o cualquier otra actividad que requiera concentración. Ha sido un día largo tomando fotografías en una boda en que la novia y el novio exudan algo que casi se siente como hostilidad entre ellos y hacia toda persona que intente hacer su día inolvidable. Así que no me molesto en pedirle a nadie que sonría y hago todo el doble de rápido porque la feliz pareja propaga una irritada impaciencia que infecta todo lo que está a su alrededor. Debería estar viendo las fotografías, tratando de sacar lo mejor de un mal trabajo en mi pequeño estudio, que se ubica en un anexo en la parte trasera de la casa y no hemos terminado de pagar, pero no puedo encararlo esta noche; necesito sacudirme el sentimiento deprimente del día o corro el riesgo de oscurecer el inicio de una vida matrimonial. Cuando me siento así, cuando puedo ver el principio de una posible depresión acercándose lentamente desde el horizonte, siempre quiero dormir, apagarme física y mentalmente. Trato de evitar que pase.

Mientras manejo, a veces veo las huellas de los carros en curva cruzando los carriles y pienso en la mujer a la que me detuve a ayudar. Me parece que el sentimiento que tengo en mente es como mirar el bosque anegarse de nieve,

querer caminar en sus profundidades hasta desaparecer sin que nadie pueda encontrarme, no por el subtítulo de la película de que no podríamos desear una mejor tumba que un sepulcro de nieve blanca y pura, sino porque algunas veces no ser simplemente parece una mejor alternativa que ser y sentir. Sé que la promesa que tengo que cumplir es llevar a mi hijo a casa y es bueno tener que hacer esto para estimularme, para evitar que me regrese adonde aquel carro chocó y desaparecer en el bosque.

Miro mi teléfono. Es el número de Lorna, pero me imagino que tal vez Lilly fue la que llamó, así que me orillo en la entrada de un parque industrial y la llamo.

—Lilly, ¿eres tú?

—No, soy Lorna, pero te llamó Lilly aunque le dije que no lo hiciera. ¿Todo bien?

—Todo bien. No estoy lejos y si no nieva más estaremos de regreso en el barco hoy en la noche.

—He estado viendo el pronóstico del clima varias veces y todo indica que se está yendo hacia el sur.

—¿Cuánto apuestas a que abren los aeropuertos otra vez justo cuando llegue por Luke?

—No me importa, Tom. No podíamos arriesgarnos y me da gusto que estés allá para traerlo a casa. No me gustaría que viajara solo cuando no se siente bien y siempre existe el riesgo de que se den cuenta de que está enfermo y no lo dejen subir al avión —después de un segundo de silencio, ella dice—: Lo has hecho muy bien y estoy orgullosa de ti.

No sé qué contestar, así que me preguntas otra vez si estoy bien y te digo que sí. Tratar de no sentirme como un farsante me asusta. Lilly quiere contarme un chiste, así que me la pasas.

—Toc, toc.

—¿Quién es?

—Jesús

—¿Qué Jesús?

—Jesús el del pesebre.³

—Ese es el mejor chiste que me has contado —digo mientras pienso si debo fingir que me río, pero mejor le digo—: Ya voy a llegar con Luke y cuando regresemos a casa todos iremos a andar en trineo.

—Ya me habías dicho eso.

—Perdóname por aburrirte. ¿El hombre de nieve sigue ahí? No se ha derretido, ¿o sí?

—No, está igual que cuando te fuiste.

Me reconforta esa simple certeza. De pronto se despide de mí, y no me da la oportunidad de decirle nada a Lorna y la línea telefónica se muere. Tal vez me hizo un favor.

La casa está vacía y mi cabeza, abrumada de preocupaciones; creo que si me duermo el agotamiento se disipará, pero cuando me empiezo a dormir escucho que alguien cierra la puerta lentamente. Al principio creo que es Luke o Lorna y Lilly, pero me doy cuenta de que es demasiado temprano para que estén de regreso. Así que trato de moverme y, a regañadientes, me obligo a regresar al mundo del que quería escapar. Finalmente me siento y escucho sólo silencio, y por un momento pienso que es mi imaginación. Sin embargo, una casa vacía respira de una forma distinta a una que no lo está, y escucho que una puerta se abre y se cierra abajo, y aunque no lo hemos visto en más de dos semanas, me imagino que es Daniel. Incluso antes de pararme de la cama ya estoy enojado con él, enojado por el dolor que nos causa, por las lágrimas que su madre llora, por la confusión de Lilly, que nos pregunta si le hicimos algo malo, y por Luke, que no expresa lo que siente.

Trato de contener el enojo mientras bajo por las escaleras, pero me inunda, y de repente pienso que llegar al límite es una opción menos dolorosa que dejar que las cosas sigan en este camino errático e impredecible. De alguna manera, pienso que tratar de tomar el control de la situación en la que nos encontramos podría llevarnos a un escenario mejor. Sin embargo, no lo veo por ningún lado y una vez más creo que imaginé su presencia, que mi hijo, que tanto espacio ocupa en mis pensamientos durante la vigilia, tomó forma a partir de las preocupaciones que llenan mi mente. Entonces me doy cuenta de que hay alguien en el estudio; considero la posibilidad de que sea un ladrón y me pregunto si debería volver sobre mis pasos y llamar a la policía. Pero al quedarme perfectamente quieto y escuchar con atención, sé que es Daniel por la manera en que imprime su presencia de manera tan leve en la conciencia de la casa, justo como puedo sentir su presencia en el vacío

de su cuarto durante aquellas horas en que permanecía en él antes de irme a dormir o en las horas previas al amanecer cuando entro para confirmar lo que ya sé: que él no está ahí, no ha regresado a casa. No entiendo por qué está en el estudio y cuando lo comprendo, al principio trato de convencerme de que eso no puede ser, pero después reconozco que no tengo bases para negarlo, excepto un deseo de escapar a las consecuencias.

Lo sorprendo y no le da tiempo de deshacerse de mi cámara y lo que parece ser la tableta de Lilly. Como está en *shock*, sé que debo aprovechar la ventaja que me da el momento, pero mi enojo no me permite pensar con claridad, le grito y le pregunto qué carajos está haciendo.

—Nada —me dice y en la penumbra del cuarto su voz es tan débil como su cuerpo.

—No se ve como nada, Daniel —le digo todavía alzando la voz y temblando de enojo—. Parece que le estás robando a tu familia, que me robas a mí y a tu hermana, que es una niña. Le estás robando a Lilly. Te escabulles en nuestra casa como un ladrón de poca monta a quien no le importa una mierda nadie más que él.

Ahora sé que cuando usé la frase «nuestra casa», lo excluí de ella y la verdad es que eso es lo que quería hacer, porque en ese momento sentía su presencia como algo tóxico que infectaba el bienestar de mi familia y que podría destruirnos a todos si se lo permitíamos. Como no contestas ni intentas justificarte, no disminuye mi enojo, sólo aumenta, porque es como si ni siquiera te molestaras en maquinar una defensa. Te arrebato la cámara y la tableta de las manos y ahora recuerdo que miré la cámara para ver si se había dañado de alguna forma, y quizá en esos segundos me preocupé de que incluso eso estuviera ya contaminado. No prendo la luz porque no quiero tener que verte con más claridad que ahora, pero aun así veo la costra que desfigura un lado de tu boca y cómo tu cara entera se ve como una distorsión de lo que alguna vez fue. Me asustas porque te ves como un extraño que recuerdo a medias, y cuando trato de forzar todos mis recuerdos de ti para obtener un sentido más amplio de reconocimiento, se quedan cortos.

—Necesito dinero —dices y hasta tu voz me suena diferente porque es fina y carece de la autoconfianza que te ayuda a ejercer el control sobre las situaciones en las que te encuentras—. Necesito dinero para pagar mi renta y porque tuve que pedirle prestado a un amigo. Te pagaré en cuanto obtenga el

préstamo para pagar la escuela de arte. Llegará pronto.

—Así que creíste que podías venir aquí y tomar todo lo que quisieras. ¿Cómo se le llama a eso?

—Ya sé cómo se le llama a eso, pero necesito el dinero. ¿Me vas a ayudar o no? No tengo mucho tiempo.

Es un ultimátum impaciente y mi enojo encuentra un nuevo impulso porque ambos sabemos para qué es el dinero y de todas formas quedaré como el malo, como el padre que se está negando a ayudar a su hijo. Este es el momento. Este es el momento al que regreso una y otra vez, cuando diferentes alternativas de acción claman para que tome una decisión y trato de convencerme de que opté por una de ellas. Pero tú te quedas parado de una forma desagradable, como si te hubieras contraído y sólo el temblor de tus manos, que refleja el escalofrío que siento por dentro, revela algo más. Entonces me digo que veo todo con claridad, que sé qué es lo mejor, así que te digo que te largues, que no eres bienvenido en nuestra casa, y aunque no lo digo, no te quiero aquí cuando tu madre y tu hermana regresen, porque volverán con una felicidad compartida y no quiero que nadie se las arrebate. Cuando dudas, te lo digo otra vez, todo el enojo y el miedo se desatan y se canalizan en mi voz que grita. Cuando te escapas de las sombras del cuarto me doy cuenta de que estoy temblando, así que dejo la cámara para no tirarla y me sujeto a la mesa para sostenerme hasta que mi respiración entrecortada y la agitación de mi cuerpo se calmen, y consiga algo que se parezca al sosiego.

Abro la ventana del auto una vez más y dejo que el mundo exhale en mi cara para tratar de apagar el fuego de la vergüenza y el enojo. Le escupo maldiciones al parabrisas. No es que siga enojado contigo, Daniel, empiezo a entender que es demasiado tarde para eso, aunque hay veces en que quiero seguir aferrándome, porque cuando estás desesperado por mantenerte a flote, te agarras de lo que sea, ¿me entiendes, Daniel? Ya no estoy enojado contigo, pero el viento helado golpea mi piel y ahoga cualquier oportunidad de escuchar tu voz. Nunca le cuento a Lorna lo que pasó y cuando regresan, Lilly platica contenta de la película, me dice que debí haber ido y que si quiero me acompaña a verla otra vez. Tu madre dice que estás muy inquieta

por las palomitas y el refresco, que costaron un ojo de la cara, pero la película sí estuvo muy buena aunque no querría verla otra vez. Después Lorna me mira y me pregunta si estoy bien y contesto que sí, que sólo un poco cansado.

—¿Qué te tiene tan cansado? —me pregunta ella y sé que está buscando señales de que no me siento bien y la hago pensar que eso es lo que me pasa porque es lo más fácil.

—Sólo me siento un poco mal. Estaré bien.

—¿Por qué no vas arriba y yo me hago cargo de poner en orden a esta niña? —me dice mientras pasa una mano por mi cabello.

En la recámara entorno la puerta y mantengo la luz a raya, de manera que el cuarto queda parcialmente iluminado por el foco del rellano. Aunque Lilly dice que va a ver la película de nuevo, yo todavía no he empezado a querer regresar a lo que acaba de pasar para darle un final diferente. Así que por un momento, mientras hundo mi cabeza en la almohada, pienso que hice lo correcto para proteger a mi familia y asegurar su supervivencia, y si eso significaba desterrar aquello que sentía como lo más peligroso, entonces estaba dispuesto a pagar el precio. Todo sonido en la casa parece punzocortante y jalo el edredón para cubrir mi cabeza y tratar de mitigarlos; al final del día, te escucho hacer lo que yo normalmente hago: revisas la puerta de enfrente y dejas prendida la luz de afuera. La luz que permanecerá encendida durante la noche. No soy bueno para guardar secretos y su peso es una carga constante que detiene el libre tránsito de todo lo demás, así que sólo diciéndome que la verdad va a causar más dolor puedo lograr aprisionarla, y cuando estás acostada a mi lado, con tu brazo alrededor de mis hombros, insistiendo una y otra vez en que todo va a estar bien, me siento incapaz de romper el hechizo con el que buscas protegernos a todos.

El mundo está decorado con oropel y esferas y el tiempo en sí mismo está colmado con una expectativa a la que no podemos dar un final preciso. Un jugador apuesta diez mil libras con Paddy Power a que nevará en Navidad. Y en algún momento, entre las discusiones sobre que el anuncio de John Lewis del año pasado es mejor que el nuevo, y los restaurantes y los bares que se llenan con fiestas de las oficinas, hay una historia sobre un niño que va a nacer. Es tonto pensarlo, pero la Navidad es una buena época para que un

niño nazca, mejor que el momento que uno elige para venir al mundo. Este resplandor incesante de la nieve lastima mis ojos. Ahora ya dejé atrás el campo y empiezo a pasar por parques industriales, almacenes de llantas y más negocios que tratan de funcionar. Un hombre en una cuatrimoto se para erguido como auriga mientras maneja por un lado de la carretera.

Aquí tengo la sensación de que se logra vencer a la nieve, porque el comercio necesita continuar y por el aumento del tránsito. No estoy lejos de Luke y me alegro, porque mi espalda está adolorida y ya me cansé de manejar. Hasta la música ya empieza a sonar viciada, como si la hubiera escuchado demasiadas veces, pero sé que es mejor que lo que estará sonando en la radio.

Esperé una semana antes de empezar a buscarte. Aunque tu teléfono está muerto, Lorna sigue marcando con la esperanza de que de pronto recobre la vida y pueda escuchar tu voz. Una vez, cuando cree que no la estoy escuchando, le habla al teléfono en voz baja, y aunque no puedo descifrar sus palabras, puedo imaginar lo que está diciendo.

—Va a aparecer. Tal vez se está quedando con amigos hasta que arreglen el departamento. Siempre aparece. —Tú asientes porque sé que quieres creerme.

La ciudad de noche es una extraña para mí porque crecí en la península y, como ahora vivimos en las afueras aunque cerca de ella, siempre siento que soy su hijo adoptado y no uno de sus hijos legítimos. Así que no soy alguien que la idealice y tampoco que piense en ella sólo en términos de historias amargas. Pero incluso ahora, mientras camino por sus calles nocturnas en la época del supuesto florecimiento de los frutos de la paz, estas tienen una arista, una cualidad ambigua que sientes en la garganta o en las suelas de tus zapatos, que en el pavimento hacen eco tanto del sonido de una amenaza imaginada como de un optimismo más amigable. Así que nunca estás seguro de si la persona que viene hacia ti quiere hacerte daño o envolverte en el más estrecho de los abrazos. Es una ciudad rodeada de montañas que se formó en la boca del río, gran parte de ella se construyó sobre la mezcla de un barro gris suave, limo y arena fina de una profundidad de hasta ocho metros, lo que en siglos pasados era un bosque de pilotes de madera.

La madera ya no se usa, ahora los edificios más grandes se deben

construir sobre una base consistente de pilotes para afianzar su peso en cimientos más fuertes. Leí que cuando construyeron el centro comercial principal y más nuevo de la Plaza Victoria se usaron miles de pilotes en un lugar que hace trescientos años estaba bajo el río. Incluso ahora, en la parte baja de la calle High, el río Farset traza su ruta secreta hacia el mar. Así que tal vez este saber se fusiona con los pensamientos en mi cabeza y provoca que los caminos aleatorios que tomo en las calles nocturnas del centro parezcan cambiantes, y cuando camino por el Centro Victoria, con sus exclusivas tiendas a punto de cerrar, pienso en las aguas invisibles que quieren reclamar sus dominios robados.

Empiezo en el área de la universidad, enseñando tu foto a las personas de tu edad y preguntando si te han visto, pero me preocupa que es muy diferente a la manera en que te ves ahora, y cuando niegan con la cabeza no estoy seguro de que se deba a que no te han visto o a que no te reconocen en la imagen que les presento. Busco tu rastro en los bares cerca de la universidad, en las tiendas de comida rápida de la avenida Botanic, me concentro en el laberinto de las tierras estudiantiles, lo que llaman con ironía involuntaria «la Tierra Prometida» por los nombres de sus calles: Jerusalem, Damascus, Carmel, Cairo, Palestine. Pero todo está vacío. Una vez que llego a una plaza entre Upper y Lower Crescent, me acerco a dos hombres que están bebiendo en una banca, uno ve la fotografía por un buen rato y cuando me dice que tal vez te ha visto y me pide dinero, su compañero se ríe y niega con la cabeza. Le doy un par de libras, se frota la barbilla y me dice que estará al pendiente.

Algo me pasa durante esas noches de búsqueda y siento como si la ciudad empezara a ejercer un poder irresistible y la realidad del mundo fuera más sórdida que lo que jamás conocí, casi como si todo lo pasado estuviera enturbiado, y mientras busco a mi hijo empiezo a notarlo. Me siento cada vez más atraído a las calles del centro de la ciudad, en las que nunca he puesto un pie, cuyo único propósito parece ser el de conectar a lugares más importantes; son calles en las que nunca he estado, y todo en ellas parece pedir un momento de reconocimiento. Me siento seguro en ellas, como si los grandes espacios nocturnos y el clamor frenético de los bares y los restaurantes se contrajera en algo que mi mano puede tocar, así que dejo que mis manos pasen por el enladrillado y trato de capturar su vacío silencioso

con mi cámara. Algunas veces pienso que no quiero regresar a casa ni ir a ningún otro lado, sino empezar un nuevo tipo de vida escondido en estas calles y pasadizos secretos.

También hay veces en las que te veo, una cara en el asiento trasero de un autobús nocturno, un chico con su capucha puesta y una patineta bajo el brazo, un joven que camina con un perro flaco. En esos momentos todo fluye a través de mí: recuerdos aleatorios e impredecibles, las palabras dichas, las no dichas, y me expulso de estos lugares de refugio, miro a la multitud y una vez más enseño tu cara a los extraños. Le digo a Lorna que estoy buscándote, y mientras más semanas pasan, ella quiere recurrir a la policía o usar las redes sociales para intentar ponerse en contacto contigo, pero la convengo de esperar un poco más, porque seguirás enojado, dirás que hemos sido unos tontos e interpondrás todavía más distancia entre todos nosotros. Le prometo que me esforzaré más en buscarte.

Busco en todos los hostales, voy a los que pertenecen al Ejército de Salvación, donde dejo tu fotografía y mi número telefónico, después entro al baldío bajo el libramiento, donde hay carros estacionados por aquí y por allá y de sus ventanas abiertas se filtran el humo del cigarro y el sonido de la música, a veces al lado de ellos hay pequeñas piras de restos de comida rápida. Los grupos de gente joven me ven con suspicacia y escondo la cámara en mi abrigo, en el caso de que crean que soy un policía con la intención de capturar a algún vendedor de droga. Cuando les enseño tu foto casi ni la miran, como si al hacerlo pudieran comprometerse frente a sus amigos, y al alejarme, escucho una voz que dice que si estoy buscando a un novio, debería ir al Kremlin. Algunas personas a las que me acerco creen que mi presencia es un preludio para estafarlos y quitarles dinero o que estoy recaudando fondos para una obra de caridad y me ignoran, pero la mayoría son educados y se apenan por no poder ayudarme, así que se alejan con rapidez y retoman su conversación sin voltear la mirada. Cada noche empiezo en el área de la universidad y termino en el centro de la ciudad.

Durante esas noches tomo fotografías: la sombra de una reja que tiene el zapato rojo de un niño en una de sus puntas, tal vez con la esperanza de reunirse con su dueño; el garabato enmarañado y blanco de un nuevo grafiti en un edificio derruido en cuyas grietas crecen pasto y adelfas; el dibujo de una mancha neón que se ve como aceite en agua en el aparador de una

tienda; la hilera de bicicletas de Belfast en la estación con su brillo gris metálico bajo las luces de la calle. Comprendo que es verdad lo que dijo Ansel Adams: no haces una fotografía sólo con la cámara, sino que llevas a cuadro todas las fotos que has visto, los libros que has leído, la música que has escuchado, la gente que has amado. Siento como si estuviera más cerca que nunca de encontrar ese momento que se aloja bajo la superficie de las cosas, lo más cerca que me he sentido de entender quién eres, como si de alguna manera en estas fotografías atisbara lo que existe en ti, justo bajo tu superficie. Así que son especiales, aunque nunca se las he enseñado a nadie. Me doy cuenta de que la ciudad en sí misma es un palimpsesto, y tras la sosa uniformidad de las fachadas de las franquicias puedo dar un vistazo a lo que alguna vez fue y perdura. Miro por encima del vidrio donde el tiempo no ha tocado la solidez del enladrillado rojo ni las ventanas más pequeñas, que en mis sueños ofrecen una vez más la posibilidad de ser. Esto me hace preguntarme si, cuando la nieve se desvanezca, el mundo que se revele debajo de ella va a permanecer igual o si estará alterado de una manera inesperada.

Estos también son momentos en los que la ciudad se despliega y desvela sus secretos. Así que lo que una vez fue una puerta cerrada y anodina durante el día se revela como la entrada a un club donde una fila de gente joven y vestida con elegancia espera pasar, y un pequeño café insípido, con sus mesas de formica y sillas de plástico, está lleno de taxistas y juerguistas surtiéndose antes de partir. Por primera vez encuentro a los vagabundos de la ciudad, aquellos desafortunados que duermen en las inhóspitas entradas de ciertos lugares, intentando protegerse del frío con un pedazo de cartón y un *sleeping bag* sucio y manchado. Hay alrededor de seis o siete vagabundos, mientras otros piden limosna en puntos que parecen ofrecer las mejores posibilidades de caridad y simplemente desaparecen más tarde en la noche hacia lo que espero sea un albergue y una cama. Enseño tu foto a unos voluntarios a cargo de un comedor comunitario, pero después de examinarla con cuidado se disculpan por no poder ayudarme. Una parte de mí quiere tomar fotografías de esta gente que duerme en condiciones adversas, pero no puedo hacerlo porque me siento como un *voyeur* de la miseria de los demás, no quiero sentir eso nunca cuando miro a través de la cámara ni puedo arriesgarme a robarles la dignidad que aún les queda. Inevitablemente, ellos

me hacen imaginarte en la misma situación y no puedo evitar pensar en algunos escenarios según las conversaciones que he tenido con estas personas que duermen en la calle, en que las probabilidades de amabilidad de los transeúntes se ven contrarrestadas por la posibilidad de un acto de violencia no provocado por parte de aquellos que han bebido demasiado o están envenenados por la amargura de la decepción y el odio hacia ellos mismos.

Gracias a uno que dice llamarse Chris, me entero de la historia de una mujer en sus treinta que murió durante la noche. Ha habido otras muertes, más de las que creía posibles. Después de platicar con él voy a la puerta de la tienda donde ella murió, en la esquina de Donegal Place y Castle Lane, y tomo una fotografía del espacio vacío, que se siente más vacío con mi presencia; de pronto, siento que ese mismo espacio se abre dentro de mí y, en lugar de que estimule mi búsqueda, consume la fuerza que necesito, así que por un par de días no puedo buscar más. Siento como si todo hiciera implosión en un momento en el que sé que debo ser fuerte, así que con la pura afirmación de mi fuerza de voluntad me obligo a continuar. Lorna me dice que debo regresar e ir al médico, conseguir algunas de sus píldoras de la felicidad, pero no puedo forzarlo porque, sin importar lo que gane, comprendo que también pierdo algo: llega el desenfoque que hace que todo se desdibuje, los sueños desgarrados al dormir y, sobre todo, la pérdida de mi yo completo y de lo que siento por ella. Justo ahora necesito pensar y ver con claridad, pese a lo difícil que pueda resultar.

Luke se ofrece a acompañarme algunas noches, pero no puedo permitirselo pues sé que cuando te encuentre necesitaremos estar solos. Lilly hace un dibujo que se supone que debo entregarte. Tiene cuatro personas que pueden representar o no a nuestra familia; todos están volando papalotes, cada uno es de un color diferente y las cuerdas que los sujetan están entrelazadas, lo cual no sería posible en la vida real, pero en el dibujo de una niña de diez años tiene todo el sentido. Pienso otra vez en los vagabundos que vi y espero que hayan encontrado un albergue. No regreso por la noche a menos que sea inevitable, así que tal vez ahora la ciudad tenga secretos diferentes por relevar. Nunca he vuelto a ver las fotografías que tomé. Pienso en que todo está arropado por la nieve y sé que todo lo que vi ya habrá cambiado una vez más. Imagino el dron de Luke sobrevolando la ciudad desde lo alto y mirando la nieve coronar los domos verdes del

ayuntamiento, recubrir el capitel nuevo de la iglesia, forrar en capas las grúas amarillas y hacer de las montañas una cuna blanca. ¿Será que la nieve colma aquellas calles secretas en las que encontré un refugio temporal? Paso por una especie de almacén del que unos jóvenes vestidos con overoles azules salen en todas direcciones para aventarse bolas de nieve, y me encuentro tras un carro que tiene unos cuernos de reno pegados al techo; ahora me dirijo al sur, hacia Gateshead, casi estoy en la etapa final del viaje y sé que Luke ya habrá empacado y estará listo para irse.

Me aparezco los primeros días del semestre en la escuela de arte y pregunto por ti en la oficina principal, pero me dicen algo sobre su política de privacidad y no tengo más alternativa que quedarme parado y ver a los estudiantes ir y venir. Me digo que es fácil identificar a los nuevos, porque son más entusiastas, ¿o tímidos? Como sea, es más probable reconocerlos por ser los que tienen las carpetas de arte más nuevas y porque no han encontrado un grupo de amigos con quienes juntarse. En el segundo día de espera se me acerca un hombre que por casualidad escuchó la conversación que tuve en la oficina. El profesor, cuyo nombre es Alan, me pregunta por qué estoy buscándote y le digo que no hemos sabido nada de ti y estamos preocupados. Creo que me examina queriendo asegurarse de que no represento ningún tipo de peligro ni voy a causar problemas. Después, cuando queda satisfecho, me pregunta tu nombre y me pide esperar. De manera extraoficial, me dice que no te inscribiste ni te presentaste para cursar el programa. Luego de agradecerle y empezar a alejarme, me dice que él también tiene un hijo y me desea suerte. Creo que la suerte es lo que me permite encontrarte finalmente. A través de Luke tengo acceso a tu página de Facebook y me doy cuenta de que no la has actualizado en mucho tiempo, pero empiezo a rastrear viejas publicaciones y descubro tres fotografías en las que sale una chica: en una con un disfraz de Halloween y la cara blanqueada, el cabello y los labios negros como una integrante de la Familia Adams; otra es una *selfie* que se tomó en algún bar contigo y en una última estás con ella afuera de una pizzería. Ella viste una camiseta y pantalones negros que me hacen pensar que quizá trabaja como mesera. Aunque sólo las primeras tres letras del nombre del restaurante son visibles, eso es suficiente para

identificarlo y saber su ubicación. Ahí comí con Lorna hace unos años para celebrar su cumpleaños, así que agrando la fotografía y la imprimo. Se ve de tu edad y tiene cabello castaño rojizo, *piercings* en las orejas y uno en la nariz; por encima del cuello de su camiseta negra serpentea un tatuaje fino y ensortijado. Parece que todo mundo la llama Katy y asumo que se trata de un apodo. No cuento con un apellido y, aunque la busco en Facebook, no la encuentro. Llevo la fotografía al restaurante justo antes de que abran y me dicen que solía trabajar ahí pero ya no, y que de todas formas no podrían darme su información personal. Sin embargo, cuando hablan entre ellos escucho un apellido y cuando regreso a Facebook encuentro su perfil, pero no tengo acceso a él porque es privado. Le envío una solicitud de amistad y cuando me acepta, me envía un mensaje directo preguntándome quién soy. Se lo digo y le comento que estaría muy agradecido si pudiera hablar conmigo.

Su cabello es de un color diferente al de la fotografía, pero la reconozco sin problemas en el café de su elección. Su nombre es Kate.

—Conoces a Daniel, ¿no?

—Sí, pero no lo he visto por un tiempo —me dice sin mirarme directamente y le da un sorbo al café que le compré—. ¿Está en problemas?

—No, no está en problemas, es sólo que no lo hemos visto en un buen rato y queremos saber si está bien. Se suponía que debía empezar el curso en la escuela de arte y no se ha presentado. Estamos preocupados por él.

Ella asiente pero al principio no contesta, como si estuviera sopesando los pros y contras de ayudarme, así que trato de no presionarla y le pregunto cómo te conoció.

—Nos conocimos en la fiesta de un amigo. Nos llevábamos muy bien, ambos estudiábamos arte en la escuela y eso nos dio algo de qué hablar. Pero nunca fuimos muy cercanos ni nada. Danny me hacía reír y eso era todo. Nunca se tomaba nada muy en serio.

Ahora es mi turno de asentir, demostrar que reconozco a la persona de la que está hablando y ocultar mi impaciencia. Se ve inquieta y a pesar de lo que he hecho para que se sienta cómoda, su nerviosismo parece ir en aumento. Cuando estoy por ir al grano y preguntarle si sabe dónde puedo encontrarte, ella toma su taza con ambas manos y sin levantar la vista revela las cosas que la incomodaban.

—En verdad me gustaba Danny. Por un tiempo, cuando lo conocí, pensé que podíamos ser más que amigos, pero... había otras cosas que no me gustaban. Y tal vez tú ya sepas esto, pero no tenía buenos amigos, no se juntaba con gente buena para él.

—¿Gente que se drogaba?

—Mucha gente se droga, pero con las drogas correctas. Sabes a lo que me refiero. Danny, en realidad no sé por qué, empezó a usar las drogas incorrectas. Las que hacen que te juntes con gente mala y no son para divertirse, sino para algo más. Además, tomó riesgos.

Me ve rápidamente y después mira su café. Un mechón de cabello cae en medio de su cara y ella lo pone tras su oreja. Cuando mueve su cabeza sus *piercings* de metal reflejan la luz.

—En realidad necesitamos encontrarlo, ayudarlo. ¿Sabes dónde está?

Ella niega con la cabeza lentamente y no estoy seguro de que esté diciéndome la verdad.

—Por favor, ayúdanos, Kate.

—No he tenido contacto con él en mucho tiempo, ni siquiera lo vi antes del verano. Me gustaría ayudar, pero no creo poder.

—¿Dónde vivía cuando ustedes eran amigos?

—En un lugar cerca de la universidad, en algún punto en la Tierra Prometida, pero nunca fui y no sé dónde era exactamente. Lo siento.

Y luego se va con una prisa que sugiere que está preocupada porque ha dicho demasiado, y casi no tengo tiempo de agradecerle porque desaparece en la calle.

Así que cada noche regreso al lugar donde empecé, examino las caras de una multitud de personas que ahora son más por la llegada de estudiantes de diversos orígenes étnicos. Soy una persona conocida para los encargados de vigilancia que patrullan el área y buscan detener el comportamiento antisocial de la mayoría de los alumnos, que ha asolado a los residentes originarios durante décadas. Paso por casas en que las habitaciones se ven peor que básicas y que se han subdividido una y otra vez para maximizar las ganancias. Si alguien te reconoce no lo admitiría y tal vez piensan que están mostrando la solidaridad de la juventud, pues ¿por qué identificarían a uno que podría ser de los suyos ante alguien lo suficientemente mayor para ser su padre?

Una noche llueve y hay menos personas en la vía pública. Me refugio bajo uno de los árboles que delinear la calle, considero regresar a casa, pero no puedo enfrentar la esperanza en la cara de tu madre cuando atraviere la puerta ni la decepción que ocupará su lugar. Frente a mí pasan tres hombres jóvenes en apariencia inmunes a la lluvia, uno de ellos lleva un paquete de latas de cerveza, el segundo va arriba de lo que parece una bicicleta BMX infantil y el tercero lleva tres cajas de pizza. Visten una especie de uniforme que son unos pants de Canterbury y una sudadera con gorro y hasta cuando se hablan entre sí no dejan de mirar sus teléfonos. Entonces se detienen, miran hacia las casas y se ponen a discutir sobre algo que no puedo reconocer. Cuando me ven bajo el árbol, uno de ellos me habla.

—¿Todo bien, amigo? Estamos buscando la casa de Declan, Declan Rourke. Está en algún lugar de por aquí, pero no sabemos el número. ¿Lo conoces?

—Lo siento, ¿no le pueden llamar por teléfono?

—El idiota no contesta. Cualquiera pensaría que no nos quiere en su fiesta.

El de la bicicleta me pregunta si quiero comprarla y otra vez le digo que lo siento. Cuando se marchan, las pantallas de sus teléfonos brillan con una luz tenue en el crepúsculo. Mientras caminan, miran todas las ventanas con las luces encendidas y se detienen para ver si escuchan los sonidos de una fiesta. Pienso en ir tras ellos y enseñarles tu fotografía, pero decido no hacerlo y me resigno cada vez más a regresar a casa con otro fracaso escrito en mi rostro. Una mujer que viste un hiyab y carga dos bolsas de compras camina con cansancio.

La lluvia arrecia y dos mujeres jóvenes pasan frente a mí, inclinadas hombro con hombro bajo una sombrilla que tiene las varillas rotas y gritan un poco cuando las salpican. Las veo cruzar la calle y entrar a la tienda de la esquina opuesta. Entonces, en mi intento final de la noche, las sigo, apenas escapo del agua que salpica un camión que pasa y empiezo a sentir un frío cada vez mayor que se filtra en mi corazón.

La tienda está llena, pero nadie está comprando más que un par de cosas que llevan en las manos. Como está tan concurrida, es difícil enseñar tu fotografía al personal, hasta que noto a un hombre mayor que parece ser el gerente, de pie al lado de la caja registradora, con una taza de café en la

mano. Cuando le enseño la foto es obvio que te reconoce, la ve y después me mira para encontrar el parecido, deja su café sobre el mostrador.

—Danny, sí, lo conozco, ¿dices que eres su padre?

Cuando le digo que sí asiente lentamente. Primero pienso que es una expresión de apoyo, pero luego dice:

—Buena suerte con eso. Ya no viene aquí porque lo tiene prohibido. Tuvo suerte de que no llamara a la policía, porque estoy seguro de que no era la primera vez que me robaba.

—Lo siento —le digo y le ofrezco pagar por lo que se robó, pero rechaza mi oferta—. ¿Tiene idea de dónde podría encontrarlo? Es muy importante.

—Yo sólo sé dónde me gustaría encontrarlo.

Es obvio que quiere su cabeza, por lo que me disculpo de nuevo y trato de darle veinte libras que él se niega a recibir.

—No es el único así en los alrededores. Se gastan el dinero a la mitad del semestre y si el banco de papá y mamá los deja tirados vienen aquí pensando que es una tienda de caridad. Guarda tu dinero, no eres tú quien me debe, pero si lo ves dile que sigue vetado.

Prometo hacerlo y cuando le pregunto otra vez si sabe dónde podría encontrarte, se voltea para llamar a uno de sus empleados detrás de la caja registradora, que le responde: «En algún lugar de la calle Palestine».

—En algún lugar de la calle Palestine —me dice en caso de que no haya escuchado y después toma su taza otra vez.

Está a veinte minutos a pie, bajo la lluvia que continúa cayendo y hace brillar el camino y los techos de las casas. Hay menos personas afuera, sólo un par de mujeres que corren y un hombre que va en bicicleta sin prender las luces. Algunas casas tienen contenedores afuera de ellas porque las están remodelando o desalojando. La calle es estrecha y se dirige al río, se siente como si la humedad se hubiera evaporado para impregnarse en las casas de enladrillado rojo y en los autos estacionados frente a ellas. La humedad y la lluvia hacen que las casas se difuminen entre sí y todo parece desdibujado. No sé por dónde empezar, pero por alguna razón camino hacia la parte baja de la calle, donde hay más anuncios de renta.

Dos hombres, tal vez rumanos, están discutiendo por un carro; uno de ellos parece estar señalando sus defectos, y en un punto golpea el techo y el impacto arroja un poco de agua cristalina que se esparce en el aire. Cuando

me acerco tengo que esperar hasta que acaben de gritarse y se den cuenta de que estoy ahí. Me disculpo por molestarlos y les enseño la fotografía. Consultan entre ellos y parece que van a discutir otra vez, pero el hombre más joven señala con la cara una casa al otro lado de la calle y cuando apunto a la que creo que se refiere, asiente varias veces antes de enfrascarse en la discusión una vez más.

Las cortinas en el cuarto de enfrente están bien cerradas. Frente a la puerta sólida hay un foco del que se fuga una luz amarilla y turbia. Toco el timbre pero no escucho nada dentro, así que toco la puerta una y otra vez. Finalmente, la puerta se abre lo suficiente para que un hombre se asome sin que yo pueda ver gran cosa. Trato de explicarle, pero niega con la cabeza como si pensara que quiero venderle algo, y está por cerrar la puerta cuando le muestro la fotografía sobre el rayo de luz. La puerta se abre. En el pasillo en el que me encuentro hay dos bicicletas reclinadas en la pared, algunas cajas de cartón apiladas con lo que parece aceite de cocina e, hilvanándolo todo, un olor fuerte a comida y tal vez a drenaje. No me habla, sólo apunta hacia las escaleras.

Una alfombra mullida y barata cubre las escaleras y se desprende en algunos escalones, así que subo despacio y con cuidado. Las paredes están cubiertas con un tapiz floral de pájaros que parece haber estado ahí desde la década de 1970 y en algunas partes está desgarrado, en los lugares donde algo se atoró a su paso. A medio camino me detengo y pienso en regresar. El hombre que abrió la puerta desapareció en el cuarto de enfrente, donde se escucha el ruido de una televisión. Así que detente, vuelve sobre tus pasos y camina hacia fuera, donde las calles húmedas mantienen la posibilidad de regresar al mundo como alguna vez fue.

Esta es la última vez en que la historia puede contarse de una manera distinta, cuando las imágenes que llevas impresas en la memoria pueden organizarse en un patrón diferente, y si el resultado no puede cambiar, aún hay tiempo para llegar a él por un camino distinto y quizá mejor. Algo que tal vez puede ofrecer la esperanza de una mejor comprensión o la posibilidad de dar un consuelo mayor. Pasos en las escaleras. Algunas veces se convierten en los escalones de la casa de Luke, donde subo dos pisos para llegar a su cuarto que anida bajo el techo y el cual le gustó por considerarlo grande y porque le daba más privacidad. Ahora me espera ahí a que yo llegue. Me

espera para que lo lleve a casa. Otras veces se trata de las escaleras de nuestra casa, que subo después de revisar todas las puertas, de asegurarme de que la de enfrente esté sin cadena y de que la luz del pórtico siga prendida, porque cuando esté junto a Lorna, ella me preguntará si me acordé de hacerlo. Si una noche lo olvido, ella levantará el edredón para descubrirse, bajará por esas mismas escaleras: cada uno de los pasos de sus pies descalzos determinado a reprochar mi descuido. La fotografía de Denis Thorpe del corredor de Lowry, tomada después de la muerte del pintor cuando se encontró a unos hombres que empezaban a vaciar la casa y los convenció de dejarlo registrar los interiores. Dos abrigos y sombreros en el corredor oscurecido. El tapiz de una parvada. Lo toco con mi mano y después me alejo de su frialdad.

Después, cuando todo termina, una policía me lleva en la patrulla hacia donde estacioné el auto. Me pregunta si puede llamar a alguien que venga y me lleve a casa, pero le digo que puedo hacerlo solo. Toca mi brazo antes de irse. Lo siento profundamente, consciente, aunque sea por un segundo, que aún existo como un ente físico, porque a partir de ese momento el mundo material renuncia a su realidad, conforme la vida ahora mengua y fluye sólo como una confusión ineludible de pensamientos e imágenes. Sin embargo, cuando ella se va, no puedo entrar al carro, no puedo llevar esta cosa a casa, con mi familia. No estoy listo. Camino hacia el río en un intento desesperado por calmarme el tiempo suficiente para poder hacer el viaje a casa y prepararme para lo que tengo que decir. La superficie está escarchada por la lluvia y me sujeto con fuerza al barandal, trato de encontrarme una vez más con la realidad, aunque sea momentánea, de que todavía existo dentro de un cuerpo. El agua se ve oscura pero está aceitosa y manchada en algunas partes, con una luz que se agita en la superficie. Tu piel amoratada y descolorida, como si la corrupción y el deterioro que se desenredan dentro de ti estuvieran filtrándose incesantemente hacia el exterior, y la luz punzante colándose hacia dentro desde la calle no es capaz de revivirte para darte una segunda oportunidad. Lo sé desde el momento en que abro la puerta. Es la inmovilidad congelada de la forma de tu cuerpo sobre el colchón, un anquilosamiento cerrado y rígido que me hace gritar, gritar tu nombre porque no puedo reconocer esa quietud en ti, no tengo un solo recuerdo de ti atado de tal forma. El cuarto está vacío, con poco más que una silla con tu

ropa, otro colchón y un clóset sin puerta que revela no contener más que unos pocos ganchos de metal. Digo tu nombre una y otra vez, cada vez más fuerte, como si fueras un niño de nuevo; te llamo para que regreses a la seguridad. De regreso de los lugares altos, del mar que está muy agitado. De regreso al amor. Ven incluso ahora, Daniel, camina hacia mí a través de este camino anegado de nieve, detendré el carro para que te subas, pondré el calentador a toda potencia para calentarte. Llévate a casa.

—¿Estás bien, amigo? —me pregunta un hombre que deja de caminar porque piensa que quizás estoy a punto de aventarme al agua.

—Estoy bien, gracias —le digo tratando de contener el temblor de mi voz—. Sólo estoy mirando el río.

—Puedo quedarme contigo y ver el río contigo —me dice y su camiseta fluorescente lastima mis ojos.

—Eso es muy amable de tu parte, pero ya me voy a casa. Que tengas una buena caminata.

Se queda parado por el barandal hasta que empiezo a alejarme. ¿Alguna vez he pensado en aventarme al agua desde aquella noche? Sí, lo he pensado y ha habido momentos en las horas previas al amanecer, cuando el sueño me abandona o cuando voy manejando solo, en que escucho un susurro, pero no es una voz que alguna vez vaya a atender, porque tengo a una familia que me necesita, que me necesita más que nunca, y tengo que sacar la fuerza de donde pueda encontrarla para seguir adelante. Igual que como sigo en este camino para traer a Luke a casa. Un colchón y un *sleeping bag*, es todo. Nada de la parafernalia que vemos en las películas, ni jeringas ni torniquetes ni encendedor ni papel aluminio, ni pipas ni cucharillas. La desnudez del cuarto. Cada vez que entro a tu recámara, que Lorna todavía no está lista para cambiar, lo recuerdo y trata de tomar forma en este espacio que pensábamos tuyo, haciendo a un lado los recuerdos que el cuarto quiere retener. No pueden decir qué hizo que tu corazón llegara a su límite. Hay huellas de muchas cosas diferentes. Ninguna importa. Lilly quiere verte, pero eso es un caso cerrado porque estás más allá de cualquier cosa que pudiera hacerlo posible. Todos nosotros estamos empujados, volcados hacia dentro en el silencio, porque no sabemos qué deberíamos decirnos, y todos estamos asustados porque mientras estamos junto a la tumba nos encontramos por completo frente al estremecedor dominio de la muerte. Mi

padre y ahora mi hijo están en este lugar, así que me encuentro en la tierra de nadie, entre lo que debió haber sido el futuro y el pasado que fue, y no sé a cuál pertenezco. Me causa conflicto que Luke vaya a regresar ahí a filmar su película, pero sé que iré con él y lo ayudaré en lo que necesite, si es que me necesita para algo.

En algún momento de las semanas que siguen, Lilly pone una aplicación en mi celular. Todos en su salón la tienen y lo que hace es medir cuántos pasos das en un día. Me dice que debería dar diez mil. Pero lo único que registra es mi inercia, el patético número de pasos que camino, porque ahora siento como si todo estuviera cerrado y no pudiera moverse. Dormir, ver la televisión con el volumen bajo y sin ser consciente de lo que veo. Hasta levantarme de la silla para ir a mi estudio se convierte en una caminata ardua, plagada de obstáculos y peligros. Y el mundo es muy escandaloso: el sonido de la aspiradora, los chillidos maniáticos del centrifugado de la lavadora y hasta los cubiertos limpios al colocarlos en el cajón de la cocina. Todo eso me lacera, todo me hace sentir como si quisiera nadar en un silencio perfecto bajo la superficie en aguas profundas, para que el hielo se cierre sobre mi cabeza. Para Lorna es diferente. Todo lo opuesto. No puede quedarse quieta y está inmersa en un ajeteo con el que supongo que espera contener lo que está dentro de ella y que en todo momento está en riesgo de desbordarse y ahogarla. Así que ha puesto sus pies en tierras más seguras y lava y limpia, cambia las sábanas y hace que la casa tome forma porque dice que está descuidada, que se está deteriorando y necesita atención. Quiero rogarle que se detenga pero no puedo, y trato de separarme del ruido que hace como si ella pensara que con él dispersa a los espíritus que se han instalado en la casa. Algunas veces, Lilly nos obliga a decirle el número de pasos que hemos caminado y la diferencia es tan grande que hay ocasiones en que me pregunto si podremos sobrevivir a esto o si cada día nos estamos alejando más uno del otro.

Escogemos fotografías para el funeral que se proyectarán en la pared detrás del altavoz, al ritmo de *Porcelain* de Moby. La gente no entiende las fotografías. Siempre piensan que congelan el momento en el tiempo, pero la verdad es que lo liberan de él y lo que la cámara capta escapa para siempre

de su desenvolvimiento incesante. Así que siempre existirá, siempre vivirá justo como era en ese preciso segundo, con la misma sonrisa o el ceño fruncido, el mismo color del cielo, el mismo ángulo de la luz y la sombra, el mismo pensamiento o latido del corazón. Es lo más perfecto; libera lo eterno en la inmovilidad repentina del clic de la cámara. Encuentro consuelo en eso porque lo recibiré en donde sea que se presente. Todas las fotos que Lorna escoge muestran a Daniel en un momento diferente, y todas muestran a un niño que aún se aferra a la felicidad. Lo entiendo y también me gustan. Pero las dos últimas que se proyectaron en la pared son las más recientes y en ninguna de ellas vemos su cara. La primera es en el puente cuando estaba atravesándolo, se la tomé antes de que me viera y va caminando a través de un desfiladero hacia el otro lado, y la segunda es de él parado sobre las piedras, mirando el mar y empequeñecido por su inmensidad y poder. Estas son las que me rompen el corazón porque está solo, justo como estuvo al final, cuando debí haber estado en ese cuarto retractándome de las palabras que dije por miedo y enojo y llevándome a mi hijo de regreso con nuestra familia.

El tráfico se hace más lento hasta que al final se detiene. Primero no puedo ver la causa del retraso y cuando empezamos a avanzar poco a poco, veo a un policía con un bastón fluorescente para calmar y dirigir el flujo vial. Cuando me acerco veo que el bastón trae una guirnalda de adorno alrededor del mango. Bajo mi ventana y me dice que un camión quedó atravesado en la carretera, que mantenga una velocidad razonable y siga las indicaciones. Pero pronto nos detenemos por completo cuando dejan pasar el tránsito en la dirección opuesta. Reviso que no haya un policía a la redonda y llamo a Lorna porque no hay nada que necesite más que escuchar su voz.

—¿Todo bien? —me pregunta y me doy cuenta de que llamarla hace que ella piense, de manera instintiva, que algo malo está pasando.

—Todo está bien, ya no estoy lejos, pero estoy atascado en el tránsito porque más adelante un camión bloqueó la carretera.

—¿Van a llegar a tiempo para tomar el barco?

—Creo que sí y si no, de todas formas podemos tomar el barco que sale más tarde.

—Dicen que el aeropuerto va a abrir otra vez.

—Es la ley de Murphy, pero la mayoría de los vuelos están llenos hoy y hasta Navidad, no hay garantía de que pueda conseguir un lugar.

—Luke llamó y dijo que ya se sentía mejor, pero asegúrate de que siga tomando líquidos y las pastillas.

—Sólo necesita llegar a casa y un poco de cariño. Va a estar bien.

El tránsito no se mueve. Algunos de los autos que vienen hacia mí ponen las luces bajas y sigo su ejemplo. Hay un momento de silencio antes de preguntarle:

—¿Ya encendiste las luces de afuera?

—Están encendidas. Las mantendré así para que Luke pueda verlas si llegan tarde a casa.

—¿Cómo estás? —le pregunto de repente, antes de darme cuenta de que voy a hacerlo.

—Más o menos, con altas y bajas. Me voy a sentir mejor cuando ustedes lleguen a casa.

—¿Cómo está Lilly?

—Muy emocionada. Hemos estado horneando y la cocina es un desastre.

—¿Puedes pasármela?

Escucho a Lorna decirle a Lilly que su padre quiere hablar con ella.

—Hola, Lilly.

—¿Dónde estás?

—No muy lejos, ya casi llego.

—Te tardaste mucho. Luke va a estar harto de esperarte.

—Es un viaje largo; ¿qué están horneando?

—Galletas de mantequilla con forma de hojas de muérdago.

—Muy bien, tal vez pronto te veamos en *The Great British Bake Off* o seas una pastelera famosa.

—Qué chistoso.

Se queda callada y la próxima voz que escucho es la de Lorna.

—Bueno, Tom, maneja con cuidado y no te apresures a tomar el próximo barco aunque sea el último: es mejor que te vayas con calma y lleguen sanos y salvos a casa. Aunque sea el último, voy a estar esperándolos. Tenemos muchas cosas que hacer y muchas cosas que envolver y no puedo hacerlo mientras ya sabes quién esté cerca.

Me despidió de ella sin preguntarle lo que rondaba mi mente: si lo logramos, manteniéndonos a flote, cómo vamos a cuidar a nuestros hijos para que estén a salvo cada día por el resto de nuestras vidas. Si alguna vez me perdonaría. También quería decirle que voy a intentar estar bien esta Navidad más que en ningún otro momento de mi vida, sin importar cómo me sienta por dentro. Lo prometo en voz alta, en el silencio del carro, y sujeto con más fuerza el volante como para darles a las palabras una realidad física.

Empezamos a movernos otra vez pero con lentitud, y luego entramos a un tramo de curvas delineadas con conos anaranjados, pasamos el camión que quedó a mitad del camino mientras una policía nos hace señas para que continuemos, aunque inevitablemente la cabeza de cada conductor voltea a mirar. No parece haber chocado con nada más sólido que un área de matorrales y no derramó ni una gota. Pienso en Rosemary y me pregunto cómo le estará yendo y si alguna de sus heridas resultó ser más seria de lo que pensaba. También me pregunto si la cuidará su hija que trabaja como enfermera en el hospital. Debe ser extraño que te cuide un hijo tuyo, pero supongo que el cambio de papeles es algo que tal vez nos espera a todos, más adelante en el camino. Me pregunto por qué Luke quiere filmar en el cementerio y si está infectado de algún tipo de fascinación mórbida con los rituales de la muerte. Aunque no se lo dije, conozco la sección a la que se refiere, porque caminé por ella una tarde, cuando mi madre me pidió revisar que la lápida de mi padre estuviera tal como la había solicitado. El cementerio se conforma por tumbas tradicionales en las que no se permiten decoraciones, para que se pueda podar el pasto, pero al otro lado del camino existe esta extraña sección arbolada donde las familias personalizaron el lugar de descanso final de sus seres queridos, así que es un mar de fotografías enmarcadas, peluches y recuerdos, móviles de viento, cristales colgantes y atrapaluces, moños y banderines atados a los árboles. Hay muchas bufandas y artículos relacionados con los equipos de fútbol favoritos y homenajes a los bebés que han muerto. Es un lugar extraño y las ofrendas son como talismanes que dan la sensación de algo más primitivo y supersticioso y —a pesar de los objetos modernos— de haberte aventurado en una antigua necrópolis que yace afuera del mundo convencional.

La carretera hacia delante está despejada y el GPS me dice que estaré con

Luke en veinticinco minutos; aunque ya empecé a considerar los temas de los que podríamos hablar y la música que podríamos escuchar, ya no me dirijo ahí. No planeé esto. No tiene sentido. Pero algo más fuerte que el sentido hace que me salga de la carretera y reconfigure el GPS, aunque casi puedo escuchar su desconcierto por este cambio de último minuto en el viaje que ha trazado para mí de manera tan precisa. Lo vi hace unos minutos elevándose de pronto, insistentemente mayor de lo que cualquier fotografía pudiera concebir, y me digo que no me tomará mucho tiempo. Todavía hay tiempo. Todavía habrá tiempo para recoger a mi hijo y llevarlo a casa. No soy una persona religiosa, pero creo que aquellos que han viajado a lo largo de las planicies y los desiertos polvorientos, siguiendo su fe, después se encuentran con que su viaje termina en un lugar totalmente inesperado. Carezco de fe, pero ha habido momentos en que me he preguntado si alguna podría encontrarme, porque ofrece cosas que no están disponibles para quienes no la tenemos. Cosas que le parecen buenas a la persona en la que me he convertido. Así que existe la posibilidad del perdón, de que tus pecados se tornen blancos como la nieve más pura, de pensar que todo es parte de un plan y, aunque sea confuso en el presente, tendrá sentido en el futuro. De que algo se lleve el dolor. De que te den algo que seguir, más allá de tu propia locura, y algo que te guíe a lo que recuerdo que el ministro que estaba junto a la tumba de padre llamó «bendita certeza».

No poseo esa bendita certeza y dudo que alguna vez la tenga, pero sé que debo seguir el impulso hacia donde me lleva, sin importar de dónde venga. Tal vez esa es la única forma de fe a la que puedo acceder, así que no puedo ignorarla ni considerarla parte de la confusión que invade cada parte de mi vida. Por primera vez desde que eso pasó, quiero tomar una fotografía porque quizá, si puedo hacerlo bien, otras cosas también podrán enderezarse. Tomar una fotografía de ese Ángel que se eleva sobre todas las cosas y cuyas alas ejercen un dominio sobre todo lo de abajo. Entonces, sigo las indicaciones que me da la mujer cuya voz me ha traído sano y salvo hasta aquí y a quien nunca he visto; ¿será posible que ella sea la única en el mundo que entienda lo que me hizo desviarme de mi ruta predefinida y me guíe por el corto tramo que me lleva al estacionamiento donde sólo hay otro carro? La luz empieza a disminuir y por las huellas de zapatos en la nieve sé que mucha gente ha estado aquí durante el día, también noto unas marcas que se ven

como si unos niños hubieran paseado aquí en trineo.

Me llega un mensaje al teléfono, es de Rosemary y dice: «Tom, no me rompí nada. Estoy en observación durante la noche como precaución, pero llegaré a casa por la mañana. Espero que tú y Luke lleguen a casa sanos y salvos. Una vez más, mil gracias. Ten una feliz Navidad. Rosemary». Le contesto me que da gusto, que deseo que esté bien, pero no le digo dónde estoy. No puedo decírselo a nadie porque no debería estar aquí y no podría explicarlo en el caso de que alguien me preguntara.

Cuando salgo del auto, siento que mis piernas y mi espalda están rígidas, me pongo el abrigo y subo el cierre por completo para protegerme del frío que de pronto lo inunda todo a mi alrededor. Busco los guantes pero no sé dónde los dejé. Una joven pareja baja del monumento con dos niños pequeños que corren a toda velocidad por delante y patean montículos de nieve con sus botas. De los labios de todos sale vapor, y cuando nos cruzamos nos deseamos una Feliz Navidad, como si fuéramos personajes de alguna historia de Dickens.

Mis dos hijos —el orgullo que alguna vez sentí cuando esas palabras hacían eco a lo largo de los años— son jóvenes y están muy emocionados porque vamos a acampar en el bosque Tollymore, tanto que corren de prisa y saltan como si sus cuerpos no pudieran contenerse en los confines de una caminata normal, y sabemos que tenemos que cansarlos si es que alguno de los dos quiere dormir un poco durante la noche que se avecina. Así que los llevamos a recorrer el río y el bosque, avientan piedras a la espuma blanca del chorro de agua y bajan a buscar peces a la sombra de los bloques de roca gris, al otro lado del banco. Hay palabras de precaución en las bocas de sus padres, pero también sonrisas; su emoción es tan contagiosa que nosotros también nos sentimos libres y una parte de mí quiere presumirles, hacerles ver que yo también puedo aportar algo a aquello que los emociona. La mejor etapa, cuando esa emoción compartida aún es posible y las nuevas experiencias están ahí para entregarse a ellas, no es necesario forzar nada y es como si vieras el mundo por primera vez. Verlo como un niño.

Cuando la familia empieza a guardar sus cosas en la cajuela, los dos niños patean la nieve entre ellos, mientras sus padres tratan de convencerlos de que se queden quietos el tiempo suficiente para desabrocharles los abrigos. Mis hijos divisaron un pececito y nos piden que los sigamos por la orilla de grava

del río. Al principio no podemos verlo, aunque lo señalan y gritan, porque nuestros ojos no tienen una visión tan nítida como la suya y porque las sombras manchan la superficie. De pronto, sus voces contienen la exasperación de un padre cuyo hijo no puede ver lo que él sí. Cuando lo logramos están muy complacidos, como si nos hubieran revelado algo de la magia del mundo. Como si nos hubieran enseñado a ver. Entonces ponemos nuestras manos bajo sus brazos y los columpiamos sobre el agua para que sientan como si pudieran atrapar al pez, ellos gritan con un miedo fingido y nuestros cuerpos están unidos como nunca más volverán a estarlo. Columpiándose sobre el agua. Seguros en nuestros brazos.

Veo que el auto se aleja, su fatiga ronca exhala espumarajos negros en el entorno blanco. Siento un aire frío en la cara que me pincha los oídos, pero por unos segundos de memoria, siento los rayos del sol colándose entre los árboles y veo una franja de luz salpicando la superficie del agua; su reflejo hace temblar un enjambre de minúsculos insectos. Una libélula. Otro pececito. Un pedazo de rama como un botecito que se lleva la corriente. Montaremos nuestra tienda aquí y viviremos dentro del momento, para que no haya necesidad de que el tiempo nos arrastre con él. Sé que te gusta este lugar, y sí, podemos aprender a pescar y a encender fogatas. Así que vamos a resguardarnos en este momento sin permitir que nada nos aleje de él.

Aquí hay un camino de piedras para cruzar el río espaciadas de manera irregular; entre ellas el agua corre y cae, abajo se convierte en espuma blanca. Es un desafío que se tiene que aceptar, porque las piedras son anchas y de forma regular, sólidas bajo los pies, así que no representan gran dificultad. Entre ambos empiezan a proponerse desafíos que comienzan con saltar en un pie y, a pesar de las advertencias de sus padres, están decididos a demostrar su valentía; incluso cuando Lorna les pide parar, Daniel dice que va a cruzar el río con los ojos cerrados. Aunque le digo que no sea tonto y que se caerá, él simplemente camina con unos pasos perfectamente medidos y no sabemos si enojarnos o aplaudirle. Cuando Luke se siente opacado y trata de imitar la hazaña de su hermano, ambos lo sujetamos y se lo prohibimos. Lorna lo abraza con fuerza y todos miramos al chorro de agua aparentemente imparable.

La noche deambula por la ciudad. La gente joven trae una chispa de emoción en Cathedral Quarter y los tacones de las chicas forcejean en las calles empedradas. Aquí la ciudad fluye como el río que pasa a través de ella. ¿Quién podría decir adónde nos llevará? Busco en cada cara, ¿pero qué es lo que busco? ¿Un encuentro casual? ¿Con mi hijo? ¿Busco algo que no puedo nombrar? Los bares y restaurantes extienden sus invitaciones con luces que trazan un arco desde sus puertas y ventanas, pero siento como si algo me impidiera entrar. Los grupos de gente se desparraman afuera de ellos para beber bajo los cordeles de luces, los jóvenes se visten como si la noche no estuviera fría. Cuando me voy acercando al Ángel, mis manos tiemblan y no sé por qué. ¿Será que cada hijo está destinado a convertirse en su padre? ¿Estas manos que tiemblan son su vida del más allá en mí? A veces, cuando por casualidad paso la mirada por un espejo, creo que su cara me devuelve el reflejo y es a él hacia quien el tiempo me acerca cada vez más. Al final lo rodeaba con mis brazos, no por amor: quería abrazarlo con mucha fuerza para sentir que al transmitirme su temblor este se calmaba y el mundo recuperaba el equilibrio. A pesar de lo que me suceda por dentro, no quiero que mi hijo sea yo nunca, no quiero dejarlo ver mi cuerpo temblar jamás, y si puede elegir, que me abrace sólo por amor. Que sea mejor que su padre, con una comprensión más firme de la felicidad.

Los caminos hacia el monumento desaparecieron bajo la nieve, pero sigo por donde los demás han caminado y me dirijo hacia él a través de los árboles cuyas ramas parecen haberse fosilizado hasta convertirse en un coral blanco; de pronto, sus alas parecen sobrevolar mi cabeza, aunque todavía estoy lejos. A pesar de la enormidad de su tamaño, el cuerpo que está en dirección a mi llegada es por completo humano en la musculatura de su pierna, la curvatura del trasero y la cabeza ladeada; lo que deja una impresión en ti son las alas acanaladas, que imprimen su inmensidad en el paisaje. Esto es algo que tengo que hacer ahora o nunca y mis manos tiemblan demasiado como para tomar la fotografía. No tengo mucho tiempo y la luz se está desvaneciendo. Quiero escuchar el sonido de las voces de mi familia, pero no puedo llamarlos sin que sepan que desvié mi camino. Otra promesa que creerán que rompí.

A veces no puedo evitar pensar que la noche en que echamos a los murciélagos de su escondite con humo y los obligamos a aletear frenéticos en

la oscuridad fue el momento en que trastorné el orden natural de las cosas y eso provocó todo lo demás que ha sucedido en mi vida. Sin embargo, me digo que buscar culpables es una señal de debilidad, una debilidad que ninguna píldora va a curar jamás. Si he de ser sincero conmigo mismo, ya no creo que exista orden natural alguno; si alguna vez lo creí, está roto y, sin importar lo mucho que lo intentemos, no podremos recomponerlo. Mi vergüenza también se aviva cuando recuerdo las ocasiones en que he pensado en dejarme caer, pero mientras miro al Ángel sé que no es mi cuerpo el que ahora quiero poner en la tumba de nieve blanca, sino las cosas malas que hice, los errores que cometí, los defectos que permití que echaran raíces en mí y dejé crecer. Cada palabra que dije. Eso es lo que quiero enterrar en este lugar que siento tan sagrado como cualquier otro en el que me haya parado.

La temperatura disminuye. Hombres y mujeres jóvenes duermen en los resquicios de la ciudad. Que puedan encontrar un albergue. Que aquellos que llegan de viaje hagan una parada en la entrada de la tienda donde una mujer joven murió. Que también vean un cuarto desnudo con dos colchones.

Sleeping bags en lugar de sábanas y cobijas. Un clóset vacío. Miro mis manos con sus dedos chatos que sostienen esta cámara y recuerdo los retratos que hizo Stieglitz de las manos de O’Keeffe; en todas ellas las manos son vitales, expresivas, hermosas. Tus manos, la primera vez que te tuve en mis brazos; me preguntaba cómo es que la vida puede replicarse y reducirse a tal perfección y pensaba que habían sido recién esculpidas con barro. Las manos de mi propio hijo, la encarnación de la vida que ayudé a traer al mundo. Nada nunca ha igualado la fuerza de esa comprensión. Ni el álbum de fotografías ni el dar de regreso a la tierra.

Con desesperación trato de acomodar recuerdos felices de la infancia alrededor de tu cabeza, pero no puedo atarlos a ti y se caen. Busco algo de qué asirme. Para evitar caer. Pienso en ti, en el puente colgante, caminando a través de un abismo de espacio y aire, y en que no tenías miedo, en que nunca tuviste miedo alguno, y espero por sobre todas las cosas que en aquellos momentos finales hayas cerrado los ojos y te hayas librado de su presencia mientras cruzabas. Un rastro de vapor se quema en el cielo. Los aviones están volando otra vez y aunque la nieve se va a esfumar con el tiempo, quiero que permanezca lo suficiente para que nos resguardemos en

estas fiestas y nos abracemos para sentir seguridad. Pienso en la chimenea que Lorna prendió, en las luces de afuera de la casa y tomo la fuerza suficiente de esas imágenes para calmar mis manos y tomar la fotografía del Ángel. Quiero su tamaño, su fuerza, la amplitud de sus alas, llevar su imagen adonde quiera que vaya en el futuro. He decidido mostrar las fotografías que tomé en esas noches, lo que tal vez será mi última ofrenda para ti, si decides aceptarla y comprender que cada uno de esos pasos los caminé con amor.

Hay algo que necesito hacer ahora y no he podido hacer, aunque lo he intentado muchas veces. La he llevado conmigo cada día, sé que está aquí, he pensado tanto en ella que se ha convertido en parte de la persona en la que me he convertido. Sin embargo, nunca la he mirado, ni una sola vez, porque si lo hubiera hecho tal vez todo ya se habría derrumbado y aun ahora, en la soledad de este lugar, busco alguna manera de evitar lo que debo hacer, pido que esto me sea arrebatado. El color se desvanece del cielo aunque este todavía tiene fragmentos de azul; me detengo a verlos y a escuchar el sonido del tránsito, esperando escuchar una voz que me guíe. El Ángel vino a visitar a José y le dijo que no temiera, porque lo concebido era del Espíritu Santo, y me digo que debo sofocar mi miedo y hacer lo que tengo que hacer. Que fue concebido desde el amor de un padre. Así que tomo mi cámara, encuentro el archivo bien escondido y abro la fotografía que le tomé a mi hijo muerto. La última fotografía de mi hijo. Me obligo a mirarla, trato de pensar en una oración que decir, pero ninguna palabra me viene a la mente, presiono el botón para borrar y lo dejo ir.

Me dejo caer de rodillas y trato de dejar de sentir náuseas tomando un puñado de nieve y presionándolo contra mi boca. Si alguien llegara ahora y me mirara, me vería como si le estuviera haciendo una reverencia al Ángel, suplicando ante su magnitud que se erige frente a mí. El temblor de mi padre me ha socavado por dentro y cada parte de mi ser siente escalofríos. Tengo arcadas pero nada sale, y sólo mediante una auténtica fuerza de voluntad evito abandonarme a la nieve que en susurros me invita a dormir.

Después escucho la voz de Lorna diciéndome, durante todos esos años, que busque a mi hijo con la mirada y cuando levanto la cara eso es lo que trato de hacer. Con la mirada, sólo con la mirada. Un niño que cruza un camino de piedras. Un niño que casi me tira con su prisa al querer entrar a la sala en la mañana de Navidad. Los regalos mal envueltos para su papá y

mamá, un par de guantes de lana para mí, un perfume para Lorna. La música que una vez salió de su cuarto. Él diciéndome con una sonrisa en la cara que apenas había conocido a una niña que le dijo que cuando Bob Marley cantó que todo estaría bien, ella le creía. En realidad le creía. El niño en su *bodyboard* al tomar una ola, su cara sonriente y levantada hacia nosotros, mientras corría hacia la costa donde se rompían las olas. Ese día que estábamos en el carro y nos sentamos a mirar el mar, con las papas en su envoltura y nuestros dedos tibios y llenos de sal. Cruzar el puente cuando sólo yo sentía miedo. Él hizo tres pinturas de un anciano, el anciano que algún día seré, con una vida que existirá sólo en los recuerdos. Los lugares ocultos en la ciudad donde una vez busqué albergue y por los que ahora él podría caminar nuevamente con su padre si me permite mostrarlo al mundo.

Levanto la vista hacia el Ángel que ofrece cobijo bajo sus alas, pero sé que hay otra fotografía que quiero tomar, así que trato de respirar para calmarme más y con lentitud me levanto de la nieve. Desando el camino que recorrí, regreso al carro, y porque parece resentido e impaciente, le digo que sólo tendrá que esperar unos minutos más. Sólo unos minutos más antes de transitar el último tramo de mi viaje y encontrarme con mi hijo. Entonces saco el tipi de Lilly de la cajuela y doy marcha atrás entre los árboles; cuando estoy a medio camino escucho un movimiento confuso y silencioso que surca el aire; se trata de una lechuza de cara blanca que vuela sobre mi cabeza y en un parpadeo desaparece, pero su imagen retoma forma casi de inmediato y persiste, como si fuera un negativo almacenado en el cuarto oscuro de la memoria, impreso con los filamentos del sol que se desvanece.

Mientras monto el tipi infantil en la cima de la colina, bajo las alas del Ángel, podría decirme que lo hago para mostrar templanza o para traer un símbolo de mi familia a este lugar sagrado para que nos bendiga, pero cuando lo abro y lo apunto para que esté firme, miro sus lunas, estrellas y ponis pintados y no puedo explicarlo con palabras. Así que bajo la pendiente y tomo la foto, que se revela como un misterio, aunque creo que su misterio es lo único que queda.

Todo ya está hecho, así que déjame refugiarme bajo estas alas mientras toco los pies del Ángel, siento sus cimientos, los pilares de concreto que lo arraigan a la tierra, las alas que no se agitan sin importar lo fuerte que sea el viento, y que de alguna manera apuntan al futuro. Luego hago algo que no

había hecho desde la infancia y rezo una oración secreta, porque finalmente encuentro las palabras. Cuando termino, con el sol cayendo y cada vez más abajo, sé que tengo que irme, que tengo un viaje por delante para llevar a mi hijo a casa, a mi hijo al que no le llevo sabiduría alguna, pero sí un poco de chocolate que me dio una anciana a la que nunca conocerá, la música que le gusta y todos los remedios y talismanes que su madre ha reunido para que se sienta mejor. Estoy por llegar, Luke, y si Dios en realidad lleva un registro, dejemos que tome nota de que voy a continuar con mi viaje hasta que finalmente llegue a escuchar que la voz que me trajo aquí sano y salvo diga: «Has llegado a tu destino». El mundo se enfría. Mientras el sol finalmente se pone sobre este mundo cubierto de nieve, empiezo a desmontar el tipi, pero algo me dice que debo dejarlo ahí, que pertenece a este lugar, y espero que Lilly lo entienda de alguna manera, que comprenda que su padre lo dejó ahí para quienes no tienen hogar, para cada alma necesitada de cobijo y, mientras el sol al fin se pone sobre este mundo cubierto de nieve, para cada viajero perdido como él en una tierra extraña.

Notas:

¹ Lo extraño de estos tres nombres es su significado: Pueblo de pelucas; Portería de la flotilla; Iglesia, bolo, brillante [N. de T.].

² «*Racing like a pro now*» significa «corriendo como un profesional» y «*racing like a pronoun*», «corriendo como un pronombre» [N. de T.].

³ En inglés la frase final es «*Wayne in a manger*», que es un juego de palabras que significa «Wayne en un pesebre», pero que, al pronunciarlo, también suena como decir «No estamos en un pesebre» [N. de T.].

Nota del autor

Puedes escuchar parte de la música que se menciona en el viaje de Tom en la siguiente liga: <http://spoti.fi/2AmKBk0>.

En una colaboración creativa con el autor, la reconocida fotógrafa Sonya Whitefield creó su respuesta personal a *Camino a una tierra extraña*, que combina imagen y texto. Puedes ver estas fotografías en www.sonyawhitefield.com.

Acerca del autor

DAVID PARK. Nació en Belfast en 1953; entre sus obras se encuentran *The Healing* (1992), con la cual obtuvo el premio Authors Club a Primera Novela y el Premio McCrea de Literatura de la Universidad de Ulster; *The Rye Man* (1994); *Stone Kingdoms* (1996), que lo hizo merecedor al Premio McCrea de Literatura de la Universidad de Ulster; *The Big Snow* (2002), reconocida con el Premio de Literatura de Belfast; *Swallowing the Sun* (2004), nominada al Premio Kerry Group para obras de ficción, a la Novela del Año de Irlanda y el Christopher Ewart-Biggs.

En 2008 fue reconocido con el premio del Fondo Americano Irlandés por sus aportaciones a la literatura. En 2011 publicó *The Truth Commissioner*, título que trata el conflicto en Irlanda del Norte, que fue traducido al alemán, holandés, francés y español, y obtuvo el Christopher Ewart-Biggs, que reconoce las obras que promueven la paz y reconciliación en Irlanda. Otras novelas de su autoría son *The Light of Amsterdam* (2012), *The Poets Wives* (2014), *Gods and Angels* (2016) y *Camino a una tierra extraña* (2018).

Diseño de portada: Genoveva Saavedra García
Fotografía de portada: Shutterstock / Sergej Onyshko

Título original: *Travelling in a Strange Land*

© 2018, David Park
Esta traducción es publicada por acuerdo con Bloomsbury
Publishing Plc.

Traducción: Nancy Alejandra Tapia Silva.

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5679-5

Primera edición en formato epub: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5680-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE